

recorriendo los caminos ingleses, y todavía es posible que nos lleven a la cárcel por deudas. Y en todos los países existen idénticas supervivencias de las instituciones y de los procedimientos legales antiguos.

La primera sentencia del tribunal eclesiástico era una admonición (*monitoire*), y servía como advertencia a los criminales. Si no se obtenía el resultado deseado, seguía la excomunión o maledictio. Ninguna de estas dos medidas iba dirigida contra los animales, sino contra el demonio que se había posesionado de ellos.

A veces los tribunales civiles ensayaban el mismo procedimiento. Se trataba, en la mayoría de los casos, de caricaturas de los juicios eclesiásticos. F. Nork, en su obra *Sitten und Gebräuche der Deutschen* (Stuttgart, 1849) reproduce las actas de un proceso de este tipo, efectuado en la comuna de Glurns, Suiza.

“El día de Santa Ursula, Anno Domini 1519, Simon Fliss, residente de Stilfs, compareció ante Wilhelín von Hasslingen, juez y alcalde de la comuna de Glurns, y declaró en nombre del pueblo de Stilfs que deseaba iniciar proceso contra los ratones del campo, con arreglo a lo prescripto por ley. Y

como la ley instituye que los ratones deben ser defendidos, pidió a las autoridades que nombraran a dicho defensor, para que los ratones no tuvieran motivo de queja. En respuesta al pedido, Wilhelm von Hasslingen nombró a Hans Grienebner, residente de Glurns, para dicho cargo, y lo confirmó en el mismo. Después de lo cual Simón Fliss nombró al acusador en representación de la comuna de Stilfs, que fue Minig von Tartsch.”

Este importante proceso se prolongó mucho tiempo, o quizás el tribunal se reunía en sesión plenaria sólo dos veces por año, pues la audiencia final tuvo lugar en 1520, el miércoles siguiente al día de San Felipe y San Jacobo.

El juez fue Conrad Spergser, capitán de mercenarios en el ejército del Condestable. Y hubo diez jurados.

“Minig von Tartsch, en representación de todo el pueblo de la comuna de Stilfs, declaró que había citado ese día a Hans Grienebner, abogado defensor de las bestias irracionales conocidas por el nombre de ratones de campo, después de lo cual el arriba mencionado Hans Grienebner compareció y se dio a conocer en su función de abogado defensor de los ratones.

“Minig Waltsch, residente de Sulden, fue llamado en calidad de testigo, y declaró que durante los últimos dieciocho años acostumbraba cruzar los campos de Stilfs, y que había visto los daños considerables producidos por los ratones de campo, y que apenas habían dejado un poco de heno para uso de los campesinos.

“Niklas Stocker, residente de Stilfs, atestiguó que ayudaba en el trabajo de los campos comunales, y que siempre había visto que esos animales, cuyo nombre no conocía, causaban grandes daños a los agricultores, y eso era especialmente visible en otoño, en la época de la segunda siega.

“Vilas von Raining reside ahora en las proximidades de Stilfs, pero durante diez años ha sido miembro de la comuna. Testifica que puede apoyar la declaración de Niklas Stocker, y aun la refuerza afirmando que muy a menudo ha visto con sus propios ojos a los mencionados ratones.

“Después de lo cual, todos los testigos confirmaron bajo juramento sus respectivos testimonios.”

Es evidente que el tribunal se abstuvo de interrogar a los campesinos de Stilfs, que eran parte interesada, y que demostró su absoluta imparcialidad al elegir testigos independientes y sin prejuicios: dos

campesinos de la vecindad y un peón.

“ACUSACIÓN: Minig von Tartsch acusa a los ratones de campo del daño que han causado y afirma que si esta situación continúa y no se procede a la eliminación de los dañinos animales, sus clientes no podrán pagar los impuestos, y se verán obligados a irse a otro sitio.

“ALEGATO DE LA DEFENSA: Hans Grienebner, en su condición de abogado de la defensa, declara en respuesta a esta acusación: Ha comprendido la acusación, pero es bien sabido que sus clientes también son útiles desde cierto punto de vista (destruyen las larvas de algunos insectos) y por consiguiente espera que el tribunal no les retirará su protección. Sin embargo, si ése fuera el caso, ruega a la corte que comprometa a la acusación a suministrar a los acusados alguna residencia donde puedan vivir en paz- y también para que, mientras se mudan, los protejan de perros y de gatos-; y finalmente, si alguna de sus clientes estuviera embarazada, que se le conceda un plazo suficiente para que den a luz y puedan llevarse sus crías.

“SENTENCIA: Después de haber escuchado a la acusación, a la defensa y a los testigos, el tribunal decretó que las bestias dañinas conocidas bajo el

nombre de ratones de campo serán conjuradas a marcharse de los campos y prados de la comuna de Stilfs en el plazo de catorce días, y que se les prohíbe eternamente todo intento de retorno; pero que si alguno de los animales estuviera embarazado o impedido de viajar debido a su extremada juventud, se le concederán otros catorce días, bajo la protección del tribunal... pero los que están en condiciones de viajar, deben partir dentro de los primeros catorce días.”

Es evidente que se observaron estrictamente las formas legales, y que el tribunal fue tan imparcial en el fallo como en la conducción de la audiencia. No había otra alternativa que declarar culpables a los ratones, pues sus actividades dañinas habían sido demostradas por testigos excepcionales. Pero se demostró consideración para algunos de los acusados, de acuerdo con la práctica de la época, que concedía ciertos privilegios a las mujeres embarazadas. Por otra parte, el tribunal rechazó firmemente la sugestión de la defensa: no proveyó otro territorio para el establecimiento de los ratones; debían marcharse, adonde quisieran o pudieran hacerlo.

Ignoramos si los ratones de campo se enteraron de la sentencia.

Los procesos individuales a animales “culpables” eran muy distintos. En ellos, el juez aplicaba el antiquísimo principio del *ius talionis*: ojo por ojo, diente por diente. Si era posible aplicar penas *in absentia*, o aun castigar a los cadáveres, ¿por qué no se podía castigar a las bestias criminales? La sombría concepción de la retribución y de la disuasión exigía dicho castigo: ¿Acaso la Diosa de la Justicia no tenía los ojos cubiertos por una venda? Indudablemente, no podía o no quería ver si el hacha del verdugo caía sobre un hombre o una bestia.

E. P. Evans consagró al tema todo un libro. En *The Criminal Persecution and Capital Punishment of Animals* (Londres, 1906) dedica diez páginas a enumerar los libros y estudios que se ocupan del problema; y en los últimos cincuenta años han aparecido docenas de obras consagradas a la exploración de esta extraña región de la experiencia humana.

La primera sentencia de que se tiene noticia fue fallada en 1266 contra un cerdo; la última fue la condena a muerte de una yegua, en 1692. La serie de procesos increíblemente grotescos se prolongó durante más de cuatro siglos. Se han conservado más de noventa protocolos e informes auténticos... Si se tiene en cuenta la tremenda devastación pro-

ducida por incendios, guerras, y por el descuido general de la humanidad, se trata de una cifra extraordinaria. La mayoría de los casos ocurrieron en Francia, pero también hay ejemplos en Alemania, Suiza e Italia. No hay muchos datos fidedignos sobre los casos británicos, pero algunas líneas de Shakespeare demuestran que la ejecución judicial de animales no era rara. En *El mercader de Venecia*, Graciano ataca en estos términos al despiadado Shylock:

“Tu alma feroz animaba sin duda a un lobo que, ahorcado por haberse comido a un hombre, dejó escapar de la horca su alma cruel y fue a hospedarse en tu cuerpo mientras te hallabas en las entrañas de tu impía madre.”

El proceso criminal incumbía al tribunal competente. El fiscal de la Corona desarrollaba la acusación. A veces se suministraba defensor al acusado. Se citaba a los testigos, y en ocasiones se examinaba el teatro del crimen; por supuesto, se tomaba cuidadosa nota de todas las actuaciones. A veces, de acuerdo con ciertas reglas de procedimiento, se torturaba al cerdo acusado, y sus chillidos de dolor eran considerados confesión de la culpa. Durante el proceso el animal acusado estaba sometido a confi-

namiento solitario, en las mismas cárceles, al cuidado de los mismos guardianes que los delincuentes humanos. De acuerdo con los recibos oficiales, las autoridades asignaban la misma suma para el mantenimiento de los animales que para los hombres. Existía sólo una dificultad. Según las reglas, debía llevarse registro de los prisioneros. ¿Qué nombre aplicar a los animales encarcelados? El espíritu burocrático exigía satisfacción; de modo que los presos cuadrúpedos eran registrados bajo el nombre de su dueño; por ejemplo, el “cerdo de X. Y.”. Si durante el proceso se probaba la culpabilidad del acusado, el tribunal dictaba sentencia. En un caso ocurrido en 1499 la sentencia fue leída al animal, con toda formalidad, en la prisión donde transcurrían sus tristes y nerviosos días de arresto. Se lo acusaba de asesinato, y fue debidamente ejecutado. Entre los métodos de ejecución, se consideraba a la horca el más vergonzoso. Pero había casos todavía más graves, en que el animal había destrozado o corneado a su víctima con “particular crueldad”. Para castigar estos crímenes se quitaba la vida al maligno animal con los métodos más severos. En 1463 dos cerdos fueron enterrados vivos; en 1386 un cerdo fue llevado al sitio de la ejecución en un

trineo de madera.

El verdugo ejecutaba públicamente la sentencia de muerte, y lo hacía con el mayor formalismo. Por lo demás, recibía sus honorarios habituales. En los archivos de Meulan, Francia, se ha conservado una cuenta de gastos relacionada con la ejecución de un cerdo, en 1403. El importante documento dice así:

“Por alimentos para el cerdo encarcelado- 6 groats de París.

“Ítem: pago al verdugo que viajó desde París para ejecutar la sentencia, por orden del Juez- 54 groats de París.

“Ítem: alquiler del carro que llevó al cerdo al lugar de ejecución- 6 groats de París.

“Ítem: por la cuerda para atarlo y amordazarlo 2 groats de París y 8 denarios.

“Ítem: por guantes- 2 denarios de París.”

La cuenta de gastos demuestra que el verdugo usó guantes... como si hubiera estado ejecutando a un criminal humano. A veces se cortaba el hocico del cerdo, y sobre la cabeza desfigurada se colocaba una máscara de facciones humanas; y a veces se vestía al animal con chaqueta y briches, para que la ilusión fuera mayor.

La mayoría de los acusados eran cerdos, lo que

demuestra el fantástico descuido de los padres, que merecían una buena azotaina, pues las víctimas eran casi siempre niños. Según parece, los toros y los caballos se comportaban mucho mejor y más raros aún eran los casos en que se acusaba a mulas y a asnos. En 1462 ahorcaron a un gato porque había muerto a un niño en la cuna.

Cuando se trataba de delitos menores, el animal acusado evitaba la sentencia de muerte. En 1395 se dictó en Cerdeña una ley sobre los asnos que se introducían en prados prohibidos. La primera vez se cortaba una oreja del delincuente; si la bestia se mostraba obstinada y reincidía, le cortaban la otra oreja. Fue quizás el único caso de la historia del mundo en que una pena concebida con el propósito de provocar sufrimiento, adoptaba la forma de eliminación de las orejas asnales, en sí mismas símbolos de desgracia.

Se conocen escasos detalles sobre el proceso ruso contra un carnero recalcitrante aficionado a atropellar a la gente. Sólo sabemos que la agresiva bestia fue condenada a exilio en Siberia. No han quedado testimonios sobre el modo de ejecución de la sentencia, ni sobre la suerte ulterior del carnero, condenado a comer el amargo pan del exilio.

En cambio, conocemos mejor lo ocurrido al perro que mordió a un regidor en cierta aldea de la Baja Austria. El dueño del perro demostró su inocencia y fue absuelto; pero el perro debió expiar su culpa. Fue condenado a un año y un día de cárcel. Para que el castigo fuera más severo, no debía cumplirse en la cárcel común, sino en una jaula colocada en la plaza del mercado. La jaula de hierro recibía, el nombre de *Narrenketterlein* (La jaulita de los tontos); servía de picota y era utilizada para albergar a delincuentes expuestos a la burla pública.

A veces se suscitaban graves choques de autoridad y de competencia. En 1314 un toro atravesó enfurecido la aldea francesa de Moisy, y corneó a un hombre. El conde de Valois, cuya propiedad limitaba con la aldea, se enteró del caso y ordenó el “arresto” del toro, y dispuso que se le iniciara juicio criminal. Los emisarios del conde fueron a Moisy y comenzaron una investigación en regla. Interrogaron a varios testigos y el toro fue hallado culpable de asesinato intencional. El tribunal feudal del conde pronunció la sentencia y el toro fue ahorcado en el patíbulo de la aldea.

Pero en este punto el alcalde y los regidores de la aldea comprendieron que el conde de Valois no

tenía derecho a adoptar tan grave actitud fuera de su propiedad. Se apeló la sentencia... y se pidió al parlement del condado que revisara la sentencia. El parlement se vio en un aprieto, pues los aldeanos tenían razón; por otra parte, era un tanto peligroso desafiar al poderoso conde. Finalmente, se aprobó una resolución sensata y prudente, en virtud de la cual se decretaba que el conde no tenía derecho a interferir en la jurisdicción de la aldea, pero que, por otra parte, el toro había merecido la horca.

Hay también pruebas de la magnanimidad y del perdón reales.

En septiembre de 1379, tres cerdos, apacentados en el prado de la aldea de Jussey, atacaron al hijito del porquero y lo destrozaron. El hecho causó tremenda conmoción, los cerdos huyeron asustados y en la confusión la piara del señor feudal vecino se mezcló con la piara de la aldea. Con el propósito de calmar la indignación del pueblo, el alcalde ordenó una investigación criminal, y encerró a las dos piaras en una gran pocilga. Sin embargo, una vez tranquilizados los ánimos, tanto el señor feudal como los regidores de la aldea reflexionaron más serenamente sobre el problema.

El duque de Borgoña era el juez supremo de la

región; era muy posible que no se contentara con el castigo de los tres principales delincuentes, y que ordenara la ejecución de los dos rebaños, acusados de complicidad. En tal caso las pérdidas serían muy considerables, pues estaba prohibido vender o comer la carne de animales ejecutados; sus cadáveres eran arrojados a los perros o enterrados al pie del patíbulo. De modo que el alcalde de la aldea se fue derecho a ver a su señor, Felipe el Temerario, duque de Borgoña. Su intervención alcanzó el éxito esperado, pues el duque perdonó graciosamente a los restantes animales. El juez presidente del tribunal ducal recibió orden de contentarse con la ejecución de los tres principales acusados, mientras los otros- “a pesar de hallarse presentes en el momento del horrible asesinato”- eran puestos en libertad, como mero acto de perdón.

No es tarea fácil descifrar el antiguo y complicado lenguaje jurídico de un caso de esta naturaleza; pero puede servir de ejemplo de la extraordinaria seriedad con que se encaraban estos juicios a animales. Aquí, el acusado fue también un cerdo- una puerca, para ser exactos- acusada, conjuntamente con sus seis lechones, de haber provocado la muerte de un niño de cinco años. Ocurrió en Savigny, den-

tro de los límites señoriales de la condesa viuda de Savigny. Citóse también al propietario de la marraña, en su carácter de co-acusado, pero no se le impuso ninguna pena. He aquí el texto del acta:

“Ante nosotros, el noble Justicia Nicolás Quarroillon, se realizó una audiencia en Savigny, el 10 de enero de 1457, en presencia de los testigos nombrados y debidamente convocados.

“Martin Huguemin, letrado de Madame de Savigny, acusa a Jean Bailly, residente de Savigny, de negligencia culpable, pues una puerca y seis lechones, de propiedad del mencionado Bailly, y que ahora están bajo la custodia de Madame de Savigny, el martes anterior a la última Navidad asesinaron voluntaria y maliciosamente a cierto Jean Martin, un niño de cinco años de edad. Como el letrado antes mencionado desea que el tribunal de la arriba mencionada Madame de Savigny haga justicia, preguntamos al acusado si desea declarar en el asunto de la puerca y de los lechones. Después de haber sido prevenido una, dos y tres veces, y contestado que hasta el momento no formulaba ninguna objeción contra la autoridad del tribunal, y que podía declarar lo que quisiera sobre el caso de la culpabilidad y del castigo de la puerca arriba mencionada: el acusado

declaró que nada tenía que decir; después de lo cual, el letrado arriba mencionado nos pidió que sin más trámites falláramos el caso.

Por consiguiente informamos a todos aquellos a quienes pueda interesar que hemos pronunciado la siguiente sentencia:

“Visto que los hechos que la parte acusadora nos ha presentado están completamente probados, y con referencia a las costumbres legales y a las leyes del ducado de Borgoña, afirmamos y declaramos que la puerca de propiedad de Jean Bailly deberá ser colgada de las dos patas traseras en el patíbulo levantado sobre el territorio de la arriba mencionada Madame de Savigny. En cuanto a los lechones de la arriba mencionada puerca, declaramos aquí que aunque se halló a dichos lechones cubiertos de sangre, la culpabilidad de los mismos no está suficientemente probada, de modo que deberá abrirse juicio por separado, y se los remitirá en custodia de Jean Bailly, hasta la fecha del nuevo proceso, siempre que Jean Bailly deposite una garantía de cien groats, para el caso de que se falle la culpabilidad de los lechones.

“Después de pronunciado el fallo, el letrado arriba mencionado solicitó que fuera pasado por

escrito, por lo cual yo, Huguenin de Montgachot, notario de la corte de Su Alteza el duque de Borgoña, he redactado este documento, el día más arriba señalado y en presencia de los testigos nombrados. Ita est.”

Con referencia a este complejo asunto, el bravo Montgachot, notario de la corte de Su Alteza, debió redactar tres documentos más. Uno de ellos era la declaración de Jean Bailly, propietario de los animales, que declaró carecer de un solo groat para formar la fianza requerida, y que afirmó también que no estaba dispuesto a garantizar la futura conducta de los lechones. El segundo protocolo se refiere a la ejecución de la vieja puerca, y atestigua que se desarrolló correctamente. Más interesante aún es el tercero, que resolvió la situación de los lechones, ahora huérfanos. El segundo proceso se realizó el 2 de febrero, con el mismo juez y en presencia de los mismos testigos. La sentencia reveló considerable sabiduría. En ella se afirmaba que, como el propietario de los lechones no estaba dispuesto a depositar la fianza, debía considerarse que los animalitos habían sido abandonados, y eran bienes mostrencos, por lo cual correspondía entregarlos a Madame de Savigny.

De modo que todos quedaron satisfechos. El campesino que criaba cerdos evitó pagar compensación, la señora del feudo se apropió de los lechones, los funcionarios recibieron sus honorarios, y los jóvenes lechones triunfaron sin detrimento de su buen nombre y honor.

3.

A veces la jurisprudencia adquiría tintes románticos. Por lo menos, ése es el único adjetivo aplicable al grupo de luminarias jurídicas que surgió a principios del siglo XVIII, especialmente en las universidades alemanas. Las ideas de estos hombres fertilizaron el árido suelo del derecho y promovieron el desarrollo de extrañas flores. Cuando se estudian las disertaciones, comentarios, las disputas y las monografías de la época (material por cierto muy abundante) el lector siente que se abre camino en un campo de flores silvestres. Porque se trata de un terreno al mismo tiempo florido y silvestre, y constituye amplia prueba de que la locura humana es simplemente inagotable.

Estos estudiosos del derecho no se ocupaban de

las distintas instituciones jurídicas. En nuestros días tenemos obras consagradas a la herencia, al derecho penal o al canónico. Los profesores alemanes del barroco encaraban el asunto de manera muy distinta. Elegían una persona o un objeto y lo seguían o transportaban por todo el ámbito de las instituciones legales.

Así, se escribieron libros sobre la situación jurídica de los molineros, los panaderos, los herreros, los trompeteros... y aún de las prostitutas. Con profunda gravedad discutían el derecho aplicable a los perros, a las palomas, o a las abejas. Llenaron resmas de papel sobre la jurisprudencia de las cartas de amor y sobre el problema legal de las bofetadas. Y todo ello con el típico desborde verbal propio del barroco, con formas tan abundantes como vacías, con dialéctica repetida hasta el cansancio. Un enfoque realmente romántico del derecho.

De jure canum- tal el título que Heinrich Klüver, abogado de Wittenberg, dio en 1734 a su “disertación popular” sobre la situación jurídica de los perros. Y es, en realidad, un maravilloso exponente del pensamiento barroco.

El primer capítulo está consagrado a una apología de los perros, con relatos instructivos relativos a

la lealtad y a la inteligencia de estos animales. Dos de las anécdotas dan una idea del grado de preocupación de Herr Klüver por los hechos y por la verdad:

“La gallina de una pobre viuda puso cierto número de huevos, pero no tuvo tiempo de empollarlos, porque infortunadamente murió. La pobre mujer se sentía muy inquieta, pues se ganaba la vida criando pollos. Pero su perrito pareció comprender el aprieto en que se hallaba la mujer, pues se acostó sobre los huevos y los empolló.

“La bruja de cierta aldea preparó una comida especial, a base de carne de pollo, con la cual esperaba convertir a sus gallinas en maravillosas ponedoras. Pero el perro le robó la comida... ¿y cuál fue el resultado? Comenzó a poner huevos, y así continuó mientras duró el efecto de la comida mágica.”

Los problemas concretos suscitados por la situación jurídica de los perros aparecen en el tercer capítulo. Nos encontramos con perros guardianes, perros de caza y perros rabiosos como personajes de diversos problemas jurídicos. Luego, aparece el hombre de la perrera. Su función no es tan simple como podría creerse. De acuerdo con las antiguas reglas de las corporaciones, el hombre que había

cumplido funciones de “perrero” no podía ingresar en una corporación... porque se consideraba que su profesión era “deshonrosa”. Ahora bien, puede ocurrir que un honesto artesano mate un perro. El problema legal es el siguiente: ¿habrá de considerársele “perrero temporario o profesional”?

Los perros del doctor Klüver incursionaban también en la ley de sucesión. Así, descubrimos que un perro no puede ser considerado propiedad hereditaria, de modo que constituye patrimonio legítimo del viudo o de la viuda. Por otra parte, él o ella tienen derecho a retener el collar si éste es de cuero; pero si es de plata deberá entregarlo a los herederos directos.

El autor repasa y examina una serie de jugosos problemas legales; pero quizás convenga que pasemos a otra de sus obras maestras, la que estudia el caso del niño nacido en una diligencia. Este importante estudio mereció los honores de varias ediciones sucesivas.

El título completo del meduloso trabajo es *Kurtzes bedencken über Juristische Frage: Ob eine schwangere Frau, wenn sie während der Reise auf dem Wagen eines Kindes genesen, für selbiges Fuhr-Lohn zu geben gehalten sey* (Jena, 1709). (Breve examen del problema jurídico:

si una mujer embarazada, que da a luz un niño mientras viaja en una diligencia, está obligada o no a pagar el billete del recién nacido.)

Antes de que el niño nazca en la diligencia, el autor se pregunta si una mujer debe viajar sola. Cita al profesor Beier, de la Universidad de Jena, que se declaraba terminantemente contra tan impropias andanzas, “quia suspectum reddunt pudicitiam”. El doctor Klüver admite también que la modestia y la virtud de una mujer sola pueden resultar sospechosas. Pero descubre una importante circunstancia atenuante: es muy posible, dice, que la dama se vea requerida por asuntos de gravedad, y no pueda evitar el viaje. Y si alguno de sus compañeros de viaje diera pruebas de extremada bajeza y le hiciera proposiciones indecorosas, el buen doctor aconseja a la dama utilizar una frase que dejará aplastado al importuno: “Si realmente me amáis, no tratéis de robarme aquello que precisamente me hace digna del amor.” Para que el efecto sea mayor, la brillante frase aparece citada en francés, palabra por palabra, como si el autor la hubiera leído en algún libro francés de anécdotas (*Si vous m'aimez, vous ne songerez pas a me ravir ce qui me rend aimable.*)

Después de esta introducción, llegamos al

acontecimiento que es la materia de toda la disertación: la dama, que viaja sola en la diligencia, inesperadamente da a luz. El autor no demuestra el menor interés por comadronas o por médicos. Sólo le preocupa el problema legal: ¿Es necesario pagar el billete del niño recién nacido?

Hay dos posibilidades:

1) Que la dama haya alquilado todo el vehículo... en cuyo caso tiene derecho a llevar tantos pasajeros como desee, y el conductor no puede exigir pago adicional. El niño puede ser considerado un “pasajero invitado”.

2) Que ella haya comprado un solo billete, en cuyo caso el problema es de naturaleza totalmente distinta. Esta posibilidad fue analizada por varios jurisconsultos, y la opinión fue que el niño no necesitaba pagar billete: “quia portus est portio mulieris, vel viscerum.”

El doctor Klüver adhirió a esta opinión, aunque por razones completamente distintas, y según parece escribió su estudio con el fin de exponer sus originales y sorprendentes conclusiones en lugar de los puntos de vista “anticuados” de sus colegas. Sostuvo que la afirmación según la cual el niño formaba parte del cuerpo de la madre (como cualquiera de

los órganos internos) carecía de validez. O, mejor dicho, era válida, pero sólo mientras el niño no hubiera nacido. Tan pronto se desprendía del vientre de la madre debía ser considerado una personalidad independiente.

¿Cuáles eran los nuevos y decisivos argumentos?

a) El niño no ocupaba asiento, de modo que el conductor no sufría ninguna pérdida. En caso de que la madre no tuviera en su regazo al recién nacido, no era necesario asignarle un asiento, pues bastaba depositarlo sobre la paja que cubría el piso de la diligencia.

b) El conductor había advertido seguramente que la pasajera estaba embarazada, y por lo tanto debía hallarse preparado para un “aumento” del número de pasajeros.

El asunto era evidente por sí mismo. ¿Pero cambiaba la situación si la futura madre se mostraba previsora y llevaba consigo una cuna? Sí, porque la cuna ocupaba espacio en la diligencia. En tal caso era preciso pagar... no por el niño, sino por la cuna. Sin embargo, el pago no correspondía si el conductor podía demostrar que el lugar ocupado por la cuna hubiera podido ser utilizado por otra persona.

Se presentaba una nueva complicación si la da-

ma se negaba a pagar el transporte de la cuna. ¿Cuáles eran los derechos del conductor? Podía tomar posesión de la cuna. Pero, ¿con qué limitaciones? ¿Como garantía o como propietario? Estas dos condiciones no eran idénticas, pues si sólo tenía derecho de retención, todo acreedor que presentara documentos o pagarés gozaría de precedencia cuando llegara el momento de saldar deudas. Después de citar innumerables autoridades, el erudito doctor se inclina por la segunda posibilidad. Y remata el caso diciendo que, si alguien duda de la validez de su afirmación, debe consultar el libro *Recht der Fuhrleute* (Derecho de los carreteros), del doctor Harprecht, donde hallará dilucidada el punto en el Capítulo I, sección 4, párrafo 1, página 63.

Debo confesar que pude resistir la tentación de acudir a la fuente.

Después del problema de los niños recién nacidos, y de las complicaciones legales provocadas por su llegada, bien podemos volver nuestra atención a los preliminares de tan feliz acontecimiento.

Bernhard Pfretzsch, luminaria jurídica de Wittenberg, consagró considerables esfuerzos a este tema, y publicó una obra muy instructiva sobre las cartas de amor (*De litteris amatoris*, Von Liebensbrie-

fen, Wittenberg, 1744).

El estudio se divide en dos partes. Encara separadamente el amor honesto, legal y normal, y las pasiones culpables y criminales.

Caso primero, primera pregunta: ¿Hasta qué punto una carta de amor compromete al remitente y configura una promesa de matrimonio? Respuesta: si los padres del hombre aprobaron la carta, hay razón suficiente para considerar que existe ruptura de promesa matrimonial, de lo contrario la respuesta es negativa. Según parece, se trata de una solución justa, aunque en la práctica, rara vez ha ocurrido, desde los tiempos de Papiniano, que las cartas de amor fueran escritas con la aprobación de los progenitores.

Otro problema: La carta enviada por un lunático, ¿lo compromete en matrimonio? El problema no es sencillo. Si se examinan atentamente los diversos casos, se advierte que en varios el desorden mental fue provocado por el propio incidente amoroso. A veces, la pasión es tan honda que el pobre enamorado pierde completamente la cabeza. De acuerdo con algunos juristas, el loco por amor debe ser considerado un lunático y por consiguiente sus cartas no representan una obligación legal. El doc-

tor Pfretzseher cree que los expertos en medicina deben ser consultados con respecto a la situación exacta del autor de la carta.

Otra cuestión muy compleja: ¿Hasta qué punto la declaración de amor (por escrito) de un borracho compromete la responsabilidad del sujeto? El autor opina que ello depende del grado de intoxicación del individuo en cuestión.

Cuando se interpretan ciertas afirmaciones un tanto vagas y oscuras contenidas en las cartas de amor es preciso mostrarse extremadamente cauteloso. Las opiniones de los juristas coinciden en que las expresiones generales y de uso común no pueden ser fundamento de un proceso por ruptura de promesa matrimonial. Por ejemplo: “Eres mía. Quiero que seas mía”. En cambio, las siguientes frases dan materia suficiente para un proceso legal: “Quiero que seas mía, y no me importa lo que diga la gente”. “Eres mía, corazón, jamás te abandonaré...” “¡Sólo la muerte puede separarnos!”

Todo lo cual, formó sin duda un cuerpo de indicaciones muy útiles para los aficionados a escribir cartas de amor. Y muy especialmente llama la atención la última frase de la colección de ejemplos: “¡Si alguna vez me caso, tú serás la única elegida!” El

profesor Pfretzscher, desde un punto de vista estrictamente jurídico, clasifica esta afirmación en la categoría de las “promesas condicionales”. De acuerdo con la *lex permittens*, un contrato adquiere validez, cuando incluye una condición determinada, sólo si dicha condición cobra carácter real. Es decir, si el autor de la carta decide no casarse nunca, la dama en cuestión no puede obligarlo a dar ese paso.

El problema final en el campo del amor honorable:

¿Qué ocurre si la destinataria no contesta? De acuerdo con nuestro autor, ella no está obligada a contestar. Si la declaración o propuesta ha sido hecha en términos suficientemente explícitos, compromete al remitente, aunque la dama no replique una palabra. Si hubiera alguna duda, corresponde interrogarla bajo juramento sobre la interpretación que ha dado a la carta.

El profesor Pfretzscher se ocupa muy brevemente del amor culpable e ilegal. Incluye sobre todo cartas de amor de personas casadas, es decir, las cartas dirigidas a una tercera persona. Si la esposa cometiera acto tan inadmisible, el esposo puede proceder de dos modos:

- 1) Si la esposa lo hizo por inexperiencia, y se

trata de un error inocente, debe ser perdonada.

2) Si lo hizo deliberadamente, el esposo debe abofetearla. Dicho castigo, aplicado en el momento oportuno, puede ser extremadamente útil, pues evitará tomar después medidas mucho más graves.

¿Y si la esposa sorprendiera a su marido escribiendo cartas de amor a otra mujer? No puede apelar a las bofetadas como método de intimidación y de aviso; debe resolver pacíficamente el asunto (?).

Después de esta opinión un tanto estrecha, nuestro erudito autor creyó sin duda que había creado un orden claro y preciso en la espesa maraña de los problemas jurídicos planteados por las cartas de amor.

El profesor Pfretzscher señala que es muy posible enloquecer a causa del amor. Francisco Gómez de Quevedo, el autor satírico y poeta español del siglo XVII, escribió un notable librito sobre un hospital en el que se trataba a los “lunáticos del amor”; pero se trataba simplemente de un burlón ejercicio del humor fantástico de Quevedo. A su vez, en 1726, la facultad de ciencias médicas de la Universidad de Helmstádt encaró el problema con toda seriedad y considerable aparato científico.

Creó la oportunidad de esta investigación el ca-

so de un joven estudiante de teología, que se enamoró de la criada de su padre. El hombre pertenecía a la iglesia evangélica; ella era feligresa de la iglesia reformada. Lo cual significaba que el eventual matrimonio de ambos jóvenes tropezaba con serios obstáculos. Cierta día los fieles de la iglesia evangélica recogieron varios volantes en los que se insultaba a su religión en términos blasfemos y obscenos. La investigación practicada descubrió que el autor de las hojas era el joven estudiante. Pero, ¿por qué atacaba a su propia fe? Se le citó a una reunión con el Consejo eclesiástico, donde confesó todo. Quería excitar al clero evangélico para que criticara con renovado vigor a la iglesia reformada; de ese modo se desarrollaría una disputa religiosa ardiente y prolongada, y entonces la dama de sus sueños se dejaría convencer, cambiaría de culto y se casaría con él... una compleja mezcla de pasión y de teología. Las autoridades eclesiásticas sospecharon que algo no andaba muy bien, y remitieron el joven a la facultad de medicina de Helmstádt. La opinión de los facultativos fue la siguiente:

“Responsum Facultatis Medicae: Después de comunicarnos los documentos referentes al cand. theol. C. H., y de requerir nuestra opinión sobre si

el candidato ya mencionado puede ser considerado persona cuyo *judicium rationis per nimium amorem pervertatur* (es decir, que ha enloquecido por amor excesivamente violento), Nosotros, el Decano, y los profesores de la Facultad Médica de Helmstädt hemos estudiado cuidadosamente y examinando el caso, y aquí resumimos nuestro punto de vista:

“De las circunstancias establecidas en los documentos, se puede inferir ciertamente que existe cierto desequilibrio en el cerebro del individuo en cuestión, como que el amor frustratus (amor frustrado) puede provocar en las personas inclinadas a la melancolía una grave perturbación de las cualidades mentales, por lo cual no es posible considerarlo responsable de sus actos.”

Pasó el tiempo, y el amor del estudiante de teología se fue debilitando a través de la acumulación de papeles burocráticos. La opinión de las facultad de ciencias médicas, fue enviada a la facultad de derecho de la Universidad de Wittenberg, la cual ordenó un nuevo examen médico. El joven fue llamado a comparecer ante una comisión médica, que lo examinó y redactó un extenso informe. De acuerdo con las actas, el caso tuvo un final sorprendente: el joven estudiante afirmó que se sentía per-

fectamente bien, y que ya no estaba enamorado de la criada de su padre.

El abuelo de todos los juristas románticos fue Samuel Stryk-Srykius, en su forma latinizada- que fue profesor en la Universidad de Halle. Fue también decano de la Facultad de Derecho, Consejero Privado, hombre de sustancia y de autoridad. Contribuyó a enriquecer la literatura jurídica con innumerables estudios. Uno de sus libros más famosos fue *De jure spectrorum* (Halle, 1700), en el que discutió los problemas legales y las complicaciones provocados por las acechanzas de fantasmas y de espectros.

Los fantasmas originaban muchas dificultades en los casos de arriendo de propiedades. ¿Tenía derecho el inquilino a dar por cancelado el contrato si en la vivienda aparecían fantasmas? Si los espectros eran “soportables”- es decir, si por ejemplo sólo producían algunos ruidos o gritos atenuados en partes alejadas de la construcción-, el contrato conservaba su validez. En los casos más graves, el inquilino podía rescindirlo. El propietario de la casa estaba obligado a aceptar la situación... salvo en el caso de que pudiera probar que no había existido perturbación antes de la llegada del inquilino, y que todos los inconvenientes habían sido provocados

por la mudanza de los nuevos ocupantes (probablemente porque éstos habían concitado la enemiga de algunos espectros o trasgos).

En caso de encantamiento probado, se invalidaba el contrato de venta. Si un yerno recibía de su suegro una casa encantada como parte de la dote de su esposa, podía devolverla y exigir que se le entregara el valor en efectivo. Además, los propietarios de casas embrujadas podían solicitar que se las liberara de impuestos.

Los espíritus malignos podían apoderarse no sólo de casas, sino también de seres humanos. ¿Qué ocurría si el marido o la mujer caían víctimas de esta situación? Si el problema se presentaba durante el compromiso, la otra parte podía dar por terminado el noviazgo. Pero si ya habían contraído matrimonio, el marido o la mujer debían soportar la situación; semejante eventualidad no era causa de divorcio. Por ejemplo, una mujer piadosa se vio poseída por un trasgo. La malignidad del duende se manifestó de varios modos. La buena mujer cayó en el descuido y en la suciedad, y todos los objetos valiosos de la casa desaparecieron poco a poco. El esposo se arruinó completamente, pero no pudo separarse de ella, pues todo era resultado de la in-

fluencia del trasgo, y no podía culparse a la mujer.

Otro problema importante era el siguiente: Si se hallaba un tesoro, descubierto bajo la guía de los espíritus, ¿el hallazgo era propiedad del descubridor o podía ser reclamado por el Estado? Aquí correspondía una actitud cautelosa, pues bien podía ocurrir que el espíritu guardián del tesoro no fuera el demonio sino cierto genio bondadoso. Por otra parte, correspondía establecer cierta diferencia cuando se comprobaba la intervención de los espíritus malignos. Si el espíritu se limitaba a revelar la ubicación del tesoro, y el feliz beneficiario de dicho consejo lo hallaba y retiraba mediante su propio esfuerzo, se convertía en propiedad legal de quien lo había hallado. Pero si el espíritu instruía al ser humano en las prácticas secretas y mágicas, y de ese modo llegaba al tesoro (es decir, si el diablo suministraba los medios) el tesoro debía ser confiscado por el Estado.

El profesor Strykius consagró su atención a otros muchos problemas igualmente espinosos. ¿Podía declararse muerto al esposo ausente cuyo espectro rondaba la casa?

No, porque esa presencia podía ser fraudulenta. En caso de asesinato, ¿era prueba suficiente que el

espíritu ensangrentado de la víctima apareciera en el lugar del crimen? Nueva respuesta negativa, y por la misma razón. ¿Era circunstancia atenuante que un duende hubiera persuadido al criminal para que cometiera el crimen? Sólo si se demostraba que dicho espíritu maligno había realizado frecuentes visitas al criminal, amenazándolo con romperle el cuello si se negaba a obedecer sus órdenes.

Otro trabajo importante del decano Strykius fue el *Tractatio juridica de alapa*, una disertación sobre el problema de las bofetadas en la cara.

El trabajo se dividía en cuatro capítulos y era un enfoque exhaustivo y cabal del asunto:

I. De alapae descriptione- definición de la bofetada.

II. De subjecto activo- el que abofetea.

III. De subjecto passivo- el que es abofeteado.

IV. De effectu alapae- consecuencias de la bofetada.

Insumiría mucho espacio reproducir detalladamente el discurso del profesor; pero vale la pena citar y describir algunos pocos ejemplos de su brillante lógica. Se creería que el primer capítulo era absolutamente innecesario; después de todo, una bofetada es una bofetada. Nada de eso. Hay acopio

de opiniones sobre el hecho de que un puntapié en la cara no es, ciertamente, una bofetada... pero la distinción se torna más sutil cuando el que abofetea es un hombre sin dedos. Si desde el día de la creación ello ocurrió alguna vez, poco importa... el espíritu jurídico se sentía excitado ante la posibilidad del hecho. Sea como fuere, y de acuerdo con Strykius, dicha bofetada no puede ser considerada de ningún modo una bofetada.

El autor revela considerable humanidad al opinar que el amo no tiene derecho a abofetear a su criado. Por otra parte, en ciertos casos el marido tiene pleno derecho a descargar la mano sobre el rostro de la esposa; por ejemplo, si la sorprende con otro hombre; o (como ya hemos visto) si ella escribe una carta de amor a un tercero; o si sale y regresa tarde en la noche. Pero si la bofetada provoca hemorragia nasal, el hecho puede ser causa de divorcio.

Pero, ¿qué ocurre si la esposa abofetea al marido? Hay dos posibilidades: 1) Si el marido es más fuerte, puede devolverle la bofetada. 2) Si es más débil, y la tentativa de represalia fracasa, puede iniciar juicio de divorcio contra su propia esposa. En ambos casos le queda al marido la alternativa de

aceptar pacíficamente la bofetada, resignarse y no decir una palabra.

El insulto verbal no debe ser vengado con una bofetada. Este principio legal es muy importante, pues en cierta ocasión se planteó el siguiente problema: ¿Si durante un baile, cierto caballero pide a una dama que le conceda el honor de una pieza, y ella se rehúsa, el hombre tiene derecho a abofetearla? Naturalmente, carece de ese derecho, pues la dama está perfectamente autorizada a elegir a sus compañeros de danza y, en todo caso, aunque dicho rechazo constituye un insulto no puede ser vengado con una bofetada.

En los bailes y en ocasiones similares pueden suscitarse otros incidentes. Los hombres de baja moral son capaces de pellizcar o de tocar a las damas virtuosas de un modo que nada tiene que ver con las necesidades de la danza. En tales casos el ofensor debe ser abofeteado inmediatamente; pues es norma jurídica que el castigo debe ser apropiado a la naturaleza del crimen. La ofensa inferida por la mano del varón debe ser castigada con la mano de la mujer ultrajada.

Miles de estudios de similar carácter barroco colman los estantes de las bibliotecas. Existe uno

sobre la jurisprudencia de la virginidad, y hubo una larga polémica para decidir si una muchacha que había sido violada podía llevar las flores blancas (o la corona de mirto) al acercarse al altar. Un jurista se inclinaba por la afirmativa; después de todo, las flores o la corona eran símbolos de inocencia moral, y la violación sólo había tenido consecuencias físicas, de modo que la virtud de la novia no había sufrido ningún daño. Los hombres que se ajustaban a la letra de ley se indignaron mucho; poco importaba el modo en que una muchacha había perdido su inocencia, lo cierto era que no podía aparecer en la iglesia con el símbolo de esa virtud. Se sugirieron algunas fórmulas de compromiso: muy bien, que se le prohibiera llevar la corona de la inocencia; pero por lo menos debía tener derecho a exigir del novio el precio de la inocencia.

Cierto doctor Simon Christoph Ursinus produjo un estudio sobre los derechos legales y los problemas de las prostitutas; probablemente sobre la base de exhaustivas investigaciones prácticas (*De quaestu meretricio*). ¿Cuándo es posible llamar meretrix a una mujer? Cuando vende por dinero sus favores. Pero si no acepta dinero, ¿cuántos amantes ha de tener para que merezca ese nombre? La jurisprudencia

dencia no ofrecía un criterio definido; de acuerdo con cierto autor, la cifra era de cuarenta. No podía reclamarse la devolución de un regalo hecho a una meretriz; si ella concedía crédito, y se le entregaba un pagaré, el pagaré debía ser cancelado. (¡Sombras de Judá y de Tamar!) Sino se había realizado ningún pago, ni firmado un documento, y sólo existía una promesa, ésta tenía fuerza legal.

Los expertos juristas de ojo de águila no omitían un solo punto. ¿Podía la meretriz dejar testamento? Y en caso afirmativo, ¿se le permitía dotar a alguna institución piadosa, o efectuar donaciones a una orden religiosa? Sin duda el autor pensaba en Friné, de quien se afirma que ofreció financiar con sus ganancias la construcción de las murallas de Tebas.

Y he aquí el más extraño problema jurídico: si una mujer de esta clase fuese dispendiosa, y gastase sin control sus ganancias, ¿se le podía nombrar un curador legal?

La respuesta es negativa, y de ese modo el doctor Ursinusse evita la tarea de indicar cómo podría actuar semejante curador.

Se consagraron extensos estudios a la jurisprudencia del silencio, de las narices, de los pies, de las manos y aún a la jurisprudencia de la mano derecha

o de la izquierda, sin hablar de los dedos considerados individualmente, etc.

¿Etcétera?

Pues también tal palabra suscitó problemas de carácter legal.

Este humilde pero comprensivo término, carente de existencia autónoma, eterno complemento de otros esta modesta y anónima expresión adquirió, gracias al profesor Strykius, individualidad e importancia propias. El patito feo se convirtió en orgulloso cisne.

Strykius le consagró un libro, al que denominó *Tractatio juridica de Etcetera* (Disertación jurídica sobre la palabra Etcétera). Desarrollaba su historia, su naturaleza, los usos correctos y los equivocados, los inconvenientes que podía provocar el uso erróneo, etc.

Por ejemplo, si en cierto documento legal es preciso enumerar todos los títulos de un príncipe reinante, no se debe interrumpir la lista en el tercer o cuarto título, para ahorrar tinta y espacio, apelando a la palabra “etcétera”.

La obra exhorta a los escribanos públicos a esquivar la palabra, porque cualquiera de las partes podría, con acopio de malas intenciones, atribuir al

“etcétera” toda suerte de interpretaciones antojadizas.

También descubrimos en este libro que en aquellos tiempos se consideraba insulto extremadamente grave decirle a alguien: “ ¡Tú eres un etcétera!” Y si bien, (como ya sabemos) dicho insulto no podía ser contestado con una bofetada, cabía denunciar al ofensor, y la ley obligaba al juez a aplicarle una sentencia muy severa. Es probable que la severidad de la pena tuviera un doble propósito: por una parte satisfacía el principio de retribución, y por otra desalentaba gradualmente el empleo de la palabra, hasta que al fin perdió su connotación insultante.

Etcétera.

4.

El período romántico de la jurisprudencia concluyó hace aproximadamente ciento cincuenta años, pero la estupidez de quienes apelan a los juicios se ha prolongado hasta nuestros días. Lejos de mí la idea de que los legisladores suministran intencionalmente ocasiones para la manifestación de la locu-

ra humana, y que los jueces eruditos, los abogados brillantes y los fiscales sagaces no son la regla antes que la excepción. Pero la complejidad de leyes y decretos, el desarrollo excesivo y a menudo terrible de párrafos, cláusulas, subcláusulas y precedentes, codificados o sin codificar, parece haber creado un terreno extremadamente fértil y apto para el desarrollo de una verdadera maraña de estupidez.

Tal fue el caso en Köslin, Alemania, donde poco después de la Primera Guerra Mundial un abogado realizó la hazaña casi increíble de representar a AMBAS partes en un juicio desarrollado ante dos tribunales diferentes. El hombre trató de disculparse afirmando haber creído que en la segunda instancia se trataba de un caso completamente distinto. Fue procesado y absuelto; pero la acusación apeló, y este peculiar jurista fue condenado a tres meses de prisión. Sin embargo, se mantuvo en suspenso la sentencia, porque el juez del tribunal de apelaciones consideró que la conducta del profesional obedecía a inexperiencia.

Y este caso me recuerda el caso del estafador que contrató los servicios de un abogado. Después de discutir los cargos, el abogado preguntó: “¿Y cuáles serán mis honorarios?”

“Vea, mi amigo”, replicó el hombre con una sonrisa inocente, “es muy sencillo. Si yo recibo algo, no le daré nada. Si no me dan nada, le daré algo”.

Hace más de veinte años, un abogado norteamericano comenzó una labor gigantesca: agrupar todas las leyes sancionadas por todos los gobiernos federales y estatales. Trabajó cinco años, y finalmente obtuvo la cifra total de un millón ciento cincuenta y seis mil seiscientos cuarenta y cuatro leyes. Los especialistas en estadísticas legales han calculado que la Segunda Guerra Mundial (y antes de ella el período de la crisis) casi ha duplicado dicho número. La batalla entre los derechos estatales y federales jamás cesó ni se interrumpió, de modo que aún hoy están en vigor una docena de leyes diferentes sobre el problema de la pena de muerte, el alcoholismo, y centenares de otras cuestiones. No es de extrañar, entonces, que florezca el abogado picapleitos, que a menudo las decisiones judiciales sean letra muerta; y que los delincuentes cometan crímenes que permanecen impunes. No siempre, ciertamente, pero con frecuencia suficiente para demostrar la locura de la legislación múltiple.

Tampoco es de extrañar que bastante a menudo la ley y la práctica engendren absurdos. Véase, por

ejemplo, el caso de la joven de Wáshington que conoció en una fiesta a un golfista profesional, y recibió de él algunos buenos consejos sobre el modo de mejorar su técnica.

Poco después, el hombre le envió una factura por doscientos dólares. La joven creyó que el hombre bromeaba, pero él le aseguró que era la tarifa acostumbrada, e insistió en el pago.

Asombrada, la joven consultó a un abogado amigo, y éste afirmó que en tales circunstancias la exigencia de pago era ridícula. “Si vuelve a hablarle del asunto, envíemelo”, dijo el letrado.

Pocos días después recibió una factura de cien dólares, por el consejo legal recibido. ¡Y en definitiva tuvo que pagar las dos cuentas!

Las leyes poseen tremenda capacidad de supervivencia. A menudo se mantienen en los códigos sin ser derogadas durante siglos, y un abogado hábil en busca de un precedente o de una cláusula favorable a veces puede apoyarse en cierta práctica legal o en cierta reaccionaria ley puritana que nadie recuerda ni se ocupó jamás de eliminar.

Un edicto de Cromwell contra las blasfemias no ha sido derogado nunca en Inglaterra. Establecía un sistema de multas, graduadas de acuerdo con el len-

guaje empleado y con la posición social del ofensor. Así, un expletivo prohibido costaba 30 chelines a un lord, 25 a un caballero, 10 a un esquire, 6 chelines 8 peniques a un simple “caballero”, mientras que “todas las personas inferiores” podían expresar sus sentimientos al módico precio de 3 chelines 4 peniques. Sin embargo, esas penas eran sólo por los “primeros delitos”. Después de varias condenas, el delincuente corría el riesgo de que se lo declarara “blasfemo habitual” y se lo enviara a la cárcel. Todavía en la década de 1930 se imponían multas en ciertos lugares de Inglaterra (en Windsor, por ejemplo) a quienes juraban en público, y aún hoy es preciso cuidar el lenguaje que se usa en las Islas Británicas.

Una ley anticuada fue culpable de que se condenara a un hombre por “recibir de sí mismo con conocimiento de causa bienes robados”. El Tribunal de distrito anuló la condena, pero lo cierto es que los jueces de Darlington habían aplicado una multa de cinco libras a un hombre llamado George Thomas Waterhouse, culpable de recibir alambre de cobre y objetos de bronce valuados en 4 libras, 3 chelines y 6 peniques, “que habían sido robados por George Thomas Waterhouse”. Lo característico del

caso fue que, a pesar de que el señor Waterhouse estaba acusado de robar y de recibir, los jueces lo condenaron solamente por este último cargo. Sin duda fue un auténtico Jekyll y Hyde... pero salió bien librado. Fue otro caso en que la ley se pasó de inteligente, y terminó derrotándose a sí misma.

Un caso igualmente esquizofrénico ocurrió en los Estados Unidos, donde la señora Ruth E. Hildreth, de El Paso, Illinois, inició juicio contra ella misma por la suma de 20.000 dólares. Es comprensible que al poco tiempo anunciara en Eureka, Illinois, que había arreglado el asunto extrajudicialmente. Por supuesto, esta particular forma de locura tenía cierto método. La señora Hildreth afirmaba haber sufrido varias heridas en un choque de vehículos, cerca de Eureka, dos años antes del juicio. Acusaba a Leroy Schneider, conductor del otro coche, de responsabilidad en las lesiones sufridas, y exigía el pago de 20.000 dólares.

Pero Schneider murió en el accidente, y la señora Hildreth pidió que se la nombrara administradora de la propiedad del difunto, porque las heridas sufridas creaban en ella un interés personal en la disposición de la propiedad en cuestión. De modo que cuando inició el juicio, descubrió que lo hacía con-

tra el administrador de los bienes de Schneider... es decir, contra ella misma.

He mencionado la capacidad de resistencia de las leyes frente a los cambios y al progreso. En 1947, un minero fue sentenciado a cinco días de prisión en Coventry, por no pagar su cuenta de hospital. Los magistrados se mostraron muy considerados, y lo invitaron a cumplir la sentencia en Whitsuntide, con el fin de que no perdiera días de trabajo. Pero el caso demostró que en Gran Bretaña todavía es posible la cárcel por deudas. Hace más de un siglo los jueces de la Suprema Corte (con el entusiasta apoyo de Carlos Dickens, que en más de una novela describió el cuadro trágico de la Prisión para Deudores) reclamaron la eliminación de esta sección de la ley. En 1869 el Parlamento aprobó la Ley de Deudores, en la que se declaraba que “ninguna persona podía ser arrestada o encarcelada por falta de pago de una suma de dinero”. Sin embargo, en 1946, 3.567 personas fueron llevadas a la cárcel por deudas.

El problema fue creado por la estupidez de los legisladores, que aceptaron excesivo número de excepciones a la ley; pues lo que en realidad les interesaba era terminar con la prisión por deudas

contraídas con acreedores privados. Pero aún hoy la gente puede ser encarcelada “por falta de pago de cualquier cantidad sumariamente recuperable ante los magistrados”.

Pero el rasgo más particular es la discriminación entre deudas con personas de carácter privado y deudas con el Estado. Las deudas privadas no se extinguen por el hecho de cumplir una sentencia de cárcel; los impuestos impagos o la negativa a mantener a personas dependientes del acusado, las que por ese motivo se convierten en carga del Estado, pueden ser expiados mediante algunas semanas en la cárcel. Ello significa que el Estado, que de ese modo ha aumentado la deuda ofreciendo casa y comida gratis al deudor, se declara dispuesto a perdonar y a olvidar.

Hace algunos años, Sir Frank Soskice, en su carácter de fiscal general, presentó en la Cámara de los Comunes un proyecto con el fin de eliminar las leyes anticuadas que han sobrevivido obstinadamente. Algunas de ellas se remontan a 1235; la más reciente es de 1800. Hay algunas leyes todavía en vigor (y varias NO incluidas en la ley) en virtud de las cuales buen número de personas pueden ser condenadas a la picota o a la flagelación en público. Por ejemplo,

dichas penas serían aplicables a quienes vayan al cinematógrafo en domingo, o se entretengan en “diversiones profanas”.

Hay leyes parecidas en los códigos de casi todos los países del mundo.

Debido a la existencia de estas leyes envejecidas, a menudo la justicia embaraza sus propios movimientos. No hace mucho hubo un caso que fue una verdadera comedia. La sociedad cooperativa de Gorebridge presentó un reclamo contra James Turnbull, detenido en la prisión de Saughton. El hecho se originó en que la caja fuerte de la cooperativa se atascó y Turnbull- un excelente violador de cajas fuertes- fue llamado para abrirla. Trabajó a plena satisfacción de todos, salvo que, en el acto de abrir la caja, robó 316 libras en efectivo y 30 libras en objetos. La sociedad inició juicio y perdió el caso. El juez sustituto dijo en su fallo:

“Con verdadero pesar debo rechazar por incompetente la acción. La sociedad cooperativa Gorebridge parece haber sufrido una grave pérdida a consecuencia del acto delictuoso de Turnbull, y me veo obligado anegarles ayuda por razones meramente técnicas.”

“Las razones técnicas” eran muy sencillas.

Turnbull estaba cumpliendo una sentencia, y por consiguiente no era responsable de sus actos.

Hasta qué extremo las leyes pueden ser complejas y contradictorias lo demuestran ciertos decretos recientes, extraídos de los periódicos norteamericanos:

Las palomas no deben posarse en los techos de las casas o pasearse por los jardines de los vecinos. (Decisión oficial británica.)

Los encargados de los bares no contraen responsabilidad legal cuando juzgan la edad de los enanos. (Junta californiana de compensación.)

Los cálculos renales y el oro de los dientes extraídos son todavía de propiedad del paciente. (Asociación médica alemana.)

Cuando una manada de perros ocupa las vías del ferrocarril, no es necesario tocar el silbato para cada perro en particular. (Un tribunal de Tennesse, Estados Unidos.)

La mujer no está obligada a soportar al esposo que fuma la pipa en el lecho matrimonial. (Tribunal doméstico, Londres.)

No es delito criminal desear que alguien se caiga muerto. (Fiscal Charles Ireland, de los Estados Unidos.)

Los expertos de yo-yo no pueden practicar su arte en las cercanías de las escuelas... son una tentación para los niños, y los distraen. (Tribunal municipal, Estados Unidos.)

Una mujer tiene derecho a divorciarse si el esposo insiste en realizar todo el trabajo doméstico. (Tribunal doméstico, Londres.)

5.

Nada refleja la estupidez humana tan cabal y perfectamente como la manía de pleitear. Los hombres y las mujeres que pleitean incansablemente, sin la menor esperanza de éxito, a menudo sin razones de carácter material que lo justifiquen, años y años abortos en una disputa de menor cuantía, son gente que a menudo está al borde de la locura. Pero en muchos casos adoptan esa actitud absurda y suicida por simple estupidez.

En 1890 murió en la antigua ciudad de Szekesfehervar un abogado húngaro llamado Juan Farkas. Adquirió fama en el papel de defensor de muchos asaltantes de caminos. Se especializó en la defensa de bandidos, y amasó una fortuna considerable gra-

cias a su concentración en esta esfera del derecho.

Era soltero, pero tenía muchos parientes. Cuando se leyó el testamento, se comprobó que dejaba una propiedad de tres mil acres, dinero y otras posesiones a aquel de sus parientes que en el plazo de diez años fuera capaz de dar la más exacta respuesta a las siguientes preguntas:

- 1) ¿Qué es eterno e infinito sobre la tierra?
- 2) ¿Por qué la gente necesita dinero?
- 3) ¿Por qué la gente pleitea?

Hasta que se obtuvieran respuestas satisfactorias, debía dividirse la renta de las propiedades entre distintas instituciones caritativas.

Al cabo de una semana se presentaron alrededor de quinientos litigantes, divididos en dos grupos principales. Uno de ellos aceptó las condiciones, y pacientemente comenzó a formular respuestas a las preguntas. El otro impugnó el extraño testamento y trató de demostrar que en el momento de redactar el documento Farkas era insano.

Al cabo de diez años, los tribunales resolvieron que el testamento era válido. El número de litigantes se había reducido a veintidós, pero ningún juez alcanzaba a decidir cuáles eran las respuestas más correctas. (Uno de ellos escribió un libro de 150

páginas con el propósito de resolver los problemas suscitados.) El fantástico pleito duró más de cincuenta años. Uno de los abogados sugirió un compromiso. La propiedad había aumentado considerablemente de valor; ahora valía más de 200.000 libras, y propuso dividirla en partes iguales entre los herederos. Estos rechazaron de plano. En el curso de los cincuenta años más de sesenta personas habían sido sentenciadas por asalto y agresión, por redacción de libelos obscenos y por otros diversos delitos menores, cometidos dentro y fuera del recinto del tribunal, en ocasión con motivos de mutuos ataques de los antagonistas. El último juez que examinó el caso suministró la respuesta correcta a las tres preguntas. ¿Qué es eterno e infinito? Este pleito. ¿Para qué necesita dinero la gente? Para continuar el pleito. ¿Por qué la gente pleitea? Porque necesita dinero.

La tremenda inflación de 1945-46 liquidó la propiedad Farkas, y de ese modo acabó también con la manía litigiosa de sus herederos.

En Graz, Styria, un maníaco de los pleitos inició juicio contra un rruiseñor... o mejor dicho contra su propietario, un sólido ciudadano llamado Oscar Heinzl. Herr Heinzl tenía al rruiseñor en una jaula,

y todas las noches sacaba la jaula a una ventana abierta. Naturalmente, el ruiseñor cantaba... durante casi toda la noche. Uno de los vecinos, hombre que indudablemente carecía de todo sentido poético o musical, inició juicio contra Heinzl por perturbar la paz y provocar molestias. El caso recorrió tres tribunales, hasta que al fin fue fallado en favor del ruiseñor. He aquí el resumen preparado por el erudito juez:

“El consejo de la ciudad tenía completa autoridad para aplicar el párrafo 137 en relación con los intereses públicos. Si hubiera existido una molestia pública provocada por el humo, por un olor desagradable o por algún ruido objetable, se habría justificado la prohibición. Pero en este caso el consejo se excedió en sus atribuciones, pues es preciso respetar la libertad de los inquilinos individuales dentro de sus respectivos hogares, y en el caso en disputa no pudo establecerse que existiera una perturbación de la paz de tal magnitud que representara una molestia pública. Aquí se trata del caso de un pájaro que vive libremente en nuestro país, y que usualmente canta al aire libre. En tales circunstancias, mantener abierta la ventana no puede considerarse una molestia insoportable e inadmisibles. Por consi-

guiente, revisamos los fallos de los dos tribunales inferiores.”

Lástima que, entretanto, hubieran transcurrido siete años, y que el ruiseñor estuviese muerto.

Un hombre inició juicio contra una compañía ferroviaria por los “sufrimientos mentales” padecidos después de un accidente en el que sólo había recibido lesiones de menor importancia. Afirmó que ahora sufría de insomnio, y recibió alrededor de 1.600 libras en concepto de indemnización. Y una mujer exigió a un hospital una indemnización igualmente sustancial... porque el personal no había impedido su tentativa de suicidio. Se llamó a más de veinte expertos antes de rechazar la pretensión.

Uno de los pleitos más complicados se originó en un perro mestizo de cierta pequeña ciudad húngara. El animal, de carácter un tanto levantisco, vagabundeaba por la calle, y allí mostró “amenazadoramente” los dientes a un niño. Unos de los pocos policías de la ciudad fue testigo del lamentable incidente, y cursó una citación al propietario del perro, un campesino obstinado y de carácter independiente llamado Matias Fadgyas. El señor Fadgyas no esperó a que le llegara la citación. Enterado del asunto, presentó una queja contra el

policía, afirmando que frecuentaba el local de una agencia de personal doméstico, donde se entretenía en cortejar a algunas de las muchachas que a ese lugar acudían para contratarse como cocineras o mucamas. También presentó una queja contra el propietario de la agencia doméstica, acusándole de dirigir un lugar licencioso.

El magistrado multó a Fadgyas en la suma de cinco chelines, al mismo tiempo que éste iniciaba diversos juicios:

contra el magistrado policial que lo sentenció,

contra el comisionado policial, que nada hizo para evitar dicha sentencia,

contra el tribunal del condado, porque aprobó la multa,

contra un oficial de policía que se negó a considerar su queja contra el alguacil.

Pero esto no era suficiente. Fadgyas inició otros juicios:

contra el hombre que compró el mueble, cuya venta, fue ordenada por el tribunal, pues Fadgyas se negó a pagar,

contra el policía presente en el remate público,

contra un vecino que “se rió burlonamente”,

contra el abogado que lo representó (a Fadgyas)

sin éxito.

Aun esto no era más que una de las etapas del asunto. Fadgyas prosiguió e inició litigio:

contra el Colegio de Abogados, porque no apoyó su queja contra el abogado del propio Fadgyas, contra el presidente y los jueces del tribunal, porque su apelación fue rechazada, y contra varios otros magistrados, jueces, empleados y diversos funcionarios de la administración judicial.

Todas estas quejas y procesos determinaron, a su vez, una cosecha de juicio por injurias y libelo contra Fadgyas. Entre los acusadores se contaban el primer policía, el propietario de la agencia de servicio doméstico, la policía, el alguacil, el vecino de Fadgyas, su abogado, y numerosos jueces y empleados del tribunal.

Durante tres años enteros la mitad de los casos examinados por el tribunal del condado tuvieron por figura principal a Fadgyas: unas veces como parte acusadora, y otras como acusado.

En la primera audiencia de la apelación Fadgyas fue condenado a un mes de prisión. Apeló nuevamente, e inició juicio el fiscal de la acusación y a su propio abogado defensor. Al primero, porque había

empleado “términos insultantes”; al segundo, porque no se había expresado con “suficiente energía”.

Y todo por un perro mestizo.

Quizás en ninguna parte como en los Estados Unidos esta manía litigiosa ha alcanzado tan inmensas proporciones y producido tan ricos frutos (sobre todo para los abogados). Cuando Harry Ferguson, el inventor y multimillonario británico, inició proceso contra la compañía Ford, el caso dio ocupación a setenta y dos abogados (muy felices, por cierto, de participar en el juicio). Las declaraciones previas ocuparon 300.000 páginas de tamaño oficio, escritas con letra apretada, y varios centenares de miles de páginas con notas, pruebas y diversos documentos. En conjunto, se escribió más de un millón de páginas de documentación antes de que el primer abogado se pusiera de pie y se aclarara la garganta. Durante las primeras cinco semanas de procedimientos judiciales, las declaraciones testimoniales insumieron alrededor de cinco millones de palabras, aunque sólo se había llamado a tres testigos. Es verdad que se trataba de un juicio que implicaba el destino de varios millones de dólares. En definitiva, el caso fue resuelto fuera del tribunal, pero se gastó por lo menos un millón de dólares en

honorarios de abogados y en gastos judiciales.

Existe, naturalmente, la manía de los contratos, que posee manifestaciones semánticas particulares, por ejemplo, emplear cinco palabras allí donde una sola sería suficiente... y todo lo demás que tiene su contrapartida en el lenguaje de la burocracia. Hasta ahora, ningún abogado se ha atrevido a reconocer que un contrato vale exactamente lo que la buena fe de las partes contratantes; si lo hicieran, muchos de ellos se verían obligados a abandonar la profesión. Recuerdo que en cierta ocasión firmé en Hollywood un contrato que tenía siete páginas más (a un solo espacio) que el fragmento literario con el cual se relacionaba. Recuerdo también otro caso... en que las negociaciones insumieron nueve semanas y el esfuerzo de un equipo de abogados. Las dos presuntas partes del contrato estaban perfectamente de acuerdo sobre el principio que debía servir de fundamento a los detalles; pero cuando los abogados se apoderaron del asunto y comenzaron a masticarlo, como los perros mastican un hueso, todos caímos en la mayor de las confusiones. La discusión se tornó tan complicada que cada uno de los abogados se vio obligado a explicarse a sí mismo qué había querido decir... y en definitiva todo el asunto se echó a

perder, destrozado por los golpes implacables de los expertos en contratos.

Ciertamente, la ley, con toda su majestad, puede ser también expresión de suprema estupidez.

VII

LA ESTUPIDEZ DE LA DUDA

1.

El 11 de marzo de 1878 la Academia francesa de Ciencias se reunió para presenciar una interesante demostración. Du Moncel, el conocido físico, debía presentar el fonógrafo, la nueva invención de Edison. La ilustre asamblea se impresionó mucho cuando la pequeña y primitiva máquina comenzó repentinamente a hablar y repitió fielmente las palabras que Du Moncel había registrado pocos momentos antes.

De pronto, Jean Bouillaud, el famoso médico, un hombre de ochenta y dos años que se había pasado la mayor parte de la vida tratando de identifi-

car la relación entre ciertas funciones y determinadas regiones del cerebro, se puso de pie, se acercó a la plataforma y aferró por el cuello al infortunado Du Moncel.

“¡Sinvergüenza!” rugió. “¡Cómo se atreve a intentar engañarnos con esos ridículos trucos de ventrilocuo!”

Camilo Flammarion, que fue testigo personal del incidente, relata el caso en el primer capítulo de su libro *L'inconnu*. “Y el enfurecido médico permaneció colérico y escéptico hasta el fin de su vida.”

El 30 de septiembre, poco más de seis meses después de la demostración, la Academia de Ciencias realizó otra reunión. El obstinado escéptico solicitó la palabra, y declaró que, después de prolongada y cuidadosa consideración, mantenía un postura inicial; que el llamado fonógrafo no era otra cosa que un truco de ventrilocuo. “Es absolutamente imposible”, dijo Bouillaud, “que el noble órgano de la palabra humana pueda ser reemplazado por el innoble e inconsciente metal”.

Poca gente habría oído hablar de Bouillaud si Flammarion no lo hubiese inmortalizado. Pero la Academia Francesa tenía ya un miembro realmente inmortal: Joseph Jérôme Le Frangais de Lalande, el

gran astrónomo que fue director del observatorio de París entre 1768 y 1807. Desarrolló la teoría planetaria, mejoró las tablas de Halley, catalogó cerca de cincuenta mil estrellas, y escribió gran número de obras sobre navegación. En 1781, Francois Blanchard (inventor del paracaídas) presentó su “nave voladora” dirigible. El hecho excitó la imaginación del público; el pueblo hablaba ya de los atrevidos aeronautas que surcaban el cielo de París. (En 1785 Blanchard cruzó en globo el canal de la Mancha.) Pero Lalande se apresuró a arrojar agua fría sobre tan calenturientas esperanzas. En el número del 18 de mayo de 1782 del Journal de Paris escribió un artículo destinado a pinchar el globo del señor Blanchard. “Desde todo punto de vista”, escribió, “es absolutamente imposible que el hombre se eleve en el aire y flote. Para alcanzar ese objetivo se requerirían alas de tremendas dimensiones, y sería preciso que se movieran a la velocidad de tres pies por segundo. Sólo a un loco se le ocurriría abrigar la esperanza de que se realizara nada semejante...”

Menos de un año más tarde, el 5 de junio de 1783, los hermanos Montgolfier lanzaban su primer globo.

Al mes siguiente, el 11 de julio de 1783, el mar-

qués Claude Francois Dorothée de Jouffroy d'Abbans, el precursor europeo de la navegación de vapor, realizó su primera excursión en una nave de vapor por el río Saône. Presentó la invención al gobierno, y éste solicitó la opinión experta de la Academia de París. He aquí la réplica: el experimento nada demostraba, y no valía la pena gastar dinero en el asunto.

Los primeros conquistadores del aire y del agua sufrieron la enemiga de los expertos científicos. Pero los precursores de los ferrocarriles no corrieron mejor suerte. La ciencia oficial los rechazó con gesto despectivo; se afirmó que las locomotoras jamás podrían ponerse en movimiento, que las ruedas giraban en el mismo sitio. Perolas ruedas, dando muestras de considerable descortesía, desmintieron la afirmación de los eruditos organismos; se movieron, y su desplazamiento se tornó más y más veloz. Entonces, la ciencia comenzó a argumentar que dichas velocidades no eran naturales, y que provocarían epidemias generales. De acuerdo con la opinión del Real Colegio Bávaro de Medicina, la persona que viajara en tren sufriría probablemente conmoción cerebral, y quienes desde el costado de las vías contemplaran el paso de un tren se desmayarían a

causa del mareo. Por consiguiente, (decían los médicos) si el gobierno tenía la audacia de dedicarse a tan peligroso experimento, debía erigir empalizadas a lo largo de las vías... por lo menos hasta la misma altura que los coches.

Flammarión y otros han puesto en la picota a muchos de estos “tontos de la duda”.

Durante siglos Europa entera ha asistido a la caída de meteoritos. Los fragmentos se conservaban en las vitrinas de los museos, acompañados de documentos debidamente autenticados con respecto al lugar y momento de la caída. Finalmente, la Academia francesa de Ciencia despertó de su digno letargo, y encomendó a Lavoisier, el gran químico, la preparación de un informe sobre los mencionados proyectiles. Cuando el informe fue presentado, la Academia declaró que el asunto era increíble, y que no podía aceptarse su realidad; era imposible que del cielo cayeran piedras. Esos “meteoritos” seguramente habían sido vomitados por alguna erupción subterránea. Me pregunto qué habría dicho ante este informe la mujer de Idaho en cuya casa, a principios de 1955, cayó un meteorito de regular tamaño, que atravesó el techo y golpeó con fuerza la cadera de la buena señora (le costó tres meses repo-

nerse del accidente). Es probable que hace ciento cincuenta años la Academia de Ciencias hubiera recomendado practicar excavaciones en el centro de Idaho en busca de un volcán subterráneo. Jacques Babinet, el físico francés, declaró que el cable submarino era una idea ridícula. Felipe Lebon, el químico e ingeniero que fue uno de los primeros en preconizar el empleo del gas con fines de iluminación, debió escuchar juicios categóricos en el sentido de que era imposible que una lámpara sin mecha se encendiera. Cuando William Harvey presentó su descubrimiento de la circulación de la sangre, sus colegas médicos lo atacaron con tal violencia que durante cierto tiempo perdió a la mayoría de sus pacientes.

El caso de Galileo fue quizás el más famoso, y casi concluyó trágicamente. Con sus tremendos descubrimientos astronómicos y cosmológicos se atrevió a irritar los nervios sensibles de la ciencia oficial contemporánea. En el siglo XVII la Sorbona insistía aún en enseñar la astronomía aristotélica, y pedía la ayuda del Parlement contra los “innovadores ateos”. En 1624, los adeptos de Copérnico y de Galileo fueron desterrados de París, y se prohibió a los que permanecieron en la ciudad, bajo pena de

muerte enseñar ideas diferentes de las que sostuvieron las autoridades antiguas y aceptadas”.

En la Universidad de Bolonia, los colegas de Luigi Galvani lo coronaron con un gorro de bufón; se rieron de él y lo llamaron “el maestro de baile de las ranas”.

En 1840 la Academia Francesa decidió al fin prestar cierta atención a los fenómenos conocidos entonces bajo la denominación de “magnetismo animal” o “sonambulismo”. Hoy hablamos de hipnosis. Como consecuencia del análisis practicado, el augusto cuerpo resolvió que en el futuro no perdería tiempo en tales experimentos... del mismo modo que la estupidez del perpetuum mobile o el vano sueño de la cuadratura del círculo, no se trataba de un tema apto para las deliberaciones de los sabios allí reunidos.

Recuérdese el caso de Semmelweis, el hombre cuya obra salvó la vida de millones de madres, gracias al descubrimiento de la causa de la fiebre puerperal. Su larga y trágica lucha (que acabó en un asilo de locos, con su espíritu completamente destrozado) ha sido descrita en muchas ocasiones.

Edward Jenner, una de las mayores glorias de la medicina británica, el descubridor del método de

vacunación, casi compartió la suerte de Semmelweis. Cuando explicó por vez primera su descubrimiento de la vacuna, sus colegas lo atacaron con furia casi inhumana. Las prensas lanzaron ensayos y panfletos desbordantes de veneno. Cierta doctor Moseley dejó escapar una frase en vena profética: “¿Quién puede prever las consecuencias que acarreará, a lo largo de años, la inyección de jugos animales en el organismo humano? ¿Qué pensamientos fermentarán en los espíritus contaminados de fiebre animal? ¿Qué influencias ejercerán sobre el carácter humano los fluidos de cuatro patas?” Otros adoptaron también los mismos lemas baratos. El doctor Rowley decoró la cubierta de su folleto con la imagen coloreada de un muchacho de cabeza de buey. El doctor Smyth mezcló su cólera profesional con buena dosis de mentiras, y presentó un caso extremadamente trágico como argumento contra Jenner. Relató la historia de un niño que había recibido la vacuna; después, ese ser (que ya no era humano) empezó a caminar en cuatro patas, mugiendo como una vaca y acometiendo como un toro a la gente.

Más recientemente, el profesor Ferragutti, que inventó y desarrolló el automotor movido por gas de carbón de leña, también debió soportar una fan-

tástica campaña de calumnias. Su invención fue de gran utilidad para Italia, que carecía de pozos petrolíferos y que sufrió particularmente las consecuencias de la falta de abastecimientos de nafta durante la última guerra. Ferragutti afirmaba que su combustible no sólo era más barato (sólo un 5 % del costo de la nafta) sino, además, mejor y más seguro. Naturalmente, las compañías petrolíferas y otros intereses combatieron su invención por todos los medios posibles. Se le acusó de falsificar las pruebas, y de sobornar a funcionarios y a expertos. Pasaron diez años antes de que se aceptara el invento; y podemos suponer que no le habrán servido de mucho consuelo las palabras que le dirigió Marconi: “Debe prepararse para afrontar las mayores dificultades. Pero si usted es un auténtico inventor, superará todos los obstáculos... como lo hice yo, luchando contra todas las formas de la estupidez, entre las cuales la peor es la estupidez de la duda.”

En 1911 (¡diez años después de que Marconi hubiera logrado enviar mensajes radiales de Cornwall a Terranova!) uno de los principales físicos austríacos escribió un extenso y burlón artículo sobre Nikola Tesla, el inventor de origen croata. Vale la pena citarlo, para demostrar cómo el experto an-

quilosado puede errar y mantener obstinadamente su posición aún frente a la evidencia misma:

“El señor Tesla nos promete una transformación del mundo. Llámase a su invención un “orden eléctrico mundial”. Tiene el descaro de afirmar que es capaz de construir aparatos con los que puede transmitir el discurso, la palabra escrita o hablada a cualquier distancia... de modo que si alguien dicta o escribe en cierto punto del globo, su escritura o un facsímil mecanografiado aparecerá en la forma original casi simultáneamente en cierto punto distante. Va aún más lejos, y afirma que es posible desarrollar un instrumento que transmitirá música por medio de ondas eléctricas. Nos sentamos cómodamente en un sillón, tomamos en la mano el pequeño aparato receptor, lo encendemos, ¡y oímos una ópera cantada a inconmensurable distancia! ¡Esto es suficiente para demostrar que este supuesto hombre de ciencia es un soñador poco práctico, y más aún, peligroso! ¡Y aún se atreve a presentar su candidatura para el premio Nóbel!”

Un típico ejemplo de lo que el New Yorker denomina “la bola de cristal empañada”.

El inventor de la primera máquina productora de hielo, el doctor Juan Gorrie, un español que ha-

bía emigrado a los Estados Unidos, murió en la miseria, humillado y amargado porque no pudo reunir el dinero indispensable para promover su invento, a pesar de que gozó de considerable favor en Florida, donde en 1850 efectuó la primera demostración pública. Su suerte no fue un caso particular; por cada inventor de éxito ha habido mil fracasos; y, en realidad, cada una de las invenciones conocidas podría haber sido aplicada muchos años antes de la fecha en que se difundió si no hubiera sido por la locura de la incredulidad, por la estupidez de la duda.

2.

Si el inventor ha debido superar graves dificultades, ¿qué decir del poeta, del pintor, del músico? ¿O del pensador, del reformador, del jefe religioso? La estupidez siempre ha teñido e influido el juicio de los contemporáneos. El hombre de ciencia y el poeta: ellos han sido los únicos auténticos profetas de la humanidad, y este privilegio les ha acarreado siempre y por doquier sufrimientos físicos y morales.

Ya hemos visto cuántos grandes inventores han sido objeto de repulsa y de burla, en lugar de recibir los laureles que merecían. Pero con mucha frecuencia se los coronaba... de espinas. Muchos sabios del Medioevo fueron condenados porque no lograron disipar las tinieblas que los rodeaban. El súbito y luminoso rayo del genio desconcertaba a los contemporáneos y acentuaba la ceguera que padecían. ¡Era tan difícil, tan arduo seguir a los grandes espíritus por el camino ascendente del saber! Resultaba mucho más cómodo permanecer en la seguridad de la llanura, y acusar al heraldo del futuro de magia negra o de pactos con el diablo.

Gabriel Naudé, que fue bibliotecario, primero del cardenal Mazarino, y posteriormente de Cristina, reina de Suecia, reunió buen número de datos, organizados cronológicamente, sobre los grandes hombres acusados de brujería. Su libro, llamado *Apologie pour les grands hommes faussement soupçonnés de magie*, fue publicado en París el año 1625. La obra suministra interesantes pruebas en el sentido de que, todavía a principios del siglo XVII, era muy necesario librar batalla contra los rumores engendrados por la estupidez. La última de las siete ediciones francesas del libro apareció en 1712; la traducción

alemana tenía lectores todavía en 1787.

Parece casi increíble, pero hubo cronistas que se hicieron eco de ciertas murmuraciones, y acusaron de brujería nada menos que al Papa Silvestre II. ¡A este hombre que en el siglo X estaba convencido ya de la redondez de la tierra, y que había diseñado un globo en el que aparecía el círculo polar y el Trópico de Cáncer! Pero el espíritu de sus contemporáneos y la ciencia de su época no estaban en condiciones de seguir el paso de sus cálculos y descubrimientos matemáticos. Algunos difundieron el rumor de que el gran prelado estaba tratando de evocar los espíritus de Paralelogramo y de Dodecaedro... nombres mágicos y malignos que habían leído con sus propios ojos en las notas del Papa. Los cronistas posteriores dieron realce a la fábula afirmando que Su Santidad mantenía en su corte a un dragón que diariamente devoraba seis mil personas.

La calumnia científica no se preocupaba de que el objeto del ataque fuera un filósofo pagano o un teólogo cristiano. Alrededor del *daimon* de Sócrates se desarrolló una compleja literatura. De acuerdo con la versión de Plutarco, este espíritu maligno vivía encaramado sobre el hombro de Sócrates, y le anticipaba en voz baja el desenlace positivo o nega-

tivo de todas las cosas. La ciencia medieval caviló durante siglos sobre este antiguo rumor; era incapaz de aceptar la posibilidad de que un ser humano alcanzara la sabiduría por medios normales. Entre los papas, León III, Benedicto IX, Juan XXII y Gregorio el Grande fueron víctimas de panfletos insultantes. De León III se afirmaba que había obtenido el trono papal mediante brujerías. Algunos hombres de negocios de cierta cultura se hicieron eco de las estúpidas calumnias que pasaban de boca en boca, y de ese modo nació uno de los libros más absurdos que jamás hayan circulado entre el público crédulo. Fue el llamado *Enchiridion Leonis papae serenissimo imperatori Carolo Magno in munus pretiosum datum, neperime mendis omnibus purgatum* (Roma, 1660). Algunos editores de París consideraron propio alentar la locura de la superstición, y tradujeron al francés esta colección de insensateces en latín. Las ediciones francesas datan de 1740, 1847, 1850 y 1897. Y aún hubo una edición moderna, publicada por los hermanos Garnier en la década de 1930. El libro contenía las “encantamientos secretos y la imágenes mágicas” del Papa León III; de acuerdo con el título, el pontífice los había enviado como don precioso a Carlomagno.

Este instructivo libro nos enseña cómo protegernos del mal de ojo y de otros peligrosos encantamientos. En tales casos, el mejor recurso es el siguiente:

“Aphonidas + Maltheurs + urat + puatia + condisa + fondem + ortoo + Noxio + apeis + Burgasis + Glay + venia serchani.”

El signo + es el signo de la cruz. Era el truco permanente de los autores de libros “mágicos”. De ese modo, garantizaban a las personas piadosas que los encantamientos eran eficaces por sus propios méritos y no por la ayuda del Maligno.

El Enchiridion también suministraba un método infalible para atrapar a un ladrón:

“Escríbanse los nombres de los que residen en la casa, arrójense los trocitos de papel en un vaso lleno de agua y dígase en voz baja el siguiente encantamiento:

“Aragon + labilasse + parandano + Eptalicon + Lambured +, yo te mando que me digas el nombre del ladrón!

“Si el nombre del ladrón está en uno de los papeles, subirá a la superficie. Si suben varios de ellos, es que hay cómplices.”

No es de extrañar que el Papa León III (que,

naturalmente, nada tenía que ver con este fárrago idiota) fuera acusado de brujería. Lo mismo le ocurrió a Albertus Magnus, cuya “magia” no era otra cosa que el florecimiento del genio siglos antes de lo que podría considerarse el momento oportuno. (Construyó un fonógrafo primitivo, y realizó experimentos con cultivos de invernadero.) En Hungría, el erudito profesor Esteban Hatvani, llamado el “Fausto magiar”, fue también acusado de prácticas malignas. Ese fue también el caso de Roger Bacon, que concibió hace siete siglos la idea de la pólvora, la nave de vapor, el automotor, el avión, y también los sumergibles, el telescopio, los lentes de aumento, las enciclopedias y los rayos X. Naturalmente, se le acusó de mago y de brujo. Y lo mismo le ocurrió a Pietro de Abano, orgullo de la Universidad de Padua, sentenciado a la hoguera por brujería, pero que logró, por su “astucia”, morir en prisión antes de la ejecución de la sentencia.

¿Y qué decir de los poetas, los dramaturgos y los músicos? A los ojos de sus contemporáneos, Shakespeare no fue otra cosa que un cómico de éxito. Ni sus amigos ni sus compañeros de trabajo, los mismos con quienes pasó tantas noches en el Mermaid, comprendieron que era el más grande genio

dramático de todos los tiempos. Recuérdese la anécdota de Ben Jonson (aunque es posible que aquí ejerciera su influjo cierto celo profesional), a quien los actores del Globo dijeron en una ocasión que Shakespeare demostraba maravillosa fluidez; sus manuscritos no tenían tachaduras ni raspaduras; en ellos no se había eliminado una sola línea. Jonson gruñó: ¡Ojalá hubiera tachado un millar!

Samuel Pepys opinaba que *Romeo y Julieta* era la peor de todas las obras que había visto; de *La Duodécima Noche* dijo que era “tonta”. En cuanto a *El sueño de una noche de verano*, afirmó que se sentiría contento si nunca más volvía a verla, pues la creía unas de las obras más ridículas y de menos gusto que jamás se hubieran escrito.

Con todas sus cualidades, Pepys representa en el caso el tipo medio de aficionado al teatro; pero Thomas Rhymer, el arqueólogo y crítico, que era también historiógrafo de la corte y dramaturgo, hablaba como crítico autorizado. En su *Short View of Tragedy*, condenó la incapacidad de Shakespeare para “preservar las unidades” en *Otelo*; y su crítica fue formulada en palabras muy duras.

“En el relincho de un caballo, en el gruñido de un perro hay más sentido, y yo diría que más senti-

miento humano que en la ridícula tragedia de Shakespeare. La escena de Bruto y de Casio recuerda el caso del payaso y del luchador que en la feria se exhiben y luchan por un premio de pocos centavos.”

Los críticos posteriores también se mostraron diligentes en sus tiros contra el Cisne de Avon; creían sin duda que apuntaban a un gorrión. No merecen que aquí los nombremos, pero citaremos por lo menos las acusaciones más comunes contra el mágico dramaturgo y bardo inmortal:

Es excesivamente difícil de comprender. No tiene talento trágico ni cómico. Sus tragedias son los productos de un teatro de última categoría. Su comedia es excesivamente vulgar y no mueve a risa. No es original: es nada más que un copista. Nunca ha mostrado capacidad propia de invención; es un cuervo que se adorna con las plumas de otros pájaros más bellos. Su obra es irreal, imposible, exagerada, ridícula, preciosista, afectada, obscena, inmoral. Escribe para la multitud; se complace en descubrir horrores; carece de encanto o de gracia; no tiene ingenio y posee un estilo hinchado.

Entre los críticos alemanes, Johann Christoph Gottsched, que en el siglo XVIII ejerció gran in-

fluencia sobre el estilo y el pensamiento literarios de Alemania, fue el hombre que encabezó la protesta contra Shakespeare. Su enemiga provenía principalmente del hecho de que no alcanzaba a encasillar y a clasificar los dramas y las comedias que daban por tierra con las limitaciones de la convención teatral. Escribía a su modo el nombre de su víctima, pues la llamaba “Schakespear”:

“El desorden y la irrealidad que se originan en el incumplimiento de las reglas es tan visible y repulsivo en Schakespear que hallarán placer en él sólo aquellos que nunca hayan leído una obra de calidad superior. *Julius Caesar*, juzgada por muchos como la mejor de sus obras, contiene tanta bajeza que no puede ser leída sin repulsión. El autor acumula en ella los más diversos hechos, y en el más completo desorden. Aparecen artesanos y otras gentes bajas, los bribones luchan y dicen bromas vulgares; luego, entran en escena héroes romanos, y discutan importantes asuntos de Estado.”

Tanto el crítico como sus “reglas de oro” han caído hace mucho en el olvido. Pero en aquella época la forma era todo. Aun Voltaire estaba tan influido por la idolatría francesa de la forma dramática, que tejó una corona de espinas para el genio

que habla desafiado todas las unidades aristotélicas.

“¡Un bárbaro borracho!”, dijo de Shakespeare. “¡Un payaso vulgar! *Hamlet* es obra tan bárbara que ni siquiera el público francés o italiano menos educado podría soportarlo. Cualquiera patán campesino se expresaría en términos mas selectos y elegantes que Hamlet en sus monólogos”.

Federico el Grande, que admiraba mucho a Voltaire, trató de adoptar las opiniones de su amigo francés. En una de sus cartas se permite el siguiente exabrupto:

“Quien desee convencerse de la falta de gusto reinante en Alemania, podrá hacerlo visitando los teatros. Allí se verá la versión alemana de las detestables obras de Shakespeare, y cómo los concurrentes escuchan y contemplan con delicia esas ridículas payasadas que serían más apropiadas para los salvajes del Canadá. Formulo tan dura crítica porque se trata de graves pecados contra las reglas fundamental de la escena. Quizás corresponda perdonar los extraños excesos de Shakespeare, dado que no es posible juzgar el arte primitivo con arreglo a las pautas propias de la madurez. Pero ahora tenemos este *Goetz von Berlichingen*, miserable imitación de las malas obras inglesas.

El público aplaude y exige entusiastamente que estas absurdas vulgaridades se mantengan en el repertorio. Sé que es imposible discutir acerca de gustos...”

La carta del rey de Prusia (escrita en francés) fue publicada por Rudolph K. Goldschmid en su obra *Der Kluge Zeitgenosse* (El contemporáneo discreto, Leipzig, 1930).

Algunos rehusaron reconocer la profética grandeza de Goethe. El “príncipe de los poetas” no escribía para las masas. La frase de Séneca se le aplicaba perfectamente: “Nunca pretendí complacer a la multitud; pues lo que yo puedo hacer, ella no lo quiere; y lo que a ella le complace, no puedo hacerlo”.

No vale la pena perder tiempo en los infantiles denuestos de un Pustkuchen, un Glover, o un Goeze. Ludwig Börne, el escritor político y autor satírico alemán que llevó tan amarga lucha contra Heine, desechó a Goethe con una sola frase- en la cual, por otra parte, se ocupaba en realidad de otro poeta: “Torcuato Tasso contiene todo lo que es Goethe, tanto en su grandeza como en su inferioridad”. Bottiger, director del museo de Dresde, después de citar unas pocas líneas de *Fausto*, agregó lo

siguiente:

“Si un poeta como Goethe incluye estos versos en sus obras, no podemos sorprendernos de que los franceses acusen a los alemanes de falta de gusto. De todos modos, no alcanzo a comprender por qué Herr Goethe eligió personajes tan pedestres como Clavigo, Egmont y Fausto para pintar ideas y actos humanos.”

Franz von Spaun, publicista contemporáneo, también eligió al *Fausto* como blanco de sus ataques:

“Ni siquiera un hombre delirante, agobiado por la fiebre, farfulla tantas estupideces como el Fausto de Goethe. Mis dedos se resisten a sostener la pluma. Limpiar estos establos de Augias exigiría algo más que la fuerza de Hércules. No aludiré a la torpeza de los versos; lo que he leído es para mí prueba suficiente de que el autor no puede competir siquiera con los más mediocres talentos de la vieja escuela. Quizás el Fausto tenga una meta definida, pero el buen poeta no puede limitarse a un tosco diseño; es preciso entender el arte del dibujo y del color... Alguna gente produce versos que fluyen con la misma facilidad que el agua de un grifo, pero este flujo diabético de aburridos versos no es el rasgo distintivo de un buen poeta.”

Y no olvidemos la nota necrológica que un anónimo ensayista de Weimar escribió seis meses después de la muerte de Goethe, en la revista *Sachsenfreun*:

“Nuestro Goethe está olvidado; no porque el pueblo de Weimar sea insensible a las realizaciones respetables, sino debido al propio carácter del hombre. En él nada habla de humano; sólo se cuidaba de sí mismo, y los grandes intereses de la humanidad le eran ajenos... Sus obras... bueno, sí, le sobrevivirán; es decir, perdurarán los seis u ocho volúmenes en los que una mano de capacidad crítica separará el grano confundido entre cuarenta volúmenes de paja...”

Si un contemporáneo alemán sostenía tales opiniones sobre el más excelso poeta de su propia nación, ¿qué podían decir los extranjeros? De acuerdo con Coleridge, Fausto no era otra cosa que una serie de imágenes en camera obscura, una obra vulgar y de lenguaje soez. De Quincey se mostró más severo aún, pues opinó que incluso la más baja superstición egipcia, la embrujada Titania o el borracho Calibán no podían soñar con ídolos tan vacíos y lamentables como los que Goethe ofrecía a los alemanes.

Cuando alguien mencionaba a Goethe, Víctor

Hugo montaba en cólera. “¡Monstruo! ¡Bestia! La única obra que merece ser leída es *Los bandidos*”. Uno de sus amigos intervenía discretamente: “¡*Los bandidos* fue escrito por Schiller, no por Goethe!” El gran francés, que no se dejaba desconcertar fácilmente, rugía: “ ¡Ya lo ven! ¡Goethe ni siquiera ha escrito eso!”

En cuanto a Schiller, tuvo que soportar su buena dosis de estupidez contemporánea. Un periódico de título impresionante, el *Königliche privilegierte Berlinische Staatsund Gelehrte Zeitung*, descargó sus rayos coléricos sobre *Kabale und Liebe* en su número del 21 de julio de 1784:

“Otra lamentable desgracia se abate sobre nuestra época. ¡Qué descaro escribir e imprimir semejantes estupideces! Pero no queremos predicar. Que aquellos que pueden leer páginas de repulsivas repeticiones y de impías tiradas juzguen por sí mismos. Una obra en la que un petimetre sin seso discute con la Providencia a propósito de una muchacha estúpida y afectada, y en la que se suceden las bromas vulgares y los discursos confusos y trágicómicos. Escribir esto equivale a pisotear el gusto y el sentido común. En esta obra el autor se ha superado a sí mismo. Podrían haberse salvado algunas

escenas, pero todo lo que el autor toca estalla como burbujas al contacto de la mano.”

Cuando se publicó *Katchen von Heilbronn*, de Kleist, el diario *Morgenblatt* afirmó que constituía interesante lectura para quienes habían perdido el juicio.

Y no es necesario retroceder mucho en el tiempo. Max Nordau, el que fue crítico de moda, declaró que Ibsen era incapaz de seguir el desarrollo lógico de una idea, de comprender una sola premisa fundamental, de deducir la conclusión apropiada de una situación dada. Eduardo Engel, el historiador de la literatura, demostró (para su propia satisfacción) que Thomas Mann no sabía escribir en alemán.

“La novela *Buddenbrooks* no es otra cosa que dos gruesos volúmenes en los que el autor describe la inútil historia de seres inútiles en una charla totalmente vacía.”

Finalmente, citemos la opinión de los círculos de alta cuna sobre los experimentos literarios. El príncipe Hohenlohe-Schillingfürst, canciller del Reich Alemán, fue a ver *Hannele*, drama poético de Gerhard Hauptmann. En su diario alude a la obra, y la juzga un fárrago terriblemente realista, mezcla de

misticismo mórbidamente sentimental y de ingrato y molesto sensacionalismo.

“Después, fuimos a un restaurante para crearnos un estado de ánimo digno de un ser humano, con la ayuda de caviar y de champaña.”

En la Europa anterior a 1914, el ser humano comenzaba en la categoría de barón. La observación del príncipe metido a crítico nos indica que el estómago humano comienza en el caviar..

3.

“Piedras y palos pueden romperme los huesos, pero los insultos no me lastiman”, cantan los niños; sin embargo, muchos genios sensibles han sufrido bastante como consecuencia de la crítica injusta e implacable. De todos modos, a veces han sufrido cosas peores.

La figura de Cyrano de Bergerac es conocida sobre todo gracias a la obra brillante de Rostand; pero poca gente sabe que fue un genio olvidado y perseguido, uno de los primeros autores del género de la ciencia ficción, un poeta y un pensador maravillosamente claro. Ese olvido obedece a buenas

razones: por lo menos doce ediciones de sus obras fueron destruidas sistemáticamente por la misteriosa hermandad que perseguía a toda la producción literaria “antirreligiosa y antigubernamental” en la Francia anterior a 1789. Sus primeros libros sólo están en algunas grandes bibliotecas, y en los últimos doscientos años no hay rastro de sus obras en los catálogos de las colecciones privadas. La persecución llegó a tales extremos, que mientras se hallaba en su lecho de muerte alguien robó de su baúl cerrado con llave el manuscrito de su última obra, *La historia de la chispa*.

¿Quién recuerda hoy el nombre de Anitos, el comerciante en cueros que acaudilló la persecución contra Sócrates? ¿O el de los dominicos Caccini y Lorini, responsables de las torturas que soportó Galileo? Eran nulidades, y sin embargo destruyeron o casi destruyeron a uno de los más brillantes espíritus de la humanidad.

Dante Alighieri fue denunciado por los “Negros”, el partido profrancés de Florencia, por desfalcador, extorsionador y funcionario venal que aceptaba sobornos. Fue exilado, y se le obligó a errar de un sitio a otro: de Verona a Padua, de Bolonia a Lunigiana, de París a Milán. Y cuando en

Florenia se decretó una amnistía general, Dante fue excluido y murió en amargo destierro.

Casi sería posible escribir una historia de la literatura, agrupando a los autores según que hayan sido encarcelados o no. Platón no sólo fue encarcelado por el tirano Dionisos, sino también vendido como esclavo en Egina, y rescatado por uno de sus colegas académicos. Aristóteles fue llevado a la prisión por ateo; mil quinientos años después sus obras fueron quemadas por algunos fanáticos cristianos. Ovidio, el dulce cantor y maestro del amor, saboreó apenas la amargura del exilio... sin embargo, el destierro a Tomi, tan lejos de su amada Roma, fue quizás castigo peor que el encierro en una mazmorra. Mani, el gran fundador de una nueva religión, corrió una suerte harto más dolorosa. No sólo languideció en prisión muchos años, sino que acabó despellejado vivo. Boecio, el fundador del escolasticismo cristiano medieval, que fue consejero íntimo de Teodorico, rey de los godos, acabó sus días en prisión. Marco Polo pasó muchos años como prisionero de guerra en Génova; y allí, agobiado por mortal aburrimiento, dictó a Rusticiano su gran libro de viajes. La habilidad de Maquiavelo no impidió que Giulio de Medici lo arrestara, y que fuera

torturado y desterrado.

Martín Lutero fue secuestrado por los caballeros enmascarados de Federico el Sabio, y estuvo diez meses preso en Wartburgo. Tomás Moro perdió primero su libertad y luego la cabeza, porque se negó a reconocer la autoridad real en materia eclesiástica. Benvenuto Cellini, tan grande artista como talentoso autobiógrafo, estuvo preso en Castel Angelo, Roma, acusado de asesinato y de desfalco. (Probablemente era culpable de ambos delitos, por lo que no tendría derecho a figurar en esta galería de presos ilustres.) En la prisión, Miguel de Cervantes escribió su inmortal Don Quijote. Sir Walter Raleigh pasó trece años como involuntario huésped de la Torre Blanca, escribiendo los ocho volúmenes de su historia del mundo. (Llegó sólo hasta el año 130 a.C.). Fue puesto en libertad en 1616, y arrestado nuevamente dos años después. Esta vez, la sentencia tantas veces suspendida fue cumplida. Francis Bacon fue sentenciado por soborno y corrupción, a “detención por el tiempo que determinara la voluntad del rey” Ignoramos cuánto tiempo estuvo detenido Shakespeare por cazar en veda, pero sabemos que hubo de soportar veinticinco azotes por cierta aventura juvenil. Daniel Defoe fue puesto en

el cepo por un folleto satírico en el que se burlaba de la persecución desatada contra las creencias religiosas. Villon, quizás el más notable poeta del Medioevo, fue sentenciado a muerte no una, sino dos veces en el curso de su breve vida.

Antes de ser exilado, Voltaire fue dos veces huésped de la Bastilla. Uno de sus libros fue quemado públicamente, todas sus obras fueron puestas en el Index, y cuando murió se le negó entierro religioso. Beaumarchais fue a parar a la cárcel porque sobornó a un juez llamado Guzmán. Durante su detención escribió una brillante sátira sobre el sistema judicial de su época. Este trabajo le valió un nuevo proceso y la anulación de la sentencia. Pero fue uno de los pocos afortunados.

Schiller, que sufrió bastante la malignidad de los críticos contemporáneos, fue puesto en prisión por el duque de Württemberg, después de escribir *Los bandidos*. Silvio Pellico, el poeta italiano, fue víctima de la tiranía austríaca, uno de los más estúpidos despliegues de brutalidad de todos los tiempos. Se le arrestó como sospechoso de participación en la conspiración de los carbonarios. Primero fue torturado en las cámaras de plomo de Venecia (de las que Casanova había logrado huir tan ingeniosa-

mente), y posteriormente en las mazmorras de San Michele, en Murano. Su sentencia de muerte fue conmutada, gracias al perdón imperial, y debió soportar un largo período de prisión en una fortaleza. Pasó diez años entre las sombrías murallas de Spielberg, donde escribió su famosa obra *Le mie prigioni* (Mis prisiones).

Béranger, el “dulce cantor de la revolución” fue encarcelado por los Borbones... primero por tres meses, y luego por seis. También se le aplicaron fuertes multas y, como era muy pobre, debió cumplir una condena doble. Al fin, la Revolución de Julio lo libró de la persecución.

Alejandro Pushkin recibió primero una advertencia, y luego fue castigado por sus superiores del Ministerio de Relaciones Exteriores. Cuando se comprobó que ello no daba ningún resultado, se le quitó el empleo y fue internado en Mijailovo, donde creó *Eugenio Onieguin*, el gran heraldo del romanticismo europeo. Peor aún fue la suerte de Víctor Hugo. Después del golpe de estado de 1851, Napoleón III- a quien había apodado “Napoleón el pequeño”- lo desterró, y se vio obligado a vivir en el exilio (en Jersey) durante casi veinte años. Heinrich von Kleist, sin duda el más grande dramaturgo ale-

mán, fue arrestado por las fuerzas francesas que ocuparon Berlín, y pasó largos meses en una mazmorra.

Luis Kossuth, el gran jefe revolucionario de Hungría, y también uno de los principales escritores políticos de su época, pasó tres años en una prisión militar de Buda. Pocos son los poetas y escritores húngaros de la primera mitad del siglo XIX que lograron salvarse de la cárcel, dispensada generosamente por la opresión de los Habsburgo.

Turguéniev fue otra víctima de la tiranía reaccionaria de la década de 1850. Fue encarcelado porque escribió un poema en recuerdo de la muerte de Gógol. Dostoievsky, el otro gigante de la literatura rusa, se vio envuelto en una conspiración comunista-socialista. Fue sentenciado a la pena capital, perdonado a último momento, y condenado a trabajos forzados en Siberia. Estaba a punto de enloquecer, cuando un “acto de gracia” le permitió alistarse como soldado en el ejército. Maurus Jókai, el Dumas de Hungría, cumplió un mes de cárcel (de una sentencia que originalmente era de un año) porque publicó en su diario un artículo que provocó el desagrado del gobierno.

Verlaine, Wilde, Baudelaire... podríamos conti-

nuar indefinidamente esta lista. Algunos murieron luchando por sus ideales, como Petöfi, cuyo breve período de gloria fue como el resplandor de un cometa; otros perecieron en el patíbulo, como André Chénier, considerado con justicia el principal maestro del verso clásico francés desde Racine y Boileau. Y si abandonamos el pasado y fijamos la vista en los casos recientes, comprobamos que apenas hay país de Europa en el que la tiranía nazi, fascista o comunista (la cual es, desde cierto punto de vista, la estupidez total y organizada) no haya exterminado veintenas de poetas y de escritores, que formaban la vanguardia del espíritu humano. Todas las naciones lloran a sus mártires que han demostrado que la pluma puede ser usada como espada.

4.

Pero si la estupidez de la duda constituye una maldición, la estupidez del crédulo constituye su contrapartida cómica. No me refiero al “tonto” común, al hombre medio excesivamente crédulo... sino al sabio, al historiador erudito, al eminente hombre de ciencia que a veces puede ser engañado

con más facilidad aún que la persona sin cultura que posee un poco de sentido común.

El gran Químico que mide, mezcla y organiza la materia gris del cerebro humano, a veces se permite pequeñas bromas, reuniendo los más heterogéneos elementos y complaciéndose en sus extrañas interacciones.

A menudo el hombre cuyo cerebro está formado por elementos tan dispares adquiere gran erudición, se familiariza con los más secretos senderos de la ciencia, descubre los misterios naturales más recónditos; pero al mismo tiempo se muestra incapaz de descubrir los más torpes trucos de estafadores vulgares, y se somete con sorprendente ingenuidad a sus manipulaciones. A pesar de lo cual puede ser igualmente un distinguido hombre de ciencia, adorno de academias y de sociedades eruditas, de la misma jerarquía que sus colegas, los Tomases que con sus dudas tan a menudo han detenido el progreso de la humanidad.

Se conocen casos de académicos engañados por ardides que no habrían desconcertado ni siquiera a un escolar.

Uno de ellos fue el de Michel Chasles, el famoso matemático francés, profesor de geodesia y mecáni-

ca aplicada, profesor de geometría superior en la Sorbona, miembro de la Academia de Ciencia, autor de brillantes trabajos de carácter técnico, premiado con medalla de oro por la Royal Society, miembro honorario de las academias de Berlín, San Petersburgo, Bruselas, Roma, Estocolmo, Madrid, y de media docena de otras instituciones. Un estafador de escasa educación lo llevó de la nariz durante ocho años enteros, de 1861 a 1869, vendiéndole por sumas considerables las cartas falsificadas de las más ilustres figuras de la historia. No por cierto un par de docenas, o unos pocos. centenares o millares; durante esos ocho años el profesor Chasles adquirió nada menos que 27.344 documentos de esa clase. En el propio terreno del académico, Pascal estaba representado por 1.745 cartas, Newton por 622, y Galileo, por 3.000 “cartas originales”. Aunque excelente matemático abstracto, Chales no contaba el dinero que gastaba, en todo esto. Durante los ocho años invirtió la suma de 140.000 francos... una fortuna considerable para la época.

El nombre del estafador era Vrain-Lucas, y supo tejer una red sorprendentemente espesa, con la que envolvió al profesor. Su versión era ingeniosa y convincente. Afirmó que el conde Bois-Jourdain,

par de la nobleza realista de Francia, se había visto obligado a huir del terror implantado por Robespierre. Embarcó para América, pero no lejos de la costa la nave debió afrontar una terrible tormenta. El buque se hundió y el conde pereció. Pero algunos pescadores que trataron de salvar a las víctimas, extrajeron del océano una caja que contenía la colección de autógrafos y de manuscritos del conde... ciertamente, un material de inmenso valor. Después de la Revolución, los herederos reclamaron el tesoro y lo conservaron como reliquia familiar; pero la segunda generación no experimentaba los mismos sentimientos de piedad familiar. Habían perdido mucho dinero, necesitaban capital, y estaban dispuestos a vender algunas piezas. Naturalmente, la operación debía desarrollarse en el mayor secreto... pues la familia era al mismo tiempo sensible y vanidosa, y era preciso mantener las apariencias. Esas "pocas piezas" llegaron poco a poco a la fantástica cifra de 27.344, y Chasles continuaba arrojándose sobre cada uno de los ofrecimientos con la pasión del coleccionista.

Las cartas estaban escritas sobre hojas en blanco arrancadas de viejos libros, en antiguos tipos de escritura, y el falsificador tuvo cuidado de sumergir

cada hoja durante varios días en agua salada. De ese modo evitaba toda sospecha con respecto a su cuento del naufragio.

Es característica de la ilimitada ingenuidad del gran matemático que jamás se le ocurriera averiguar por lo menos si el conde Bois-Jourdain había existido realmente. En todo caso, ¿era cierto que había parecido en el mar? ¿Quiénes eran sus herederos? ¿Dónde vivían? ¿Era posible tomar contacto con ellos e inspeccionar toda la colección? Nunca formuló estas preguntas, aunque debemos señalar que el estafador ideó una estratagema destinada a disipar todas las dudas. Vendió a Chasles algunas “cartas raras” cobró una suma considerable, y pocos días después se presentó, con aire dolorido, pidiendo la devolución de las cartas y ofreciendo rembolsar la suma pagada. Declaró que uno de los herederos, un general realista chapado a la antigua, se había enterado de la operación, casi había caído fulminado por un ataque de apoplejía (provocado por la cólera que experimentó) y había prohibido que en el futuro se realizara cualquier operación por el estilo de la concertada. Además, quería recuperar la propiedad familiar.

Si el gran matemático había alimentado alguna

duda, ésta se dispuso inmediatamente después de la intervención del “general”. Incluso rogó al “intermediario” que tranquilizara al “viejo guerrero”; después de todo, en su condición de antiguo académico, el propio Chasles podía ser un custodio fidedigno de los valiosos documentos. Vrain-Lucas afrontó la difícil misión, tranquilizó al quisquilloso veterano, y los tesoros del misterioso cofre continuaron afluyendo a las manos de monsieur Chasles.

Había ciertas pequeñas incongruencias. Las cartas de Pascal y de Newton estaban escritas en francés, y la hábil falsificación de la escritura podía engañar al lego. Pero, ¿por qué Alejandro el Grande escribía a Aristóteles en el idioma de Voltaire? ¿Por qué Cleopatra se carteaba en francés con Julio César? Pues estas “rarezas” (y otras más preciosas aún, como veremos) aparecían por centenares en el cofre milagroso.

El impostor tejió su red con perfecta lógica, y para todo ofreció una explicación razonable. “Esas viejas cartas”, explicó, “no son, naturalmente, los originales, sino traducciones realizadas en el siglo XVI. No hay duda de que entonces se tenía a mano los originales, y que las traducciones son auténticas. La colección original se hallaba en los archivos de la

abadía de Tours, donde se hicieron las traducciones. Posteriormente se perdieron los originales, pero el propio Luis XIV aceptó como auténticas las versiones francesas, y las incorporó a su colección de autógrafos. El monarca y madame de Pompadour continuaron enriqueciendo la colección, que fue parte de los tesoros reales hasta el reinado de Luis XVI. En la tormenta de la revolución, el último e infeliz Capeto entregó toda la colección al conde Bois-Jourdain, con el fin de impedir que cayera en las despreciables manos de los jacobinos”.

La explicación tranquilizó completamente a nuestro gran matemático.

Sin duda hubiera gozado discretamente de los tesoros que guardaba en el mayor secreto, si la vanidad no lo hubiera impulsado a publicar algunas de las piezas. No era amor propio individual, sino orgullo nacional francés.

Con las cartas adquiridas a tan elevado costo, se dispuso a probar que las leyes de la gravedad habían sido descubiertas por el francés Pascal... y no por Newton. Esa gloria debía ser considerada mérito particular del genio francés; era preciso que éste fuera restablecido en el puesto de honor que le correspondía en el campo de la física, y que le fuera

arrebatado por la perfidia inglesa.

El 15 de julio de 1867 la Academia de Ciencias realizó una importante reunión. Michel Chasles presentó sus pruebas: la correspondencia de Pascal con el joven Newton, junto con las notas agregadas a las cartas, en las que se formulaban claramente las leyes de la gravedad; también ofreció algunas cartas de la madre de Newton (que entonces era sólo un estudiante) en las que agradecía al gran francés la bondad que manifestaba para con su hijo.

El asunto cayó como una bomba. La venerable Academia parecía un hormiguero sobre el que se ha descargado un brutal puntapié. La mayoría aplaudió a Chasles, el sagaz patriota que había reclamado para la belle France el honor usurpado por un pérfido extranjero. Un eminente químico examinó la tinta utilizada en una de las cartas, y emitió una opinión cuidadosamente ponderada, en la que afirmaba que era auténtica y que pertenecía al siglo en que supuestamente había sido escrita la carta. Pero algunos espíritus obstinados no se dejaron convencer. “Aquí debe haber algún error”, dijeron, “pues de acuerdo con la fecha de la primera carta, Newton era apenas un escolar de doce años ¡Y es muy improbable que Pascal haya confiado su gran descubrimiento a un

niño!”

Las cartas presentaban otros pequeños errores y anacronismos que impulsaban a dudar de su autenticidad. Sir David Brewster, el físico escocés y biógrafo de Newton, intervino en la disputa y declaró redondamente que toda la correspondencia era una falsificación; de cualquier modo, todo el mundo sabía que Newton había comenzado a ocuparse de física mucho después, y que en la fecha de las cartas Pascal no podía haber soñado siquiera con la ley de la gravedad.

El profesor Chasles se mostró imperturbable. A los franceses que dudaban replicó (como suele hacerse en casos semejantes) que eran malos patriotas y espíritus negativos. Contra Sir David utilizó un arsenal completo de nuevos argumentos: presentó cartas de Galileo, dirigidas por el gran italiano al joven Pascal, en las que aquel ya aludía al principio de la gravitación. Con ello procuraba demostrar que Pascal trabajaba en esos problemas cuando Newton no había nacido todavía.

En vano los escépticos arguyeron que Galileo estaba ciego en la época indicada por las fechas de las cartas: pocos días después Chasles presentaba otra carta de Galileo en el original italiano, en la que

el viejo astrónomo informaba alegremente que su dolencia ocular estaba mejorando, y que ya podía volver a escribir. Pero aquí los escépticos descargaron un contragolpe aplastante: una de las cartas de Galileo había sido copiada textualmente de un libro francés publicado en 1764... es decir, más de un siglo después. El libro llevaba el título de *Histoire des Philosophes Modernes*, y su autor era Savérien. “Oh, no”, replicó el invencible matemático. “Es exactamente al revés. Savérien copió el pasaje de una carta de Galileo”. Y depositó sobre la mesa de la Academia una carta de Savérien dirigida a Madame de Pompadour, en la que agradecía a la marquesa por la amabilidad demostrada al permitirle examinar las cartas de Pascal, Newton y Galileo que poseía en su colección, lo cual le había ayudado mucho a comprender su obra sobre los filósofos modernos.

No es necesario decir que estas nuevas pruebas salieron todas del taller de falsificaciones de Vrain-Lucas.

¿Quién era este hombre de infinito ingenio?

Hijo de un horticultor de provincia, nunca pasó de la escuela elemental, pero cuando llegó a París consagró todo sus ratos libres a leer en las bibliotecas, devorando el contenido de muchos libros y ad-

quiriendo de ese modo una erudición confusa y sin sistema. Entró al servicio de un genealogista parisiense, que se ocupaba en investigar antecedentes familiares (por lo cual cobraba elevados honorarios), y allí Vrain-Lucas aprendió los elementos fundamentales de la falsificación de documentos. Un encuentro accidental lo relacionó con el matemático de infantil ingenuidad; comprendió las posibilidades que se le ofrecían, y comenzó su grandiosa obra de falsificación, cuyo éxito final nunca llegó siquiera a imaginar.

La disputa se desarrolló y floreció durante dos años enteros. Chasles se negó a revelar cómo habla adquirido las cartas, conservando discretamente el secreto familiar de los Bois-Jourdain. Cuando se sintió muy apremiado, abrió sus cajones a ciertos conocidos coleccionistas de autógrafos y desplegó los restantes tesoros. De ese modo esperaba probar la autenticidad del lugar de origen... y no cabe duda de que poseía ciertas piezas muy selectas.

Los coleccionistas examinaron con verdadera sorpresa los tesoros reunidos allí. Había 27 cartas de Shakespeare, 28 de Plinio, 10 de Platón y otras tantas de Séneca, 6 de Alejandro el Grande, 5 de Alcibiades, y varios centenares de Rabelais. También

había varios paquetes de cartas de amor de algunos siglos de antigüedad: algunas de Abelardo a Eloísa, 18 de Laura a Petrarca, y una (que seguramente era la *piece de résistance*) ¡de Cleopatra a Julio César! Y cuando pensaban que todo lo anterior habla agotado el precioso cofre, el viejo académico presentó, con sonrisa ligeramente sardónica, una carta de Atila, otra de Poncio Pilatos al emperador Tiberio; pero el documento culminante fue ¡una carta de María Magdalena dirigida a Lázaro...! después que este último resucitó de entre los muertos!

He aquí el texto de esta pieza extremadamente rara:

“Mi muy amado hermano: en cuanto a Pedro, Apóstol de Nuestro Jesús, espero que pronto lo veremos aquí, y estoy haciendo grandes preparativos para nuestra hermana María. Siento decir que su salud está declinando, y os recomiendo que la recordéis en vuestras oraciones. Estamos tan bien aquí, en tierra de los Galos, que nos proponemos no regresar a la patria durante cierto tiempo. Estos Galos, a quienes generalmente se llama bárbaros, de ningún modo merecen este calificativo, y por lo que hemos visto anticipamos que desde este país la luz de la ciencia se difundirá sobre la tierra. Nos gusta-

ría veros, y pedimos al Señor que te reciba en Su gracia.”

“Magdalena”

Se necesitaba un patriota francés de tan ciego entusiasmo como Chasles para no advertir el “carácter” especial de esta falsificación. Los antepasados galos, sosteniendo en alto la antorcha de la ciencia, debían ser incluidos en la carta para inflamar el corazón del viejo matemático, de modo que no lamentara gastar su dinero en los importantes materiales que documentaban la gloria del genio francés.

Pero a los ojos de los restantes patriotas, esto ya era demasiado. No pudieron soportar la historia de María Magdalena, y emplazaron formalmente al profesor Chasles para que permitiera que expertos calígrafos e historiadores examinaran la colección. Chasles rehusó. Con la astuta tenacidad del maníaco dominado por una idea fija, explicó así su negativa: “Nada se obtendrá con ese examen, pues el historiador no es un experto calígrafo, y el experto calígrafo no es historiador”.

Se negó a rendirse, y continuaba dispuesto a jurar sin la menor vacilación la autenticidad de la más escandalosa falsificación que se haya conocido ja-

más.

El desenlace fue provocado por un accidente de menor importancia. Vrain-Lucas cometió un delito en perjuicio de la Biblioteca Imperial, y fue arrestado por la policía. Se estudiaron sus antecedentes, y salieron a luz los complicados hilos del asunto Bois-Jourdain. La confesión del impostor quebró el orgullo del profesor. En la sesión de la Academia realizada el 13 de septiembre de 1869 reconoció humildemente que había sido engañado y que la gloria del descubrimiento de la gravedad pertenecía a Newton.

Durante el proceso, Vrain-Lucas se defendió con cínica franqueza. Afirmó no haber perjudicado al profesor Chasles; el placer que había causado al anciano caballero con sus falsificaciones bien valía 140.000 francos. También había prestado un servicio a su país, atrayendo la atención del público sobre el glorioso pasado de Francia.

Sin embargo, la patria se mostró desagradecida. Vrain-Lucas fue condenado a dos años de prisión.

El ridículo no mató a Michel Chasles. Digerió el dolor de la desilusión, el escándalo del proceso... lo único que no pudo digerir fue el paté que comió con excelente apetito a la edad de ochenta y ocho

años. Murió el 8 de diciembre de 1880, a consecuencia de un error gastronómico.

Podía prepararse una antología completa con los casos de hombres de ciencia engañados y estafados. Y a menudo ha ocurrido que la facilidad con que caían en el lazo estaba en relación directa con la erudición y la fama que poseían.

Uno de los casos más inocentes fue la broma que M. Bernard Le Bovier de Fontenelle, el eminente hombre de letras francés, hizo a sus amigos y colegas. (De Fontenelle murió a la madura edad de cien años, cuando ocupaba el cargo de secretario general de la Academia Francesa.) Cierta día invitó a almorzar a sus colegas del alto cuerpo. Después de la comida salieron a pasear al jardín, y allí el anfitrión llamó la atención de sus huéspedes sobre un extraño fenómeno. “Toquen este globo de vidrio, señores. Lo baña la luz del sol... y sin embargo está frío en la parte superior y caliente en la base. ¿Cuál podrá ser la causa?” La erudita compañía arguyó y teorizó. Se expusieron profundas y meditadas opiniones, y todas procuraban explicar el extraño fenómeno. Al fin Fontenelle se fatigó de tanto ejercicio mental. “Creo que puedo ofrecerles la respuesta exacta. Hace pocos minutos estuve en el Jar-

dín; y entonces el globo estaba caliente arriba y frío abajo. ¡Yo lo di vuelta y ahora está al revés!”

Sir John Hill, que vivió en el siglo XVIII, inventó una broma mucho más maligna, de la que hizo víctima a la Royal Society. Durante muchos años había tratado infructuosamente de ingresar. Pero el cuerpo insistía en rechazarlo, de modo que decidió vengarse. Cierta día el secretario de la Royal Society recibió una notable carta. Fue leída solemnemente en la sesión siguiente. El remitente era un médico rural, y en su misiva informaba que había logrado una curación milagrosa mediante la aplicación de alquitrán. Un marinero se había roto la pierna; el médico había reunido los distintos fragmentos, los había empapado en alquitrán uniéndolos fuertemente con vendas, y al cabo de pocos días las dos mitades de la pierna se habían unido completamente. Ahora el marinero caminaba como si jamás hubiera sufrido el menor accidente.

En esos días se hablaba mucho de las propiedades curativas del alquitrán; y sobre todo del uso que se le había dado para la preservación de las momias egipcias. Los campeones de esta panacea consideraron muy de su agrado el informe; era una nueva prueba de las teorías que estaban defendiendo. Al-

gunos escépticos afirmaban que no podía tratarse de una fractura compuesta; el médico en cuestión seguramente había exagerado, y quizás la cura había sido menos rápida. Todavía estaban discutiendo, cuando el médico escribió nuevamente: “Olvidé decirles en Mi primera carta”, explicaba, “que la pierna del marinero era de madera”.

Bory de Saint Vincent, el gran naturalista y geógrafo francés que exploró las Cícladas, Mauricio, Morea, Reunión y Santa Elena, fue víctima de un engaño más descarado aún. Se vio envuelto en la famosa historia de las ratas proboscídeas. Un veterano zuavo llamado Brinon acudió a la casa de Bory, y le ofreció especímenes vivos de una extraña especie zoológica, hasta entonces jamás vista. Eran ratas, pero no del tipo conocido en Europa. Tenían colas muy cortas, pero por otra parte los hocicos alcanzaban una longitud de varias pulgadas, como si fueran trompas en miniatura. Son las ratas proboscídeas del Sáhara, dijo el ex zuavo (Rats á trompe du Sahara). El naturalista compró un macho y una hembra por trescientos francos. Al cabo de poco tiempo la pareja formó una familia... pero ninguna de las ratitas tenía trompa. La investigación realizada reveló que el zuavo había sido ayudante en la mor-

gue, donde habría aprendido suficiente anatomía y cirugía, como para cortar las colas de las ratas y transplantarlas a la punta de los hocicos. Y la zoolo-gía debió renunciar a una nueva especie...

En los círculos científicos alemanes, el descu-brimiento realizado por J. B. A. Beringer, profesor universitario y consejero ducal de Württenberg, provocó considerable sensación. En sus exploracio-nes, el sabio dio con una antigua cantera, en la que halló algunos fósiles interesantes- arañas, lombrices de tierra, orugas- que se hallaban preservados en la piedra. El profesor comenzó la investigación siste-mática de la cantera. Hubo nuevos descubrimientos. Halló serpientes, ranas, lagartos fosilizados y- verdadero milagro- una araña con su tela, en el mo-mento de atrapar una mosca. La excitación se intensificó... Algunas de las piedras extraídas exhi-bían reproducciones del sol y de la luna; y el feliz explorador halló también una piedra con el dibujo de un cometa. La parte más valiosa de los descu-brimientos estaba formada por piedras con el nom-bre de Jehová en escritura hebrea. Y no se trataba de un dibujo grabado en la piedra, sino de letras en relieve.

Se esbozaron varias teorías. Algunos afirmaron

que todo era fruto de un *lusus naturae*, de un azar juguetón de la Naturaleza, como cuando volcamos un cubo de agua, y ésta forma toda suerte de extraños dibujos. Oh, sí, argüían otros, pero aunque arrojemos mil cubos de agua, jamás formaremos la imagen de una araña en el acto de atrapar una mosca, o el nombre perfectamente escrito de Jehová. Era preciso hallar otra explicación. Quizás esos fósiles no eran fruto de un accidente, sino resultado de una actividad consciente... del *anima mundi*, el espíritu mundial pensante y activo que impregna toda la Naturaleza.

El profesor Beringer tenía una teoría diferente, y la presentó al mundo con acopio de impresionantes detalles. En colaboración con su alumno Georg Ludwig Hüber, resumió todo el material, ilustrándolo con excelentes grabados de cobre. El librito fue publicado en Wurzburg el año 1726; su largo título en latín comenzaba con las palabras *Lithographiae Wirceburgensis*. (Hallé un ejemplar en la Biblioteca Nacional Austríaca de Viena. Entonces era un ensayo científico; hoy es un tesoro para bibliófilos, conservado en muy pocas bibliotecas.)

El profesor Beringer rechazó todas las teorías aventuradas. Un hombre de ciencia serio, dijo,

comprendía inmediatamente que no se trataba de fósiles. Las imágenes en cuestión eran obra de manos humanas. Seguramente habían sido creadas cuando los antiguos germanos aún vivían en las sombras del paganismo. Eran ídolos, fetiches, tótem, objetos de la adoración pagana, y como tales representaban un inconmensurable tesoro para los exploradores de la antigua cultura germana. Seguramente habían sido llevados a la cantera de Wurzburg cuando los germanos se convirtieron al cristianismo. Era evidente que los primeros obispos cristianos no podían tolerar los símbolos del culto pagano, y obedeciendo sus órdenes el pueblo se reunió y enterró las imágenes. Era probable que en otros sitios se hallaran piedras del mismo carácter; y había sido providencial buena suerte del mundo de la ciencia que por accidente hubieran aparecido en Wurzburg.

El razonamiento era simple y claro, y bastante aceptable. El profesor replicó con idéntica sencillez a los escépticos que no veían la relación de la palabra “Jehová” con el culto pagano. Sin duda había judíos entre la población germana; junto con los otros habían aceptado el cristianismo, y enterrado sus símbolos religiosos.

El librito llegó al rey de Sajonia. Se interesó en el descubrimiento, y envió al profesor un mensaje en el que le pedía algunas de las piedras con el fin de someterlas a un examen más atento. En Dresde se efectuó un estudio cabal del caso, y se llegó a una explicación mucho más simple que la del profesor Beringer.

Con celo e industria dignos de mejor causa, algunos estudiantes de Wurzburg habían grabado y cortado las piedras. Luego, las habían enterrado en la cantera, teniendo buen cuidado de que el profesor las descubriera gradualmente. Era una estratagemas audaz, pero dio buen resultado. Naturalmente, los falsificadores estaban comprometidos a guardar el secreto, y fue imposible desenmascarar a quienes se reían en secreto del erudito Beringer.

Dícese que el propio Beringer compró los ejemplares de su obra, y que los quemó secretamente; de ahí que el libro sea ahora una rareza de bibliófilo.

Los casos que hemos mencionado hasta aquí tienen por actores a hombres de ciencia y de letras poco versados en las maldades del mundo. Además, no se trataba de seres inclinados a la suspicacia. Pero el abate francés Domenechse preparó su propia trampa y cayó en ella.

En la biblioteca del Arsenal de París había un misterioso manuscrito; nadie sabía cómo había llegado allí. En el catálogo figuraba con el título de *Livre des Sauvages* (Libro de los salvajes); contenía extraños diseños y dibujos, y de acuerdo con la tradición de la biblioteca, era obra de un piel roja norteamericano. Paul Lacroiz, director de la institución, llamó la atención del abate Domenech, ilustre geógrafo, sobre el tesoro en cuestión. Sabía que el abate había viajado extensamente por América del Norte, México y otros países, y que era un experto en cuestiones indígenas.

El abate empezó a estudiar el manuscrito y al cabo de algunas semanas estaba en condiciones de ofrecer una interpretación.

Los diseños, dijo, no eran otra cosa que ejemplos de la antigua escritura por signos de los indios. Poseían tremenda importancia científica, pues aportaban valiosos datos sobre la antigua cultura indígena, y sobre ciertos períodos de la historia de estos pueblos. El abate confesó modestamente que no se hallaba en condiciones de descifrar algunos de los jeroglíficos, pero estaba seguro de que aludían a la migración de ciertas tribus y al misterio de sus antiguas religiones. Y resultaba particularmente sor-

prendente que estas ilustraciones primitivas incluyera detalles de cierto culto fálico. El mundo parisien- se de la ciencia recibió el descubrimiento con considerable simpatía. Algunos sugirieron que el abate debía reclamar el Premio Volney, discernido por la Academia, pero luego prevalecieron otros criterios. El director de la biblioteca informó que poco antes de los estudios del abate, un misionero norteamericano lo había visitado y había preparado una copia exacta del manuscrito. Existía el peligro de que alguna sociedad norteamericana o mejicana publicara una edición facsímil, anticipándose a los franceses. Era un problema de prestigio nacional, de modo que, por recomendación del Ministerio de Bellas Artes, el gobierno resolvió publicar el estudio del abate Domenech a expensas del Estado.

El libro fue debidamente publicado bajo el siguiente título: *Manuscrit pictographique Américain précédé d'une Notice sur l'Idéographie des Peaux-Rouges par l'Abbé Em. Domenech, Membre de la Société Géographique de Paris, etc. Ouvrage publié sous les auspices de M. le Ministre d'Etat et de la Maison de l'Empereur*, Paris, 1860.

De modo que Francia fue la primera en reivindicar la gloria.

Pero entretanto algo anduvo muy mal.

Cuando se distribuyeron los premios del Salón de París, el conde Walewski (hijo de Napoleón y Ministro de Estado) pronunció la acostumbrada oración oficial. El hombre se dejó llevar por la elocuencia. Declaró que Francia era maestra de todas las naciones, que la civilización occidental debía su existencia a la iniciativa francesa, y que llevaba el sello del espíritu y del carácter franceses.

En Alemania este panegírico fue acogido con bastante disgusto. J. Petzhold, el famoso bibliógrafo de Dresde, se sintió particularmente indignado. Y casualmente tropezó con el libro del abate Dome-
nech, y se enteró de sus afirmaciones un poco extravagantes. ¿Civilización francesa? Petzhold tomó la pluma y pocas semanas después publicó un folleto de dieciséis páginas, con el siguiente título: *Das Buch der Wilden im Lichte französischer Civilisation* (El libro de los salvajes, a la luz de la civilización francesa, Dresde, 1861).

El veneno más peligroso de los indios no podía rivalizar con la ponzoña de los comentarios del bibliógrafo alemán al referirse a su tema: el saber francés. Para abreviar, diremos que se aclaró que el “Libro de los salvajes” no era otra cosa que el cuaderno de ejercicios de un escolar germano america-

no. Era evidente que el niño vivía en alguna granja aislada, y que había llenado las páginas con diversos dibujos para matar el aburrimiento.

La figura que sostenía un látigo no era un brujo indígena, sino el maestro con su caña. La misteriosa forma alargada no era el símbolo del rayo y del castigo divino, ¡sino simplemente una salchicha! El hombre de seis ojos no era el sabio y bravo jefe de una tribu, sino un monstruo nacido en la imaginación infantil. Y no se trataba de tres sumos sacerdotes con cierto objeto religioso entre los labios... ¡sino de tres niños que comían pretzels! El dios de las nubes, el espíritu del fuego y otras “representaciones trascendentales” debían su existencia al método usual de dibujo infantil: un pequeño círculo con dos puntos representa la cabeza, un gran círculo el estómago, y dos palitos son las piernas. En cuanto al culto fálico, el abate podía hallar en París buen número de esas obscenidades simplificadas: es costumbre de los vagabundos afear con ellas ciertas instalaciones consagradas a la higiene pública.

El problema tenía otro aspecto. El geógrafo francés no conocía el idioma alemán, ni sabía nada de la escritura gótica. Sin embargo, un hombre de mediana cultura habría advertido los característicos

trazos góticos, y cualquier alemán que visitara la biblioteca hubiera suministrado la información indispensable. Para el abate, cierto grupo de ideogramas representaba la idea “aguardiente”; pero evidentemente se trataba de la palabra alemana Honig (miel). El niño germano americano había dibujado una colmena y un barril de miel. Y debajo de los otros “extraños pictogramas” había docenas de palabras alemanas: will, Grund, heilig, Hass, nicht, wohl, unschuldig, schaedlich, bei Gott, etc.

Y así se derrumbó el bello castillo de naipes.

Pero la opinión pública y el orgullo franceses no sufrieron mella. El folleto de Petzhold fue traducido al francés, el bibliógrafo alemán fue muy elogiado, y el abate Domenech se convirtió en hazmerreír general. Todo lo cual no le impidió vivir hasta la madura edad de ochenta y siete años.

VIII

MITO Y ENSUEÑO

1.

Un autor oculto tras el seudónimo de Johannes Staricius publicó en 1615 un libro con el sugestivo título de “El misterioso tesoro de los héroes” (*Geheimnisvoller Heldenschatz*). La obra se basaba en los principios de la “ciencia mágica”. Era la época en que incluso los hombres de ciencia responsables sentían la seducción de esta profunda rama del saber. Los legos se sentían más atraídos aún, pues la superstición se disfrazaba de ciencia, y quienes la aplicaban no tenían razón para temer que se les acusara de brujería. “El misterioso tesoro de los héroes” mereció los honores de muchas ediciones; he

extraído algunos pasajes característicos de la que se publicó en Colonia en el año 1750.

He aquí, por ejemplo, algunos excelentes consejos sobre el modo de evitar las heridas.

“Búsquese y hállese el cráneo de un ahorcado, o de uno que haya muerto en la rueda, sobre el cual ya haya brotado moho. Señálese bien el lugar y déjese intacto el cráneo. Vuélvase al día siguiente y prepárese el cráneo para que sea fácil recoger el moho. El viernes siguiente, antes de la salida del sol, acúdase nuevamente al lugar, ráspese el moho, recójase en un trocito de paño, y cósaselo al forro de la chaqueta, bajo la axila izquierda. Mientras se use la chaqueta, se estará a salvo de bala, filo o estocada.”

De acuerdo con otra forma de la receta, es mejor tragar un poco de este moho antes de la batalla. El autor tenía un amigo, un valiente capitán, que atestiguó solemnemente el efecto de esta magia: durante veinticuatro horas hacía inviolable al sujeto.

Este “moho” no era la ridícula magia de las viejas gitanas, sino una verdadera panacea fundada en teorías científicas de la época que se relacionaban con el llamado moho del cráneo.

Esta particular sustancia era muy eficaz medicina de la antigua farmacopea. Su nombre oficial en

latín era usnea humana. De acuerdo con la opinión contemporánea, puesto que era producida por el cráneo humano, debía ser excelente remedio contra cualquier desorden cerebral. Su estructura mohosa también tenía el poder de detener las hemorragias... Ni siquiera era necesario aplicarlo a la herida; bastaba que el guerrero herido lo sostuviera en la mano cerrada.

Sabemos que después de cierto tiempo aparece en el cráneo humano una sustancia más o menos mohosa. Pero, ¿por qué “El misterioso tesoro de los héroes”, insiste en que se utilice el cráneo de un ahorcado o de un decapitado? De acuerdo con la medicina mágica, ningún otro cráneo podía servir; pues en circunstancias normales la muerte era precedida por la enfermedad, y el cuerpo de un enfermo estaba manchado, de modo que era inapropiado para suministrar la panacea. Lógicamente, sólo el hombre que había muerto en buena salud poseía las cualidades indispensables; por lo tanto, era necesario conseguir cadáveres de ejecutados. El cráneo hallado en el campo de batalla también era apropiado; pero no era fácil obtener ese tipo de cráneo, pues los campos de batalla no siempre se hallaban a disposición del soldado que buscaba el precioso

moho.

En mis investigaciones tropecé con un periódico que anunciaba una ocasión única: la venta de cabezas humanas ofrecidas en el mercado libre. El número 7 del *Ordentliche Wöchentliche Post Zeitungen*, publicado en Munich en el año, 1684, trae un informe sobre la feria de Año Nuevo en Leipzig. Menciona como rasgo característico de la feria el hecho de que algunos comerciantes emprendedores estaban vendiendo cabezas de turcos, perfectamente envasadas en barriles. Pocas semanas antes se había librado frente a las puertas de Viena una gran batalla entre los ejércitos turcos y los cristianos, y los horribles trofeos seguramente habían sido recogidos allí. Al principio no hubo mayor demanda, a pesar de que las cabezas eran baratas (un tálero imperial por pieza). Pero después los soldados descubrieron la existencia de la original mercancía, y se formaron colas, y el precio se elevó a la inflacionaria cifra de ocho táleros imperiales.

El mundo animal también podía suministrar valiosos medios de protección. Staricius llama la atención de sus lectores sobre la gamuza. Es bien sabido, escribe, que en determinadas épocas las balas no hieren a estos veloces animales. Ello se debe

a que la gamuza conoce las hierbas que confieren inviolabilidad y, mientras dura la provisión, pueden pastar tranquilamente y sin el menor temor, conscientes de que es imposible hacerles daño. La cosa era muy sencilla, sólo se necesitaba recoger las hierbas en cuestión. Pero ¿dónde estaban, y cómo hallarlas? No podía esperarse que la gamuza suministrara la información correspondiente. Pero la Naturaleza daba la respuesta. En el estómago de la gamuza, las hierbas mal digeridas, mezcladas con pelo del propio animal, a veces formaban residuos endurecidos, que adaptaban la forma de pelotas. En las viejas farmacias se conocía este producto con el nombre de piedra-gamuza. Era un pariente pobre de la piedra bezoar, extraída del estómago de los antílopes y de otros animales asiáticos de cuernos, un material que fue tema de innumerables leyendas en su condición de supuesto antídoto infalible del veneno.

Por lo tanto, el cazador sólo debía esperar hasta que, con la desaparición de las hierbas milagrosas, la gamuza fuera nuevamente vulnerable; una vez derribado el animal, retiraba de su estómago la piedra gamuza, y se encontraba en posesión de la virtud mágica de todas las hierbas reunidas. He aquí las

instrucciones para el uso de la maravillosa sustancia:

“Cuando la tierra esté bajo el signo de Marte, redúzcase la piedra-gamuza a polvo, tómese una pizca de vino de malvasía, y luego comiéntese a correr, hasta que todo el cuerpo esté cubierto de sudor. Repítase tres veces la misma operación, y todo el cuerpo se tornará invulnerable.”

Si todo esto no servía, había otros tipos de magia. En 1611, Kaspar Neithart, el verdugo de Passau (Austria) tuvo una idea brillante. Ofreció a los mercenarios, hombres por cierto no muy inteligentes, varios trozos de pergamino cubiertos de extraños signos y fórmulas. Y los convenció de que, si se colgaban los fragmentos alrededor del cuello (o, mejor aún, si los tragaban) serían inmunes al acero del enemigo.

Los signos mágicos y los encantamientos carecían de significado. Algunos incluían estas palabras: *Arios, Beji, Glaigi, Ulpke, nalat nasaa, eri lupie-* o grupos de letras elegidas al azar, insensatez pura. Pero las extrañas combinaciones y el misterio que siempre rodeaba a un verdugo excitaban la imaginación de los sencillos soldados, de modo que caían en tan primitivo ardid. Los trozos de pergamino eran pagados a precio de oro, y por lo menos tenían cierto

efecto: infundían extraordinaria bravura a los soldados, pues estaban seguros de que las armas enemigas nada podían hacerles. Y si alguno cala, no era probable que pudiera quejarse del fracaso del amuleto. Si un soldado era herido, existía una sencilla explicación: el enemigo había aplicado fórmulas mágicas más potentes aún. ¡Pero el amuleto había demostrado su valor, pues la herida no era mortal!

Este sencillo pero astuto ardid hizo rico a Neithart. Y famoso también, pues el relato del truco sobrevivió durante mucho tiempo; en él se basaron el Passauer Kunst (Arte de Passau) y muchas otras leyendas.

Posteriormente surgió un rival, que prometió un éxito mayor aún: el llamado tálero de Mansfeld, acuñado en honor de Hoier Mansfeld por sus descendientes, los condes de Mansfeld. Este antepasado de la distinguida familia era un hombre importante. Nació mediante una operación cesárea; es decir, no como cualquier mortal, sino como Macduff, conquistador de Macbeth. Fue afortunado en la guerra, y jamás perdió una batalla. Resumió su gloria en este lema: Ich, Graf Hoier, ungebohren, Hab noch keine Schlacht verloren (Yo, el conde Hoier, que no he nacido, no he perdido aún una

sola batalla). Los táleros, acuñados durante la Guerra de Treinta Años, en una cara tenían impreso el lema, y en la otra llevaban la imagen de San Jorge. Eran muy codiciados; los soldados se sentían felices de pagar diez o doce veces el valor nominal por cada uno de ellos.

Los mercenarios de cierta educación exigían de la magia protectora más que los soldados analfabetos. Generalmente utilizaban amuletos preparados por alquimistas y astrólogos con la ayuda de las ciencias ocultas.

Hoy es imposible interpretar los encantamientos mágicos incorporados a estos amuletos. Nadie ha podido explicar por qué incluso príncipes y generales tenían tanta fe en la palabra Ananisapta. Quizás era un acróstico formado por las letras iniciales de cierto poderoso encantamiento. Tampoco ha podido descifrarse el enigma de la llamada fórmula Sator; quizás jamás tuvo ningún significado. También se empleaban cuadrados mágicos, de abajo para arriba, de derecha a izquierda o diagonalmente era siempre la misma: treinta y cuatro. Y si se sumaban tres y cuatro el resultado era siete... cifra que, como todos saben, es la de mayor poder mágico entre todas. Locuras inofensivas, como las mascotas que los

conductores modernos suelen llevar, o las menudas supersticiones de nuestra vida cotidiana.

Pero la magia de la vida militar revestía formas más particularmente malignas. Los alemanes la denominaban *Festmachen* (asegurar). Quien la practicaba concertaba un pacto con el diablo. Las publicaciones contemporáneas mencionan muchos casos, y lo hacen con supersticioso temor. Un soldado sueco no tragó la hostia sagrada en la comunión, y después de retirarla disimuladamente de la boca, la utilizó como amuleto para invocar a las potencias infernales. Parece que el encantamiento no fue muy poderoso, pues cuando se descubrió el crimen le arrancaron la lengua y lo destrozaron en la rueda.

La Sociedad alemana de Medicina e Historia Natural publicaba un importante boletín oficial, escrito en latín. Su extenso título solía abreviarse, y se lo conocía simplemente como *Ephemerides*. Esta pomposa y autorizada publicación jamás dudó de la posibilidad de realizar el *Festmachen* mediante un pacto con el diablo. E incluso sugirió un remedio eficaz. El texto latino es un tanto desvergonzado y escatológico; aquí, me limitaré a dar una idea general. Por ejemplo, el hombre que se disponía a

combatir contra una persona sospechosa de alianza satánica, debía hundir la punta de su espada en el estiércol de los cerdos. En cuanto a las balas, antes de introducirlas en el mosquete, debía meterlas en su propia boca. Bueno, no exactamente en la boca, sino en otra abertura. Estas dos actitudes “intimidaban terriblemente” al diablo, luego lo enfurecían, y lo impulsaban a retirarse, dejando solo a su aliado... que entonces resultaba tan vulnerable como cualquier otro mortal.

Vaya lo dicho para demostrar cuál era la “actitud científica” en 1691.

Pero si todos estos amuletos y encantamientos de nada servían, había otros medios de asegurar la inviolabilidad frente a las armas del enemigo. Por ejemplo, la armadura.

Todo cuanto escribieron los autores clásicos, fue aceptado como la suprema verdad. Creíase absolutamente cierto que Vulcano había forjado para Aquiles una armadura que no sólo lo defendía de los golpes del adversario, sino que, nada más que de mirarla el enemigo era presa del pánico y se retiraba apresuradamente. (Un nuevo detalle de la psicología del gran héroe griego. Con semejante equipo, no era tarea difícil combatir contra los troyanos.) Durante

mucho tiempo se caviló sobre el secreto de la maravillosa armadura. Sólo se sabía que estaba hecha de un metal llamado Electrum; pero no tenían la menor idea sobre los ingredientes de tan extraordinaria sustancia. Al fin, Paracelso suministró la solución.

Todos los metales, aseguró, están sometidos a la influencia de determinado planeta. Por consiguiente, si se mezclan los metales apropiados cuando las constelaciones precisas ocupan el cielo, se obtendrá una nueva sustancia metálica, que poseerá las potencias secretas derivadas de la estrella. Paracelso bautizó al nuevo metal con el nombre de Electrum Magicum. Era una amalgama de oro, plata, cobre, acero, plomo, estaño y mercurio. La receta prescribía grandes cantidades de oro y de plata, de modo que no estaba al alcance de los pobres.

Pero no era cosa fácil de obtener ni siquiera para el rico. Los libros mágicos que explicaban la preparación del Electrum Magicum, afirmaban que no era posible el éxito, a menos que se aplicaran rigurosamente ciertas reglas muy complejas.

La primera afirmaba que todo el proceso debía ser, aún en los más mínimos detalles, de carácter marcial. El cielo, el aire, el estado de la atmósfera, el día, la hora y el minuto, el lugar, los implementos y

el fuego- y aún el alma, la moral y la voz del artesano- debían conformarse al espíritu de Marte. La forja y el martillo, las tenazas y el fuelle también debían ser manufacturados bajo las constelaciones apropiadas; con ese fin, debía buscarse el consejo de un astrónomo reputado. Marte, la estrella del Dios de la Guerra, desempeñaba el papel fundamental en todos los detalles astrológicos.

Pero veamos un ejemplo: ¿Cómo asegurar la “marcialidad” del fuego?

Muy sencillamente. El fuego provocado por el rayo era el único que merecía el calificativo de “marcial”, pues caía del cielo con tremendo poder destructivo, acompañado por horrísono trueno. Por lo tanto, era preciso esperar hasta que el rayo incendiara un árbol o un trozo de madera, transportar el fuego a casa, alimentarlo cuidadosamente en algún recipiente, y mantenerlo hasta que llegaba el exacto período astrológico que debía presidir la forja de la armadura.

Los siete metales debían ser fundidos en siete diferentes constelaciones; ciertamente, una dura prueba de paciencia. Pero ni siquiera esto bastaba. También el propio armero, como ya hemos dicho, debía hallarse de humor “marcial”. Su trabajo debía

elevarse sobre el tedio de las tareas cotidianas, y era preciso que se sintiera inflamado de pasiones vigorosas y guerreras. Lo cual no era difícil de conseguir, si durante la ejecución del trabajo se recitaban versos heroicos... y en voz tan alta como fuera posible. El ritmo vigoroso y marcial transformaría la brasa de la emoción marcial en llama constante y perdurable.

Se recomendaba particularmente este grupo de hexámetros:

Ut luvus imbelles violentos territet agnos,
 Ut timidos faevos exhorret Dama Molossos,
 Sic haec incutiant mortalibus arma timorem.

Se aseguraba éxito completo si se grababa sobre la armadura algún símbolo o lema sugestivo; naturalmente, las tiras destinadas a asegurar el cuerpo debían ser también de calidad mágica. Se prefería el cuero de lobo o de hiena. Se creía que ambos animales poseían carácter marcial. Ya desde los tiempos de Plinio se les atribuía cualidades hipnóticas: si miraban a un hombre antes que éste a cualquiera de ellos, el infeliz mortal enmudecía y quedaba paralizado. La piel de lobo era particularmente eficaz cuando había sido cortada del lomo de un animal vivo. Aquí, el concepto fundamental era más o me-

nos el mismo que presidía la teoría de la usnea humana. Cuando la esencia vital de un animal desaparecía, también se disipaban sus propiedades mágicas; por consiguiente, era necesario extraerlas mientras aún estaba vivo.

(Idéntica teoría se aplicó de un modo que podemos calificar de interesante y horrible al mismo tiempo, en las recetas que, según se decía, ayudaban a ganar pleitos. El abogado debía arrancar la lengua de un camaleón vivo, y colocarla bajo su propia lengua, mientras exponía su alegato. Era seguro que, de ese modo, ganaba el caso. Como todo el mundo sabe, los camaleones cambian de color de acuerdo con las necesidades.)

Ahora nuestro guerrero era invulnerable, y vestía la invencible armadura... Ya podía entrar en batalla. Pero no bastaba gozar de protección. Era necesario destruir al enemigo.

Aquí entraban en acción las espadas mágicas.

Las leyendas de la Edad Media abundan en estas espadas milagrosas. Apenas había héroe que no poseyera algún arma de este tipo... irresistible e indestructible. La mayoría tenía nombres especiales: Balmung, de Sigfrido; Durandal, de Rolando; Escalibur, del rey Arturo; Joyeuse, de Carlomagno;

Courtin, de Ogier; Haute Clere, de Oliviero... y así por el estilo. Y quienes se hacían eco de las leyendas no se detenían a pensar que las virtudes marciales y el coraje guerrero de los héroes perdía por lo menos el cincuenta por ciento de su valor... pues los triunfos eran mérito principal de sus respectivas espadas.

Con el fin de forjar una espada de esta clase era preciso combinar ciertos elementos más o menos horribles.

Era indispensable que la hoja hubiera servido ya para matar a un hombre. La vaina debía forjarse con el rayo de una rueda que el verdugo hubiese usado para romper los huesos de un condenado. Se fabricaba la empuñadura con el hierro de una cadena utilizada en un ahorcamiento. Debía forrarse la vaina con tela empapada en *sanguis menstruus primus virginis*... En general, y sin necesidad de que ofrecamos mayores detalles, el lector advertirá que la receta parecía la obra de un desequilibrado.

Podría creerse que con semejante equipo el guerrero estaba en condiciones de salir a luchar bravamente contra el enemigo. Nada de eso... necesitaba algo más para eliminar cualquier posibilidad de desaliento: el elixir del coraje. Durante la Guerra de Treinta Años, se lo conoció bajo el nombre de

Aqua Magnanimitatis.

El noble brebaje se preparaba de acuerdo con la siguiente receta:

“En mitad del verano, tómese el látigo y castígueuse vigorosamente un hormiguero, para que las hormigas, atemorizadas, exuden su secreción ácida y olorosa. Tómese cantidad suficiente de hormigas, y deposítelas en un alambique. Viértase coñac fuerte y puro sobre ellas, séllese el recipiente y póngase al sol. Déjeselo allí durante catorce días, fíltrese y póngase en el licor obtenido media onza de canela.”

El brebaje debía beberse antes de la batalla, mezclando media cucharada en un vaso de buen vino. Inmediatamente, el soldado se sentía poseído del más heroico coraje. No se trataba de una pasión salvaje y sanguinaria, sino más bien del entusiasmo que lleva a realizar trascendentes y sugestivas hazañas.

Se aconsejaba también mezclar la poción con el aceite extraído de la cizaña, y frotarse las manos con la mezcla también convenía aplicarla a la hoja de la espada. Así preparado, un soldado podía afrontar sin dificultad a diez o doce adversarios, pues éstos sufrirían súbito desaliento. La naturaleza marcial de

las hormigas explicaba el milagroso efecto de la posición. Después de todo, es bien sabido que las hormigas son insectos guerreros.

Pero aquí no acababan los artificios heroicos.

También el caballo de batalla debía realizar prodigios de valor.

Las herraduras y el freno debían forjarse con hierro que ya hubiera servido para matar. Las herraduras hacían del caballo un animal valeroso, rápido, inteligente y ágil. Por otra parte, el freno convertía a la más salvaje montura en obediente criatura.

También existían métodos destinados a evitar la fatiga del caballo. Si de las riendas se colgaban dientes de lobo, el caballo podía galopar durante días enteros sin cansarse; por lo menos, así lo afirmaba la magia del siglo XVII.

Pero no basta que el soldado fuera inviolable y su espada invencible, ni que su alma estuviera impulsada por la pasión marcial. En campaña era preciso soportar muchas tribulaciones: frío, sed, hambre.

Se conocían varios encantamientos contra el frío. “Envuélvanse los pies en papel, pónganse encima las medias, y antes de calzarlas viértase un poco de coñac en las botas”. En realidad, no era un

mal consejo; tampoco lo era el que sugería que se vertiera el coñac en la garganta del soldado, en lugar de hacerlo en las botas. El tercer método era un poco más complicado:

“Tome una cazuela de estiércol de paloma, reduzcalo a cenizas quemándolo, destílese la ceniza en lejía, y lávese con ella pies y manos. Si empapa la camisa y los calzones en la misma lejía, y luego seca cuidadosamente las prendas, soportará fácilmente el frío más intenso durante catorce días.”

Contra la sed: Tome la piedra transparente, del tamaño de una arveja, que se forma en el hígado del capón de cuatro años, deposítela bajo la lengua, y no sentirá sed.

Contra el hambre se conocía una antigua panacea. Aulus Gellius relata que cuando el guerrero escita no tenía alimento, se limitaba a ajustar un ancho cinto alrededor de la cintura. De acuerdo con la idea de los escitas, la intensa presión reducía el espacio ocupado por el estómago y los intestinos, y de ese modo no podían absorber nada; y si no podían recibir alimento, no tenía objeto tratar de llenarlos. La cosa parece verosímil. La idea contraria parece igualmente válida, pues en épocas posteriores a muchos se les ha ocurrido que la mejor manera de so-

portar una comida muy abundante consiste en aflojar el cinturón.

Con lo dicho, hemos pasado revista a casi todas las prácticas mágicas seguidas por los guerreros prudentes.

Desgraciadamente, los encantamientos no siempre daban buen resultado, pues la experiencia demostró que aun el soldado más cuidadoso podía caer herido.

Si una flecha u otra arma se rompía en la herida, debía utilizarse una fórmula mágica. Había muchas versiones, aunque la Iglesia las prohibió todas, ya que no eran otra cosa que encantamientos paganos, en los que se había reemplazado el nombre de los dioses por los de Jesús y de los santos. Un manuscrito húngaro del siglo XVII recomienda la siguiente fórmula:

“Una magnífica plegaria para extraer una flecha.

“Como Nicodemus, hombre piadoso y santo, extrajo los clavos de las manos y de los pies de Nuestro Señor, y ellos se deslizaron fácilmente, que esta flechase deslice fuera de tu cuerpo con la misma facilidad; que el Hombre que murió por nosotros en la Sagrada Cruz te ayude en este principio; repita tres veces la plegaria, y a la tercera vez tome

la flecha con dos dedos y extráigala.”

No debemos reírnos del ingenuo creyente. Si su fe se mezclaba a veces con prácticas paganas, su misma ingenuidad podía servirle de excusa. Pero, ¿cómo disculpar la tremenda tontería de la medicina del siglo XVII, que inventó la receta y la aplicación del famoso y popular unguento bélico”?

Este sorprendente emplasto requería ingredientes realmente fantásticos:

“Tome media libra de grasa de jabalí, media libra de grasa de verraco, y la misma cantidad de grasa de oso macho. Reúna una buena cantidad de lombrices de tierra, deposítelas en una vasija, selle el recipiente y caliente las lombrices hasta que queden reducidas a cenizas. Tome tres medias cáscaras de huevo llenas de estas cenizas, agregue un poco de moho de cráneo, al que se habrá dado la forma de cuatro nueces, y que haya crecido sobre el cráneo de un ahorcado o de un hombre muerto en la rueda. Tome dos onzas de heliotropo y tres onzas de sándalo rojo, reducidas a polvo fino; mezcle todo esto con la grasa, agregue un poco de vino, y se tendrá el noble Unguentum Armarium, el unguento de guerra.”

Y este terrible cocimiento, ¿se aplicaba real-

mente a la herida? Que el lector se tranquilice. Se aplicaba, no a la herida, sino al arma... al arma que causaba la herida (¡siempre, claro está, que el guerrero hubiera logrado preparar el emplasto!) Si no lo había conseguido, debía conformarse con otra sustancia.

Era esencial determinar qué proporción del arma había penetrado en el acto de herir. Precisamente esta porción debía ser cubierta con el ungüento... y la técnica variaba según que se tratara de un arma cortante o punzante. En el primer caso, el emplasto debía ser aplicado en la dirección general del borde cortante; de lo contrario, la herida se cerraría, pero permanecería abierta por dentro. Si se trataba de un arma punzante, el ungüento se distribuía alrededor de la punta, y un poco hacia arriba.

La siguiente etapa del tratamiento consistía en envolver el arma (a la que ya se había aplicado el ungüento) con una tela limpia, y depositarla en un lugar moderadamente tibio y a cubierto de corrientes de aire. Si el arma estaba expuesta al viento o a fuertes cambios de temperatura, la herida sufría inmediatamente las consecuencias. Debía cambiarse diariamente el vendaje, como si se estuviera tratando la herida.

Gradualmente uno comienza a comprender la razón que era la esencia de toda esta farsa científica. El extraño, procedimiento no era otra cosa que la aplicación de la llamada “terapia por simpatía”.

De acuerdo con esta teoría, las relaciones de los hombres, los animales, las plantas, y de todos los factores constituyentes del universo, están determinadas por la simpatía o por la antipatía. La sangre que manchaba el arma tenía la misma composición que la sangre de la herida; es decir, existía una “relación de simpatía” entre ellas. Del mismo modo misterioso que el imán atrae al hierro, la herida atraerla el misterioso poder curativo que existía en los ingredientes del “ungüento de guerra”. Por consiguiente, era suficiente que se tratara la sangre que cubría el arma... el herido sanaría aunque estuviese a cuarenta millas de distancia.

Ciertamente, el fenómeno parece misterioso. Pero la opinión científica general aceptaba totalmente la teoría del influjo simpático; por ejemplo, en caso de enfermedad, a menudo se utilizaba una muestra de sangre (examinada por separado) para diagnosticar la condición del paciente. Se toma una muestra de sangre,- decían las instrucciones- y se la deposita en un recipiente de vidrio, que habrá de

sellarse. De acuerdo con las leyes de la simpatía, la sangre en el recipiente de vidrio reflejará los cambios que se operan en la sangre del paciente; se mantendrá límpida si el estado del enfermo mejora, pero se enturbiara si la enfermedad se agrava.

Si el arma causante de la herida no pudiera ser hallada, habrá de escarbarse la herida con un trozo de madera, hasta que empiece a fluir la sangre. Y luego se aplicará a ese trozo de madera el unguento mágico.

Por su parte, el paciente debía abstenerse de toda actividad mientras durara el tratamiento, y limitarse a mantener limpia la herida y a seguir una dieta.

Lo más interesante de todo el asunto era que casi todas las personas tratadas con este método sanaban; en cambio, la mayoría de aquellos a quienes los médicos procuraban salvar por otros medios, perdían la vida.

La explicación del enigma es bastante sencilla.

En lugar de desarrollar largos razonamientos médicos, veamos una de las recetas del método terapéutico conocido como Koprofarmacia:

“Si la hemorragia es muy intensa, prepárese una mezcla de incienso, sangre de dragón y áloe, agré-

guese un poco de estiércol seco de caballo y extiéndase sobre la herida. Pueden obtenerse buenos resultados con estiércol de cabra, reducido a polvo y mezclado con vinagre. También puede prepararse una aplicación con estiércol de ganso mezclado con vinagre fuerte.”

Para que el tratamiento fuera más efectivo, el médico ordenaba una bebida curativa. Era preciso mezclar con cerveza un poco de album graecum, destilar la mezcla y dar al herido una cucharada de la poción todas las mañanas. Por lo menos, se trataba de una mezcla de fácil preparación, pues el album graecum de misterioso sonido se hallaba en todas las casas en que había perros...

Es evidente, por lo tanto, que los pacientes tratados con el “ungüento bélico” sanaban porque ningún médico manipulaba las heridas, de modo que la Naturaleza podía desarrollar el proceso curativo sin interferencia humana.

Quizás la mejor y la más universal de todas las curas contra las heridas de bala fue inventada por Ferene, un médico transilvano.

El erudito galeno fue médico de la corte de Sigmundo Bathory, príncipe de Transilvania. Era muy respetado por el príncipe, que no se separaba

de él. En 1595, Bathory condujo a sus ejércitos contra los turcos. El doctor Ferene tuvo que acompañarlo. Era un sabio pacífico y amante de la tranquilidad; odiaba la idea de salir con el ejército en campaña, aunque, naturalmente, no podía expresar sus sentimientos. Después de algunas semanas de vida incómoda y peligrosa, el doctor dejó entrever a algunos cortesanos que conocía una medicina maravillosa, capaz de salvar a un hombre de la acción de cualquier arma, aunque se tratara del cañón de mayor calibre o del más peligroso mosquete.

A su debido tiempo, el rumor llegó a oídos del príncipe. El doctor Ferene era hombre de extraordinaria erudición, de modo que bien podía haber descubierto algo importante. Bathory ordenó que el médico de la corte preparara la milagrosa poción, y el doctor Ferene puso alegremente manos a la obra. Pero declaró que necesitaba regresar a Brasso, la capital, porque allí tenía las medicinas y los ingredientes indispensables.

El príncipe ordenó que una fuerte escolta acompañara al médico durante su viaje a Brasso, y esperó el resultado. Lo recibió con sorprendente rapidez, pues el doctor Ferene se limitó a escribirle una carta:

“He hallado esta panacea en mi cofre de medicinas: a quien desee salvarse de herida de espada, de acometida de lanza y del terror de las balas de cañón... déjesele vivir en paz en Brasso. Y como considero que esta es la más segura medicina, aquí me quedaré a esperar el fin de la guerra; y aconsejo a Su Alteza y a todos los que deseen escapar a los peligros de la batalla que sigan mi humilde ejemplo.”

No se conoce la respuesta del príncipe.

2.

El sueño de la invulnerabilidad, las distintas recetas para el equipo del héroe invencible, son cosas modestas comparadas con otro sueño de la humanidad, mucho más descabellado y más universal: el sueño de la eterna juventud, la ilusión de que es posible usurpar las funciones del propio Dios creando vida.

Aquí debemos comenzar por establecer la diferencia entre el “secreto” de la longevidad y el de la eterna juventud.

Entre los longevos célebres, Juan Rovin y su esposa ocupan un lugar distinguido. Rovin nació en

Karansebes, Transilvania. Vivió hasta la madura edad de 172 años, y su esposa Sara hasta los 164. De esta vida matusalénica, pasaron 147 años en feliz y armonioso matrimonio. De acuerdo con las crónicas contemporáneas, este matrimonio modelo tenía una dieta muy sencilla: leche y tortas de maíz. “Por consiguiente”, dice la crónica del siglo XVI, “si se desea vivir largamente, sígase el ejemplo de estos dos seres: vivir frugal y sencillamente de pan y de leche o, si se carece de esta última, de agua”.

Por muy tentadora que pudiera parecer la idea de vivir 147 años con la misma mujer (comiendo tortas de maíz y bebiendo leche) en general la humanidad ha preferido una vida más breve, compensada por las satisfacciones halladas en la buena mesa.

Sin embargo, el secreto de una larga vida ya había sido develado por la escuela médica de Salerno: *Haec tria: mens hilaries, requies, moderata diaeta* (Estos tres: serenidad mental, dieta moderada y tranquila). Y en el curso de los últimos dos mil años, la ciencia médica no ha cesado de reiterar la misma fórmula, tanto a ricos como a pobres. Ramazzini, rector de la Universidad de Padua, escribió especialmente para los príncipes una guía de la salud

(*De principium valetudine tuenda*, Padova, 1710). En ella aconsejaba a todos los gobernantes no comer ni beber en exceso, abstenerse de súbitos accesos de pasión, y elegir sus entretenimientos de un modo digno de su noble condición. Y si se desatara una plaga, el príncipe debía abandonar la capital y dirigirse a alguno de sus castillos.

Es fácil comprender por qué la Universidad de Padua albergó a estos campeones de la regla de oro. Pues aquí vivió y murió el más notable representante del concepto de la vida moderada, ser Ludovico Cornaro.

Este noble veneciano había pasado los primeros cuarenta años de su vida desafiando todos y cada uno de los principios de la escuela de Salerno. Sus excesos lo llevaron al borde de la tumba, de modo que abandonó la ancha vía de los placeres mundanos y resolvió seguir el recto y estrecho sendero de la moderación. Tenía ochenta y tres años cuando publicó sus experiencias en un extenso ensayo. Tres años después presentó otro volumen; cinco años más tarde, vio la luz el tercero. Pero consideró que aún había bastante material para nuevos libros. Esperó otros siete años, y a la edad de noventa y ocho publicó su famoso y amplio estudio, *Discorsi della vita*

sobria (Padova, 1558). Gozó otros seis años, de los gentiles placeres de una ancianidad serena y murió mientras dormía en su sillón, el 26 de abril de 1566, a la edad de 104 años.

El libro es un himno a la moderación, a la que Cornaro llama Hija de la Razón, Madre de Virtudes, Sustancia de la Vida; enseña a los ricos a gozar sabiamente de la abundancia; a los pobres a soportar su suerte sin resentimiento. Purifica los sentidos, fortalece el cuerpo, ilumina la mente, robustece la memoria, embellece el alma; afloja los lazos que nos unen a la arcilla, nos eleva por encima de nosotros mismos... y así por el estilo.

Pero este libro conquistó fama no sólo a causa de estos sentimientos, indudablemente discretos y delicados; sobrevivió a su autor durante siglos porque contenía la descripción de una dieta que él siguió con voluntad de hierro. Hace ciento cincuenta años era todavía uno de los temas enseñados en la Universidad de Padua; Ramazzini escribió un extenso ensayo sobre el asunto, y dio conferencias sobre aspectos conexos del tema.

El secreto del modo de vida de Cornaro consistía en comer y beber sólo la cantidad mínima necesaria para mantener el cuerpo. Construyó balanzas

muy precisas, con las que media su ración cotidiana: doce onzas de alimento y catorce onzas de bebida. (La onza italiana era un poco mayor que la inglesa.) Con esta dieta de encarcelado vivió hasta la madura edad de ochenta años, en que su familia comenzó a preocuparse por la posibilidad de que la excesiva moderación concluyera por perjudicarlo. Consiguieron persuadirlo de que era conveniente comer más. El viejo caballero se dejó convencer y aumentó en dos onzas la cantidad de alimento. Pero este modesto incremento le echó a perder el estómago, se enfermó, y todos temieron que el acto de glotonería que se le había obligado a cometer causara su muerte. Con gran dificultad curó de su enfermedad, y declaró que deseaba vivir de acuerdo con sus propias ideas, y que su familia haría mejor en mantenerse apartada del asunto.

El obstinado Matusalén continuó torturando a la hija de la razón y a la madre de virtudes, hasta que al fin consiguió aflojar los lazos que lo unían a la arcilla. Consiguió mantenerse con dos yemas de huevo diarias. Y las consumía por partes: una en el almuerzo, y la otra durante la cena.

Hasta aquí nos hemos ocupado de actos que fueron expresión de sabiduría... aunque a veces un

poco exagerada. Pero el resto es parte de nuestro tema principal.

Los apóstoles de la moderación conquistaron muy pocos discípulos. A decir verdad, la humanidad nunca se interesó por una vida muy prolongada, si ello implicaba tortas de maíz y de yemas de huevo. En lugar de vivir de tan sombría y tediosa realidad, prefirió seguir la pista de un sueño deslumbrante... la ilusión de la eterna juventud.

La idea de que debía existir cierta panacea milagrosa (algún medio que permitiera transformar la ancianidad achacosa en juventud triunfante, sin necesidad de mortificación) ha inspirado a la humanidad desde las fábulas mágicas de los mitos clásicos hasta los experimentos que el profesor Steinach realizó con glándulas de monos.

De acuerdo con la mitología griega, el secreto de la eterna belleza de Hera consistía en sus periódicas visitas a la Fuente de Juvencia, donde se bañaba. La tradición de siglos convirtió este cuento de hadas en realidad aceptada por la concepción del mundo antiguo, y la leyenda perduró hasta la Edad Media. Sin embargo, el poder rejuvenecedor de la fuente mitológica se vio más o menos refutado por la lista casi infinita que la misma mitología griega ofrecía de

las aventuras extraconyugales de Zeus. Si tan deslumbrantes eran la belleza y la juventud de la diosa, por qué estos devaneos amorosos?

La mitología escandinava ubicaba la fuente milagrosa, la Jungbrunnen en el castillo de Iduna. Lucas Cranach y sus compañeros de escuela pintaron docenas de cuadros sobre tan sugestivo tema, de un lado, entran en la fuente ancianos decrepitos y secos; del otro, salen seres jóvenes y bellos...

Las novelas románticas de caballería, los romances medievales, también incluyen extensas referencias a la fuente de la eterna juventud. Cuando comenzó la exploración de nuevos y desconocidos continentes, la gente supuso que entre los tesoros de estas “regiones meridionales” debía contarse la fuente maravillosa. ¿Se hallaba en la India, donde Alejandro el Grande ya la había buscado? ¿O en el país fabuloso del Preste Juan, al que la imaginación ubicaba en Asia o en Abisinia? Después del descubrimiento de América, estas especulaciones se concentraron particularmente, y un conquistador español equipó dos naves con el fin preciso de buscar la famosa fuente.

Su nombre, naturalmente, era Ponce de León, y se sabía (o se imaginaba) que Bimini era el nombre

de la isla donde se hallaba la fuente que milagrosamente convertía a los viejos en jóvenes. Conquistadores férreos y decididos a todo, probados en feroces batallas, atravesaron los océanos desconocidos en dirección a la isla misteriosa. La atrevida empresa no utilizaba como guía el compás de la ciencia... sino la estúpida charla de algunos nativos. Nada tan característico del alma del conquistador español, mezcla de desprecio a la muerte, de viril determinación y de credulidad infantil, como el hecho de que se dejara influir por una combinación de romances caballerescos y de historias fabulosas fabricadas por los indios. Es muy probable que la población nativa, que odiaba a los conquistadores, difundiera deliberadamente el cuento de la fuente mágica de Bimini con el mismo propósito que la movió a hablar del sueño de Eldorado... para desembarazarse de una vez de los invasores extranjeros.

Ponce de León no halló Bimini. Pero cuando navegaba hacia el norte descubrió una hermosa costa, cubierta de flores y abundante en frutas. Por causa de las flores que la adornaban generosamente la bautizó con el nombre de Florida. Durante cierto tiempo buscó la fuente, pero al fin se cansó del

asunto y embarcó de regreso a la patria, mas enfermo y más viejo que cuando salió.

El fracaso de la expedición a Bimini desilusionó a la vieja Europa, tan deseosa de rejuvenecimiento. Se comprendió que las fuentes de la eterna juventud eran simplemente fuentes termales, y que el influjo de las leyendas las había transformado en fantásticos e inalcanzables sueños de rejuvenecimiento.

Pero, como es el caso con harta frecuencia, la humanidad no pudo resignarse a la idea de perder uno de sus más queridos sueños.

No existía una Fuente de Juvencia, pero había seres humanos rejuvenecidos. Así lo afirmaron graves hombres de ciencia y famosos viajeros.

El caso más famoso fue el de la abadesa de Monviedro, de quien nos habla Velascus de Tarento. La piadosa virgen había alcanzado pacíficamente su centésimo aniversario en el convento donde residía, cuando ocurrió el milagro. De pronto, tuvo una nueva dentición; largos y abundantes cabellos negros reemplazaron a los escasos mechones blancos; el pergamino amarillento de su rostro se convirtió en fresca y rosada piel. La piadosa anciana se sintió poco complacida con esta broma de la Naturaleza; la situación provocaba en ella profundo embarazo...

sobre todo porque la noticia de su milagrosa transformación atraía a grandes multitudes.

Hubo también casos similares en otras “comunidades cerradas”, pero de carácter completamente opuesto al de los conventos de monjas.

Paul Lucas, el anticuario y viajero francés, favorito de Luis XIV, llegó a Constantinopla durante un viaje por el Oriente. Según relata en su libro *Voyage dans la Turquie* (París, 1713) la esposa favorita del sultán había caído gravemente enferma. Dióse por sentado que el anticuario francés poseía conocimientos médicos (después de todo, era un “sabio”) de modo que el sultán mandó buscarle, y le rogó que examinara a su esposa. El francés fue llevado al santuario interior del harén. Cuando entró en el cuarto de enferma de la sultana, vio salir a dos hermosas jóvenes.

-Son las odaliscas- explicó el eunuco que lo acompañaba- que el Padishá ha elegido para atender a la inválida.

El francés se sorprendió:

-Si el Sultán ha elegido a algunas de sus favoritas para esa tarea, ¿por qué prefirió precisamente a estas jóvenes e inexpertas criaturas?

El eunuco se echó a reír.

-No son tan jóvenes- explicó-. Ambas tienen bastante más de setenta años.

Lucas se sintió intrigado. Y al fin descubrió que las odaliscas bebían té preparado con cierta hierba, y que la bebida las mantenía jóvenes. El cauteloso viajero (que sin duda temió el asedio de las damas parisienses) agregó que la hierba sólo crecía en el jardín del Gran Serrallo, y que estaba destinada exclusivamente al consumo del harén.

Pero el más notable “milagro de rejuvenecimiento” fue el, caso del hindú de 370 años. Su sorprendente vida fue evocada por López Castanheda, el historiador de la corte portuguesa. Este hombre extraordinario alcanzó tan considerable edad no como venerable anciano, sino en todo su juvenil vigor, y con abundante cabello negro; pues durante su prolongada vida se rejuveneció por lo menos cuatro veces. Utilizó discretamente los recursos inagotables de su juventud: casó varias veces, se divorció de sus esposas (algunas de ellas fallecieron) y volvió a casarse. Tuvo no menos de setecientas durante períodos más o menos prolongados, a lo largo de su vida. Y como el autor del relato era un historiador de la corte, jamás se dudó de la autenticidad de la versión.

El milagro del rejuvenecimiento fue observado en el mundo animal... o por lo menos así lo creyeron millones de ilusos. Cuando el águila envejecía, utilizaba los rayos ardientes del sol para desembarazarse del plumaje gastado; luego, echaba plumas nuevas y vivía durante un siglo. Y era bien sabido que el ciervo recuperaba su juventud de tiempo en tiempo.

Por consiguiente, argüían los soñadores, el rejuvenecimiento no reconocía obstáculos biológicos; a lo sumo, era preciso hallar los medios de revigorar el cuerpo humano senil.

¿Existía esa poción mágica?

La alquimia respondía a la pregunta con una afirmación rotunda y confiada.

El misterioso tinct sobre el que los eruditos alquimistas cavilaron durante mil años tenía muchos nombres. A veces se lo llamaba Gran Magisterium, o Materia Prima, o Elixir de la Vida; también recibía el nombre de Piedra Filosofal.

Esta poderosa magia no sólo transformaba en oro el metal sin valor, sino que también curaba todas las enfermedades y prolongaba la vida. Y aún aseguraba la eterna juventud, la inmortalidad del hombre feliz que lograra destilar el gran bálsamo de

la vida en sus alambiques y retortas.

Pero, ¿alguien había alcanzado éxito?

Aquí, la elocuencia de los alquimistas se convertía en modesto murmullo.

Oh, sí, replicaban, sin duda algunos han logrado romper el sello hermético del secreto. Pero no han querido desafiar las leyes de Dios y el mandato de la naturaleza; han preferido llevarse a la tumba el terrible secreto.

Este argumento tiene tal poder de convicción, que apenas me atrevo a refutarlo. En todo caso, lo único que podemos hacer es examinar la literatura de los alquimistas, para comprobar si alguien descubrió el Elixir de la Vida y lo utilizó en su propio beneficio.

Por mi parte, sólo he hallado tres candidatos: Artephius, Nicolás Flanel, y el pintoresco conde Saint-Germain.

Artephius fue un conocido alquimista del siglo XII. Sus obras manuscritas seguramente fueron muy apreciadas, pues se las conservó durante siglos, y a principios del siglo XVII fueron publicadas en libro. Uno de sus trabajos, *De vita propaganda*, encara el problema de la prolongación de la vida. Con el fin de destacar el valor de sus consejos, el autor señala

modestamente en el prefacio que escribió el libro a la edad de 1025 años. Como la mayoría de las personas saben a qué atenerse respecto de su propia edad, no queda otro remedio que aceptar esta venerable longevidad. Según Pico de la Mirándola, algunos hombres de saber la aceptaban. E iban más lejos aún; sostenían que el libro había sido escrito por el propio Apolonio de Tiana, el gran mago del siglo I de nuestra era, que habría vivido hasta el siglo XII, con el nombre de Artephius, gracias a la piedra filosofal. Los sabios que intervinieron en la polémica olvidaron sólo una posibilidad: que algún colega mal intencionado los hubiera hecho víctimas de un engaño (empresa que no ofrecía mayores dificultades, por tratarse de espíritus afectados por la fiebre de la alquimia).

Nicolás Flanel vivió en el París del siglo XIV. Alrededor de su figura la tradición tejió un manto de deslumbrantes leyendas. En su juventud compró por pocos francos un libro escrito sobre corteza de árbol, lleno de misteriosos símbolos y figuras. Como era incapaz de descifrarlos, hizo una promesa y fue en peregrinación a Santiago de Compostela. De regreso a su hogar, conoció en el camino a un médico judío, que le reveló la clave del enigma. Una

vez en París, siguió las instrucciones del libro y comenzó a transformar el mercurio en oro. Fabricó oro por valor de muchos millones, y consagró esa fortuna a fines de caridad. Como era verdad que un rico burgués llamado Nicolás Flanel había destinado grandes sumas a obras de beneficencia, la imaginación medieval, siempre ansiosa de milagros, confundió la figura del mercader con la del alquimista, y creyó todo lo que la tradición oral difundió sobre este último. Un creyente de celo particularmente ardoroso llegó al extremo de comprar la casa de Flanel, en el número 16 de la Rue Marivaux, y la demolió completamente, en la esperanza de hallar en algún escondrijo el milagroso libro de corteza de árbol.

La literatura sobre Flanel es abundante, y alude a buen número de diferentes “secretos”, pero estos últimos pertenecen en realidad a la historia de la alquimia propiamente dicha. Baste decir aquí que se atribuía a Flanel el descubrimiento del Elixir de la Vida; que se aseguraba que no había muerto, afirmándose que en su ataúd se había depositado un muñeco de madera, después de lo cual había partido con su esposa hacia Oriente. Trescientos años después la feliz pareja aún vivía, como lo informa con

toda seriedad un viajero francés:

“En Asia Menor conocí a un derviche de gran cultura, que era adepto de las ciencias secretas. Entre otras cosas me dijo que el maestro en esas ciencias era capaz de prolongar su propia vida durante mil años. Mencioné el caso de Flanel, que había hallado la Piedra Filosofal, a pesar de lo cual había muerto, como cualquier otro ser humano. El derviche se echó a reír, y afirmó que todos estábamos equivocados. Flanel y la esposa seguían vivos, y los conocía bien; juntos habían pasado cierto tiempo, algunos años atrás, en la India... Me relató otros hechos de Flanel, pero de ellos no mencionaré los menos verosímiles.”

El libro que contiene este extraordinario informe se llama *Voyage dans la Grece, l'Asie Mineure, la Macédoine et l'Afrique* (París, 1712), y está dedicado a Luis XIV. Su autor es el mismo Paul Lucas que relató sus experiencias en el Gran Serrallo, con las “jóvenes” de setenta y dos años rejuvenecidas por la misteriosa hierba de los jardines del harén... por lo cual, hemos de considerarlo, claro está, un testigo digno de la mayor confianza.

Bastará que reseñemos algunos elementos de la vida aventurera del conde Saint-Germain. Fue favo-

rito e íntimo de Luis XIV, llevó una vida de lujo y de placer, aunque nadie sabía de dónde sacaba el dinero; exhibía magníficos diamantes de gran tamaño, y se afirmaba que los fabricaba personalmente; estaba iniciado en los misterios de los Rosacruces... y así por el estilo. Nadie conocía sus antecedentes precisos. Algunos decían que su madre era una princesa española; otros afirmaban que su padre era un judío portugués. En los últimos años de su vida circuló otra versión, de acuerdo con la cual era hijo ilegítimo de Ferenc Rakoczi, príncipe húngaro y jefe de la prolongada rebelión contra los Habsburgo. A fines de 1912, una entusiasta dama inglesa, Mrs. Cooper-Oakley, insistía en probar la verdad de esta teoría ridícula y totalmente insostenible.

Todos estos misterios y secretos excitaron la imaginación de los contemporáneos del conde, y ayudaron a desarrollar la leyenda. Se aseguraba que el conde conocía el secreto del Elixir de la Vida, y que él mismo era inmortal. Naturalmente, algunas damas de cierta edad afirmaron que sus abuelas ya habían conocido al conde, y que entonces tenía el mismo aspecto juvenil que ahora se le conocía. El propio conde jamás habló francamente de su inmortalidad, pero de tanto en tanto dejaba escapar

una velada alusión, y de ellas podía deducirse que ya había pasado varios siglos en este mundo. Sabía contar anécdotas, con maravilloso arte, y era capaz de presentar episodios históricos muy antiguos como si hubieran ocurrido poco tiempo antes. En tales ocasiones a veces cometía un error... por cierto deliberado. Por ejemplo, relataba un caso de la vida de Enrique IV, y decía: "... y entonces el rey se volvió sonriente hacia mí... es decir, se volvió hacia el duque de X."

La sociedad aristocrática de París creía en la inmortalidad de Saint Germain, del mismo modo que había creído en la de Flanel. Si todos aceptaban la realidad del Elixir de la Vida, ¿por qué habrían de dudar de sus efectos? De modo que los rumores y las leyendas cobraron forma y se difundieron. Las damas de los salones de París murmuraban que el conde había asistido al concilio de Nicea, que había conocido al Salvador, y que varias veces habla estado en los banquetes de Poncio Pilatos, en calidad de invitado.

Algunos bromistas consideraron que, si la sociedad era tan estúpida, no era censurable explotar esa estupidez colectiva, de modo que un aventurero de maneras elegantes, un tal Gauve, decidió personifi-

car al conde Saint-Germain. El falso conde desempeñó su papel con arte exquisito. Relató aventuras que había vivido casi dos mil años antes; entusiasmándose, describió el palacio de Poncio Pilatos, y a la Sagrada Familia, y su amistad con la venerable Santa Ana, a quien posteriormente pudo prestar un gran servicio, pues fue la información suministrada por el conde en el concilio de Nicea la que determinó la canonización de la dama.

Cuando el auténtico conde se enteró del asunto, tan cercano al sacrilegio, se limitó a encogerse de hombros: “Si los tontos de París se complacen en tales estupideces”, dijo al barón Gleichen, “que se diviertan. Mi única virtud es que parezco más joven de lo que soy realmente... y eso es todo”.

La fábula no corrió solamente en París. Cruzó el canal de la Mancha y apareció en las columnas del London Chronicle. En el número del 3 de junio de 1760, este respetable órgano publicó un extenso artículo sobre la llegada a Londres del conde Saint-Germain. Un pasaje de la crónica describía un extraño incidente relacionado con el Elixir de la Vida. Como anécdota, la historia llegó hasta el siglo XX, y todavía aparece aquí y allá. Sin embargo, en el siglo XVIII se tomaba el asunto muy en serio, al punto, -

de que la gran Enciclopedia Larousse lo consideró ejemplo clásico de la estupidez humana, y reprodujo todo el artículo (página 70, volumen 14).

La versión ligeramente abreviada dice así:

“Una duquesa de sangre real pidió al conde que le diera unas gotas del líquido rejuvenecedor. En vista del elevado rango de la dama, no era posible rechazar el pedido. El conde le entregó una redoma, indicándole que tomara diez gotas en cada luna llena. La duquesa deseaba que su vieja doncella, Radegonde, no estuviera al tanto del secreto. Le dijo simplemente que se trataba de una medicina contra el cólico, y depositó el frasco en un cajón. Esa noche la duquesa fue a una fiesta, y mientras se hallaba ausente, la anciana Radegonde ingirió alimentos que no convenían a su constitución, y comenzó a padecer cólicos. Agobiada por el sufrimiento, tomó la redoma y la vació de un trago. Cuando varias horas después llegó la duquesa, halló en su dormitorio a una niña de ocho años... Era Radegonde.”

Esta anécdota ha aparecido- en una docena de formas diferentes- en cien distintos países. Lo cual demuestra la tenaz capacidad de supervivencia de los sueños de la humanidad.

Cagliostro no merece por cierto ser incluido en-

tre los alquimistas, aunque él mismo difundió el rumor de que conocía el Elixir de la Vida. Sin embargo, no fue como alquimista que adquirió sus conocimientos sino en el papel de Gran Copto, jefe supremo de una absurda Logia Masónica que seguía los ritos del “antiguo Egipto”. Esta logia, en la que confluían toda suerte de confusos misticismos, no tuvo dificultad en reclutar adeptos en el París del siglo XVIII, donde prosperaban maravillosamente aventureros e impostores.

Cagliostro prometía a sus adeptos un doble rejuvenecimiento: moral y físico. El primero no atraía mucho a los parisienses... sin duda, se consideraban bastante morales, y no veían necesario exagerar la nota. Pero la renovación del cuerpo era asunto totalmente distinto. Sin embargo, el propio Gran Copto no publicó los detalles del asunto. Estos últimos aparecieron en un folleto anónimo que excitó la imaginación de los parisienses; por otra parte, algunos afirmaron que efectivamente había sido escrito por el propio Cagliostro. Su título era: *Secret de la régénération, ou Perfection Physique per laquelle on peut arriver a la spiritualité de 5557 ans.* He aquí la receta:

Retírese al campo en compañía de un amigo leal, y pase treinta y dos días a estricta dieta; durante este

período purifique su sangre con suaves aplicaciones de sanguijuelas. Al trigésimo segundo día acuéstese y tome una pizca de la materia prima. (Naturalmente, el secreto de ésta última sólo era conocido por el Maestro.) La absorción de esta dosis estará seguida de tres días de inconsciencia, pero no es necesario alarmarse, y al cuarto día se tomará otra pequeña porción, la cual provocará alta fiebre, delirio, la caída del cabello, el aflojamiento de los dientes y despellejamiento. Al trigésimo sexto día se tomará la tercera dosis, que determinará un profundo sueño, del que el paciente no despertará hasta el trigésimo noveno día. Durante este lapso crecerán nuevamente los cabellos y saldrán los dientes, y se renovará la piel. Al trigésimo noveno día se tomarán diez gotas de la materia prima, mezcladas en vino, después de lo cual se recomienda un baño de agua tibia. Al cuadragésimo día el sujeto del proceso despertará, cincuenta años más joven.

La gran ventaja de la cura consistía en que era posible repetirla cada cincuenta años. Su mínima desventaja era que no podía repetirse ad infinitum, porque cuando el sujeto alcanzaba la edad de 5557 años perdía su eficacia.

A pesar de esta lamentable limitación, el Gran

Copto se vio sin duda apremiado por sus adeptos, deseosos de conseguir la materia prima. Infortunadamente, anduvo complicado en el famoso o notorio asunto del collar, que suministró “materia prima” a tantos escritores (desde Dumas a Carlyle) y debió abandonar París, Francia, su Logia egipcia y a todas las apergaminadas momias que ansiaban rejuvenecer.

Otro “milagro” de alquimista se relacionaba con el maravilloso alcaest. Van Helmont, el médico y químico flamenco, inventor de la palabra “gas”, le cantó loas de inigualado fervor. El alcaest disolvía y fundía todas las sustancias: metal, madera, vidrio, diamante, piedras, plantas, músculos, huesos. Sus efectos eran tan universales como los del calor sobre la nieve. Van Helmont aseguraba haber hallado el milagroso elemento, y afirmaba que había realizado ya varios experimentos. Introducía carbón y madera en un recipiente de vidrio, agregaba un poco de alcaest... y al cabo de tres días la madera y el carbón se hallaban reducidos a una sustancia lechosa. Alrededor del tema surgió abundante literatura. Finalmente, Johann Kunckel, otro alquimista, que descubrió procesos para la fabricación de vidrio artificial de color y para la preparación de fósforo,

hizo estallar la bella pompa de jabón. Se limitó a formular una sencilla pregunta: si el alcaest lo disolvía todo, ¿por qué no ejercía su acción sobre el recipiente de vidrio en el que se lo guardaba? Después de lo cual, esta panacea desapareció del catálogo de la alquimia.

En la biblioteca del conde Alejandro Apponyi hallé un librito que es una notable rareza. Fue publicado en París el año 1716, por Longueville-Harcourt, y su título es el siguiente: *Histoire des personnes qui ont vécu plus d'un siecle, et de celles qui ont rajeuni, avec le secret du rajeunissement, tiré d'Arnauld de Villeneuve.*

El autor reunió un colorido ramillete de personas que vivieron un siglo o más, y de ancianos rejuvenecidos; entre ellas hallamos a nuestros viejos conocidos, la monja de Monviedro y el hindú de 370 años. Pero estas tradicionales figuras revisten menos interés que el ensayo de Arnaldus Villanovanus sobre la eterna juventud.

¿Quién era Arnaldus Villanovanus? Uno de los sabios famosos del siglo XIII: médico, astrónomo y alquimista, hombre de extraordinaria erudición, médico de corte de los papas Bonifacio VIII y Clemente V.

El ensayo publicado por Longueville-Harcourt no se encuentra incluido entre las obras impresas de Arnaldus Villanovanus. El autor francés nos dice que fue conservado en manuscrito; el texto latino pasó a manos del abate Vallemont, que lo entregó a Longueville-Harcourt. Que la historia sea o no auténtica, poco importa; en sí misma, es reflejo del estado de los espíritus en el siglo XIII.

El método descrito en el documento es modelo de lógica escolástica; cada paso es perfecto y razonable... pero la idea fundamental es falsa. Se ha construido una pirámide regular, pero puesta al revés, y como material se ha utilizado el que suministró la medicina medieval.

La premisa básica de la teoría es bastante sencilla. Las plantas, los minerales y los animales contienen por igual poderosos elementos curativos de las diferentes enfermedades. Sólo se necesita destilar la esencia de las drogas más potentes y crear una terapia en el transcurso de la cual el paciente que busca rejuvenecerse absorbe la panacea universal de todas las enfermedades en la dosis apropiada. Si el sujeto observa cuidadosamente las reglas, el resultado final debe ser el rejuvenecimiento.

Ante todo, es preciso obtener un poco de aza-

frán oriental, hojas de rosas rojas, madera de sándalo, la raíz del áloe y ámbar gris. Estos materiales serán reducidos a polvo y mezclados con cera y aceite esencial. El ungüento así obtenido forma una pasta, y debe ser extendido sobre la región del corazón todas las noches, antes de acostarse.

Luego, la dieta; su duración depende del temperamento del paciente. La más breve es de dieciséis días, la más prolongada de treinta. El menú es bastante simple: una gallina por día, preparada en sopa. Naturalmente, no se trata de cualquier ave... sino de una gallina alimentada durante dos meses con cierta comida especial.

Este alimento para pollos era un tanto extraño... se componía exclusivamente de víboras (Aquí corresponde recordar que durante varios siglos Europa padeció la manía de las víboras. Atribuíanse milagrosos poderes curativos, no sólo a las víboras, sino también al “bálsamo teriacal” que se obtenía de ellas. Este bálsamo se vendía en pequeña tortas redondas, llamadas trochisci (de ahí el nombre de troquista o droguista).

Naturalmente, las gallinas no estaban dispuestas a comer víboras con la misma facilidad que ingerían lombrices de tierra. Era necesario seguir otros mé-

todos. Primero se despellejaban las víboras, se cortaba la cabeza y la cola, se lavaban los cuerpos en vinagre, se los frotaba con sal y se los cortaba en pequeños trozos. Se colocaba en un recipiente el sabroso alimento, y se los mezclaba en partes iguales con romero, granos de anís y eneldo, agregando media libra de semillas de alcaravea; luego, debía llenarse el recipiente con agua limpia, y se ponía todo al fuego. Cuando el agua se había evaporado, se agregaba una buena porción de trigo puro, y se continuaba cocinando toda la mezcla, hasta que el trigo hubiere absorbido las valiosas cualidades de la víbora. El alimento estaba listo; se formaban pequeños glóbulos, arrollados en afrecho, y se servía a la gallina.

Mientras duraba la cura el paciente debía limitarse a comer diariamente dos platos de sopa de gallina y un poco de pan. Una vez concluido el período de dieta, el sujeto debía tomar doce baños- con el estómago vacío- en agua perfumada con ciertas hierbas.

Es imposible negar que toda esta concepción era lógica y razonable. No es posible alimentar al paciente con carne de víbora; entonces, que el efecto medicinal de la víbora sea absorbido por el

trigo, que el trigo sea comido por la gallina, y la gallina consumida por la persona deseosa de rejuvenecer.

Hasta ahora, el asunto marcha perfectamente. Pero inmediatamente sigue la *piece de résistance* de la cura, la esencia milagrosa que libra batalla en el cuerpo bien preparado (bien preparado por la sopa de gallina y el emplasto sobre el corazón) contra los procesos tóxicos del envejecimiento, y triunfantemente renueva la juventud. Los médicos medievales, herederos de la antigua medicina árabe y griega, alentaban innumerables supersticiones sobre el efecto de sustancias absolutamente fantásticas y costosas. Creían en el poder curativo de las piedras preciosas, de las perlas, del coral, de los dientes de hipopótamo, del marfil, del corazón de ciervo, etc. Villanovanus coleccionó las sustancias de más poderoso efecto, y concibió una receta irresistible. No repetiré aquí las proporciones; es poco probable que ninguno de mis lectores intente preparar la mixtura.

Se necesitaban los siguientes productos:

Oro	Jacintos	Coral rojo
Raíz de áloe	Esmeraldas	Limaduras de marfil
Madera de sándalo	Rubíes	Corazón de ciervo
Perlas	Topacios	Ámbar gris
Zafiros	Coral blanco	Moschus

Estos valiosos ingredientes debían ser reducidos a polvo, mezclados con aceite de limón y de romero, endulzados con azúcar, y del brebaje debía tomarse media cucharada después de cada baño.

Después de breve lapso, se observarían los resultados: la floreciente primavera de la juventud reemplazaría al gastado y seco invierno de la ancianidad. El proceso debía ser repetido cada siete años. Quien lo siguiera concienzudamente recuperaría su juventud una y otra vez.

El incrédulo que astutamente preguntara por qué el gran alquimista no había probado personalmente el milagroso elixir, y por qué no lo vemos en nuestro propio siglo como prueba maravillosa de la grandeza de la medicina medieval, recibiría contundente respuesta: Arnaldus Villanovanus ciertamente lo hubiera hecho, si se le hubiese dado la oportunidad. Pero, desgraciadamente, la nave en que viajaba de Sicilia a Génova naufragó, y el alquimista se ahogó en el mar.

3.

A mediados del siglo XVIII inflamó a París una nueva perspectiva de rejuvenecimiento.

¿Por qué buscar la fuente de la eterna juventud en Bimini, cuando se hallaba aquí mismo, al alcance de nuestras manos? La sangre, el fluido vital, estaba presente por doquier; circulaba en la venas de los jóvenes. Bastaba utilizarla en beneficio de los ancianos... aún quedaría buena cantidad para sus propietarios originales.

Robert Desgabets fue el primero que concibió la idea de la transfusión de sangre. Sólo se ocupó del aspecto teórico del problema; pero pocos años después, en 1664, Richard Lovers, el médico y fisiólogo inglés, efectuó con éxito la operación, utilizando dos perros. La noticia alentó a Jean-Baptiste Denis, médico de la corte de Luis XIV, y el galeno propuso intentar el atrevido experimento sobre la persona de seres humanos.

Se trataba de un torpe tanteo, comparado con las maravillosas hazañas de la medicina moderna. El objetivo final era el rejuvenecimiento; y se creía que se lo alcanzaría extrayendo la sangre envejecida e

introduciendo sangre joven. Las damas de París, tan reacias a envejecer, esperaron muy excitadas el resultado del experimento.

Un jornalero enfermo y anémico se ofreció como conejillo de Indias; afirmó que poco le importaba la posibilidad de un resultado negativo. De todos modos, no podía perder. El doctor Denis practicó primero una transfusión con sangre de cordero; milagrosamente, el paciente cobró nuevas fuerzas. La segunda transfusión también fue un éxito, y Denis se disponía a organizar un hospital consagrado a la “renovación de la sangre”, cuando el tercer paciente murió... probablemente porque su grupo sanguíneo era diferente. La viuda acudió a los tribunales, exigiendo indemnización, y ganó el juicio. El fallo de los jueces prohibió nuevos experimentos del mismo tipo y, lo mismo que en tantos otros casos, aquí acabó otra de las ilusiones de la humanidad.

Pero los mortales, obligados a padecer el invierno de la ancianidad, y a cavilar sobre el recuerdo de antiguas primaveras, no podían resignarse a aceptar el curso natural de las cosas. Se volvieron hacia la Biblia, y repasaron cuidadosamente el pasaje del Libro Primero de los Reyes, en el que se relata

cierto incidente de la vida del rey David:

“Como el rey David era viejo, y entrado en días, cubríanle de vestidos, mas no se calentaba.

“Dijéronle por tanto sus siervos: Busquen a mi señor el rey una moza virgen para que esté delante del rey, y lo abrigue y duerma a su lado, y calentará a mi señor el rey.

“Y buscaron una moza hermosa por todo el término de Israel, y hallaron a Abisag Sunamita, y trajéronla al rey.

“Y la moza era hermosa, la cual calentaba al rey, y le servía, mas el rey nunca la conoció.”

El texto bíblico nada dice del método de rejuvenecimiento; probablemente se esperaba que el viejo rey se sintiera reconfortado por el espectáculo de la juventud que de ese modo se le administraba; de modo que, gracias a una antigua superstición médica, Abisag fue utilizada también como... ¡botella de agua caliente!

Pero el inocente texto- pues él “no la conoció”- despertó considerables esperanzas en los viejos y en los enfermos. La historia de Abisag la Sunamita condujo a la extraña moda del sunamitismo.

Conoció su apogeo en el París del siglo XVIII, cuando la moralidad de la época y el espíritu del

siglo se hallaban en el punto más bajo, y los caballeros decrepitos alentaban la esperanza de recuperar su virilidad mediante esta cura tan peculiar.

El informe más detallado se encuentra en las memorias de Rétif de la Bretonne, el extraño personaje en cuyas obras- más extrañas aún- se delinea la geografía, la fisiología y la ética de las noches de París. El nombre de la proveedora de sunamitas que desempeñaban el papel de “botellas de agua caliente” era madame Janus. En su “instituto” esta mujer tenía cuarenta jóvenes bien adiestradas. El precio de una cura era dieciocho francos, la muchacha recibía seis, y madame Janus doce. La cura completa duraba veinticuatro días... mejor dicho, veinticuatro noches. Tres parejas de muchachas atendían el servicio, y se turnaban cada ocho días. La inteligente empresaria cuidaba los detalles: una de las muchachas era morena, y la otra rubia. Ni siquiera el más estricto moralista hubiera podido objetar el asunto, pues sólo se empleaban jóvenes de irreprochable reputación y perfecta inocencia. De acuerdo con la concepción “científica” general, únicamente doncellas estaban en condiciones de suministrar la cura... de lo contrario, podía temerse que hicieran más mal que bien. Para mayor seguridad, el cliente deposita-

ba como garantía una suma importante; si no cumplía las reglas, perdía el depósito.

La concepción de la sunamita descubrió otro medio de avivar el fuego de la vida y de encender la llama del entusiasmo. En resumen, la idea era utilizar el aliento humano para restaurar el vigor y la virilidad del ser humano.

En su libro *Syntagma inscriptionum antiquarum*, Tomás Reinesius, el famoso anticuario (1587-1667), describió una extraña y antigua piedra conmemorativa. Fue hallada por un arqueólogo de Boloña, de nombre Gommarus. La inscripción decía:

AESCULAPIO. ET. SANITATI.
 L. CLODIUS. HERMIPPUS.
 QUI. VIVIT. ANNOS. CXV. DIES. V.
 PUELLARUM. ANHELITU.
 QUOD. ETIAM. POST. MORTEM.
 EIUS.
 NON. PARUM. MIRANTUR. PHYSICI.
 JAM. POSTERI. SIC. VITAM. DUCITE.

es decir, se trataba de una piedra conmemorativa erigida por L. Clodius Hermippus en honor de Esculapio y de Sanitas. Hermippus vivió hasta la ma-

dura edad de 115 años y 5 días, gracias al aliento de las muchachas jóvenes, y los médicos cavilaron mucho sobre el caso, aun después de la muerte de este personaje. ¿Por qué la posteridad no podía vivir del mismo modo?

Además, el método era mucho más agradable que el de Cornaro, que pasó toda su ancianidad con dos yemas de huevo diarias.

Pero, ¿quién era este Hermippus? ¿Dónde vivió? ¿Y cuándo? Y, sobre todo, ¿cómo aplicó la cura del aliento rejuvenecedor?

Los arqueólogos poco se preocuparon por la solución del misterio; sólo les interesaba descifrar la inscripción.

Heinrich Cohausen, médico de Münster, dio la respuesta en su famosa obra, *Hermippus redivivus*, publicada en numerosas ediciones y traducida a varias lenguas. (La edición original fue publicada en latín, en la ciudad de Francfort, el año 1742. La edición alemana popular llevaba este título: *Der wieder lebende Hermippus oder Curiöse Physicalisch-Medizinische Abhandlung von dér seltenen Art sein Leben durch das Anhauchen Junger Mádgdchen bis auf 115 Jahr verlangern aus einer Römischen Denckmahl genommen, aber mit medizinischen Gründen befestiget etc. von Job. Heinr. Cohausen, 1740 aus*

d. Latein übersetz. Gedruckt in der alten Knaben Buchdruckerey, Sorau, Hebold, 1753. (Hermippus redi-vivo, o un extraño ensayo físico-médico sobre el curioso método destinado a prolongar la vida hasta la edad de 115 años mediante el aliento de jóvenes doncellas, tomado de un monumento romano, pero apoyado con razones médicos, etc. por Johann Heinrich Cohausen, y ahora traducido del latín.)

De acuerdo con el doctor Cohausen, el caso de Hermippus era bastante verosímil. Pues la ciencia (como el autor lo demuestra con acopio de citas) considera que el aire que los pulmones expelen está saturado de toda suerte de emanaciones y de átomos absorbidos en el interior del cuerpo, y producidos por la sangre y por otros líquidos del organismo. De acuerdo con la experiencia, el aliento del enfermo es infeccioso, porque lleva la simiente de la enfermedad. Por otra parte, si esta premisa es cierta, también debe serlo la contraria; el aliento de una persona sana contiene elementos sanos, vigorizadores y, si dicho aliento es inhalado por otros, esos elementos ingresarán en la sangre, la refrescarán y acelerarán su circulación.

Todo esto era especialmente aplicable, continuaba el razonamiento, al caso de las muchachas

jóvenes y sanas, No estaban tan alejadas del momento en que nacieron; es decir, del instante en que traen al mundo el más poderoso bálsamo vivificador, que después se agota paulatinamente, a medida que se desarrolla la vida de la mujer. No cabe duda de que el aliento y las exhalaciones de las muchachas poseen gran cantidad de este elemento esencial; y que el mismo, al entrar en el torrente sanguíneo del anciano, renueva su sangre cansada y gastada, y acelera el movimiento del pulso.

Naturalmente, el paciente debe seguir un sistema de vida adecuado y aplicar una dieta higiénica, pues en sí mismo el aliento de una joven no es suficiente para sostener al organismo... aunque es verdad, como lo afirman ciertos escritos misteriosos, que el aire contiene elementos nutritivos. Así, Plinio relata que en el extremo más alejado de la India viven hombres que carecen de boca. No comen ni beben, y se nutren con el aire que inhalan por la nariz, con el perfume de raíces y de flores, con el aroma de las manzanas silvestres. Hermolaus Barbarus menciona el caso de un romano que vivió del aire durante un período de cuarenta años. Olimpiodoros, el gran neoplatónico griego, habla de un hombre que vivió sin comer ni beber, sustentándose

simplemente con los elementos nutritivos del sol y del aire. Y todos los naturalistas conocen el ejemplo del avestruz, que vive exclusivamente del aire, con cuyo alimento algunos aún engordan (Cohausen olvidó citar el camaleón, el cual- de acuerdo con la creencia de los antiguos- también vivía exclusivamente de aire.)

Pero es preciso no extremar las cosas, pues los datos de ciertos autores no son muy fidedignos. Afírmase que un hombre a punto de morir puede reaccionar si se colocan algunas gallinas bajo el cuerpo del moribundo. Cuando el peso de su cuerpo ha provocado la muerte de las gallinas, el “espíritu vital” de las infortunadas aves pasa al organismo enfermo y lo revive. Tampoco es muy probable que las golondrinas, cuando abandonan los países septentrionales, se retiren a pasar el invierno a ciertas cavernas en la costa del mar, donde sobreviven sin comer ni beber hasta la llegada de la primavera. Según la misma versión, las golondrinas se mantienen muy juntas, y se alimentan mutuamente del “aliento vital”. Además, si fuera cierto que en España existen hombres conocidos bajo el nombre de salutores, que curan curan las heridas soplando sobre ellas, dicha práctica no tendría nada que ver

con la ciencia médica y debería considerársela magia negra.

El médico de la corte del obispo de Munster incluyó en su libro otras muchas citas. Menciona al humanista Marcilius Ficinus y al gran Bacom de Verulam; y resumiendo la opinión de los sabios, llega a la conclusión de que Hermippus había alcanzado realmente la edad de 115 años y 5 días. Sin duda, había llegado a tan madura ancianidad gracias al aliento de las jóvenes.

El doctor Cohausen también resolvió el enigma del m'todo seguido por el viejo romano para obtener durante tantas décadas la necesaria provisión de aire; después de todo, las muchachas se casan o envejecen, o sufren variadas vicisitudes. La respuesta era fácil: Hermippus había sido seguramente director de un orfanato. Para demostrar su teoría. El médico de Munster cita a Bacon, que en su libro *Silva Silvarum* publicó una observación en el sentido de que los retóricos y los sofistas consagrados a la enseñanza de la juventud, vivían todos hasta edad madura. Gorgias, Isócrates, Pitágoras... todos continuaron enseñando hasta edad centenaria, hazaña que debieron exclusivamente a la capacidad renovadora del aliento juvenil.

El libro del doctor Cohausen tuvo un éxito que no fue sólo literario. Cuando se publicó la edición inglesa, algunos médicos londinense aplicaron a sus pacientes el método de Hermippus. Por lo menos uno quiso realizar un experimento personal, y alquiló una habitación en un colegio de señoritas, con el fin de inhalar constantemente el aliento de las niñas.

Pero la bella burbuja estalló al poco tiempo.

El doctor Cohausen confesó que no tenía la menor intención de aplicar el método rejuvenecedor de Hermippus. Simplemente se había burlado del mundo con su exitosa mistificación científica. Quizás fastidiaban al inteligente médico las innumerables supersticiones que se disfrazaban de ciencia, y eligió esta forma para ridiculizar a los pomposos impostores. Y también es posible que no lo moviera ningún propósito particular, y que concibiera la broma sólo para divertirse.

Pero Bacon estaba en lo cierto cuando dijo que la juventud, la belleza, y la salud, si bien no transmitían el espíritu de la vida, por lo menos contenían la vida del espíritu, y por consiguiente rejuvenecían también al cuerpo. Naturalmente no era esta la juventud que perseguían tan tenazmente quienes so-

ñaban con el Elixir de la Vida, pero aún sus débiles reflejos constituyen recompensa suficiente.

4.

Si el alquimista podía preparar en sus alambiques y retortas una poción capaz de crear la eterna juventud- es decir, si era capaz de vencer a la muerte- ¿por qué no habría de alcanzar el éxito en el otro extremo de la línea vital, allí donde se dibuja ante nosotros el eterno interrogante del nacimiento? ¿Por qué, razonaban los incorregibles soñadores, no podíase crear vida artificialmente?

El homunculus, el ser humano creado por el hombre, comenzó con Paracelso a rondar las cuevas de los alquimistas. Hasta entonces sólo existían vagas concepciones. Paracelso suministró las primeras instrucciones detalladas sobre el método a seguir. Este hombre fabuloso, en cuyo cerebro pareciera que se hubiesen combinado una docena de formas intelectuales- que fue ora médico de éxito, ora charlatán, ora brillante inventor, o confuso adepto de las ciencias ocultas- resumió en su obra *De natura rerum* los conocimientos de la época sobre el ho-

homunculus:

“Se ha discutido mucho si la naturaleza y la ciencia nos han dado los medios de crear un ser humano sin ayuda de mujer. En mi opinión, es empresa perfectamente posible y que no contradice las leyes naturales. He aquí cómo debe procederse: colóquese buena cantidad de simiente humana en un alambique. Una vez sellado éste, se lo mantendrá durante cuarenta días a una temperatura igual a la temperatura interior del caballo” (es decir, debía enterrarse el alambique en estiércol de caballo) “hasta que empiece a fomentarse, a vivir y a moverse. En ese punto ya tendrá forma humana, pero será transparente e insustancial. Durante otras cuarenta semanas deberá ser alimentada cuidadosamente con sangre humana y mantenida en el mismo lugar cálido, y al cabo de ese período se tendrá un niño vivo y auténtico, como el que nace de mujer, pero mucho más pequeño. Es lo que denominamos homunculus. Debe ser atendido con cuidado y diligencia, hasta que crezca lo suficiente, y comience a mostrar indicios de inteligencia.”

El resto se halla envuelto en la bruma característica de Paracelso. Pero en definitiva resulta que el homunculus debe ser considerado una criatura útil;

pues como debe su existencia al saber científico, todo lo conoce sin necesidad de educación, está familiarizado con los más recónditos secretos de la Naturaleza, y puede ayudar a sus amos en la realización de hazañas portentosas.

El gran charlatán sin duda estaba satisfecho con su propia erudición, y no necesitaba la ayuda de estos muñecos artificiales, pues los biógrafos no señalan la presencia de un homúnculo entre los miembros de su familia. Los alquimistas que le siguieron tampoco aluden a la realización de experimentos con niños fabricados en tubos de ensayo.

Sólo conocemos un caso, en el que no uno sino diez homunculi fueron creados en el taller del alquimista.

Un hombre llamado Kammerer, secretario del conde Francisco José Kueffstein (1752-1818), ofrece una reseña detallada, desde 1773 en adelante, de los gastos, los ingresos, los viajes y los actos cotidianos de su amo (Este diario fue publicado por primera vez en el almanaque oculista *Le Sphinx*, y posteriormente fue reimpresso por Jean Finot en su obra *La philosophie de la longevité*. Kueffstein fue un rico propietario y alto funcionario de la corte de Viena). El diario relata con el mismo seco estilo

asuntos tan diversos como el costo de las posadas y del polvo arroz utilizado en las pelucas, o el método de creación de los diez homúnculos.

De acuerdo con esta crónica, durante sus viajes a Italia el conde Kueffstein conoció el abate Geloni. Este se sentía tan atraído como el propio conde por los misterios de los Rosacruces. Los dos hombres se encerraron en el taller de Geloni, y pasaron cinco semanas explorando día y noche los misterios de la vida. Tan tenaz laboriosidad se vio coronada por el éxito: cierto día las criaturas de la ciencia comenzaron a agitarse en los alambiques. Con sus propios ojos el sorprendido secretario vio diez homúnculos: un rey, una reina, un arquitecto, un monje, un minero, una monja, un serafín, un caballero, un espíritu azul y otro rojo.

Cada uno de ellos se hallaba en un recipiente de medio galón, lleno de agua y cuidadosamente sellado. Los recipientes fueron llevados al jardín y enterrados en un cantero. Por espacio de cuatro semanas se regó el cantero con cierto misterioso cocimiento, después de lo cual comenzó a fermentar. Esta fermentación ejerció sin duda considerable efecto sobre las pequeñas criaturas, pues comenzaron a chillar como ratones. Al vigésimo noveno día

se desenterraron los alambiques, y fueron llevados al taller, y después de unos pocos días de “tratamiento complementario” Kammerer pudo ver otra vez a sus nuevas relaciones.

Quedó sorprendido del cambio que habían sufrido. Habían crecido, estaban más desarrollados, y era fácil discernir las características de la vida futura. Los hombres tenían barba, y las mujeres poseían encanto y belleza. El abate les había suministrado ropas, el rey tenía corona y cetro, el caballero espada y lanza, y la reina un costoso collar.

Pero a medida que crecían, aumentaban las dificultades. Era necesario alimentarlos cada tres días, de acuerdo con cierta receta secreta, y en cada ocasión había que sellar los recipientes, pues los cautivos revelaban creciente inclinación a huir. En todo caso, revelaban mal carácter; en cierta ocasión, mientras recibía su alimento, el monje mordió el pulgar del abate (¿Antagonismo profesional?).

Hasta aquí, las anotaciones de Kammerer parecen imitación exacta de los cuentos fantásticos de E.T.A. Hoffmann o de Edgar Allan Poe. Pero ahora un dato real: el conde regresó a Viena y presentó sus “criaturas” a la logia rosacruz local. El secretario no da detalles de la notable exhibición; sólo dice

que uno de los espectadores fue expulsado por el conde porque se atrevió a llamar a los homúnculos “horribles escuerzos”. Además, menciona a un conde Thun que creyó todos los dichos y hechos de Kueffstein, y posteriormente colaboró en los experimentos realizados por este último. Este conde Thun era bien conocido entonces en Viena. Era un “médico milagroso”, y se afirmaba que curaba a sus pacientes sólo con tocarlos. Su carrera concluyó en Leipzig, el año 1794, cuando se reunió en su sala de espera enorme número de pacientes, de modo que le fue imposible atenderlos a todos. Para resolver el problema, se limitó a vendarles los ojos, y ordenó a sus ayudantes que ejecutaran las maniobras habituales. Pero se descubrió el engaño, y el conde desapareció de la vista del público.

Pero volvamos al diario.

A medida que los homunculi envejecían, se tornaban cada vez más rebeldes. Antes solían iluminar a su amo con lecturas discretas y ofrecían muchos sabios consejos. De pronto, todo cambió. El rey sólo quería hablar de política; la reina sólo se interesaba por asuntos de etiqueta; el minero se ocupaba exclusivamente de problemas del mundo subterráneo. Y si estaban de mal humor, molestaban al con-

de con declaraciones burlescas y sin fundamento. El pobre conde estaba bastante deprimido. En cierta ocasión quiso preguntar al monje cómo podía hallar un manuscrito de Paracelso que se había extraviado... y ocurrió un terrible accidente. El alambique se le deslizó entre las manos, se rompió en pedazos, el monje cayó al suelo y se hirió gravemente. En vano trataron de salvarlo, de lograr que reaccionara; aún los poderes magnéticos del conde Thun fracasaron, y el pequeño monje murió. Con cartulina negra le prepararon un ataúd, lo enterraron en el jardín, y su padre adoptivo derramó amargas lágrimas.

Pero eso no fue todo. Cierta día Kammerer echó una ojeada al taller, y comprobó con horror que el rey había escapado de la prisión de vidrio, y trataba afiebradamente de quitar el sello que cubría el recipiente de la reina. El secretario dio la voz de alarma, acudió velozmente el conde, y juntos iniciaron la caza del enamorado homunculus, que saltaba de un mueble a otro, revolviendo salvajemente los ojos. Consiguieron capturarlo cuando cayó rendido de cansancio. Y aun entonces consiguió morder la nariz del amo y causarle una fea herida.

El propietario de la familia homuncúlea debió sufrir otra desilusión. No podía resignarse a la pér-

dida del monje. Con la ayuda de conde Thun inició un nuevo experimento: se trataba de crear un almirante. El almirante artificial fue creado con todas las reglas del arte, pero alcanzó apenas el tamaño de una pequeña sanguijuela, y falleció al poco tiempo.

Aquí el diario del secretario guarda silencio sobre el desenlace de la situación. No sabemos cómo concluyó la cría artificial de seres humanos. De acuerdo con el almanaque ocultista, el conde Kueffstein cedió a los ruegos de su esposa, profundamente conmovida por el “sacrilegio”, y disolvió esta familia tan poco natural. Ignoramos cómo lo hizo, y qué destino les dio.

Tampoco conocemos la respuesta a un interrogante de mayor importancia: Esta fantástica historia, ¿tenía algún fundamento? ¿O fue pura invención del secretario? Si se trata de esto último, ¿qué propósito lo guió? Los adeptos de Paracelso creían en la verdad de todo el relato: de acuerdo con ello, Kueffstein había seguido las instrucciones del gran alquimista, y de ese modo había creado los Paracelso, homunculi. Otros, aunque fieles admiradores de consideraban muy aventurada la teoría de los homúnculos. Es imposible, decían, desafiar tan audazmente las leyes de la Naturaleza. Por otra parte,

argüían, todo indica que las pequeñas criaturas no eran otra cosa que los espíritus elementales que desempeñan tan importante papel en las enseñanzas de Paracelso. Son criaturas sobrenaturales pero transitorias: sujetas a las leyes de la Naturaleza, seres intermedios entre los humanos y el auténtico mundo de los espíritus.

Esta explicación es tan clara en su propia oscuridad, que nos sentimos inclinados a aceptarla; pero hay un detalle que nos mueve a vacilación: la vejiga de vaca con que se sellaban los recipientes. Recuerdo las antiguas ferias, en Europa Central, que solía frecuentar cuando era niño, y Minimax, el diablillo encerrado en un tubo de vidrio... un espectáculo que siempre me atrajo poderosamente. “¡Minimax, cumple tu deber!” ordenaba el amo, y el diablillo se hundía hasta el fondo del recipiente, otra orden, y el muñeco subía rápidamente. En las ferias francesas se daba al juguete el nombre de diable cartésien, aunque no se sabe de cierto que el inventor haya sido Descartes. La esencia del truco consiste en colocar el pequeño juguete en un recipiente lleno de agua hasta el borde, equilibrándolo hasta que flote. El interior del muñeco está lleno de aire, que ha absorbido a través de un agujero en el estómago. Se

sella el recipiente con una vejiga de vaca. Si alguien presiona la vejiga con el dedo, el agua desplazada llena el estómago de Minimax; aumenta el peso, y el muñeco se sumerge. Cuando desaparece la presión, el aire desplaza el agua, y el obediente diablillo vuelve al lugar original.

Podemos suponer, naturalmente, que el conde Kueffstein trajo de Italia el juguete, y con el fin de mantener el secreto del asunto engañó a su propio secretario. Pero, ¿cómo es posible que uno de los Minimax-homunculi escapara de la prisión y empezara a correr entre los muebles de la habitación?

Creo que he hallado la respuesta en la trágica historia de los procesos por brujería. En junio de 1603, el parlement de París sentenció a una mujer llamada Marguerite Bouchey a ser quemada en la hoguera. Se la acusaba de mantener en su casa un demonio familiar, una mandrágora viva, y de cuidarla y alimentarla. Sometida a tortura, la infortunada mujer confesó que los cargos eran ciertos, su anterior patrón le había regalado el incubus. Era un trasgo repugnante, de pequeñas proporciones, parecido a un monito muy feo...

El “rey” enamorado del conde Kueffstein era probablemente una adquisición realizada en Italia, el

mono amaestrado de algún saboyardo errante. El abate Geloni instruyó al conde, no en los misterios de las ciencias ocultas, sino más bien en algunos trucos de magia. El desconcertado secretario hizo lo que habitualmente hace la gente que difunde la nueva de hechos misteriosos: coloreó, agregó y exageró todo cuanto vio, y al fin es posible que él mismo creyera haber visto un Don Juan diminuto en lugar de un monito maligno...

De todos modos, hemos logrado establecer la siguiente premisa: de acuerdo con la enseñanza de Paracelso, era posible crear seres humanos sin ayuda de la mujer. Si esta teoría era correcta, cabía suponer que las mujeres también podrían engendrar niños por vías diferentes de las que prescribe la Naturaleza.

Y la prueba cabal de lo que afirmamos es un fallo judicial. (Publicado en *Curiosités judiciaires*, de B. Waré, París, 1859, pero citado frecuentemente en la literatura alemana del siglo XVII. Aparece, por ejemplo, en *Der Grosse Schauplatz*, Hamburgo, 1649-1652, de G. Plí. Harsdúrffer, en *Relationes Curiosae*, Hamburgo, 1683-1691, de E. G. Happel, y en *Metamorphosis telae judicariae*, Nuremberg, 1684, de M. Abele.)

Ocurrió en la ciudad de Montpellier que un noble llamado Aiguemere entró al servicio del cardenal Valette, y lo acompañó a Alsacia. Después de cuatro años de ausencia, Aiguemere falleció. Por diversas razones, la esposa no pudo seguirlo cuando se incorporó a la corte del cardenal, y permaneció en la casa señorial, donde pasó los cuatro años en honorable reclusión.

Los hermanos del noble fallecido, los señores De La Forge y De Bourg-Le-Mont experimentaron considerable sorpresa cuando, poco después de la muerte de Aiguemere, fueron informados de que su cuñada viuda, lady Madeleine, estaba embarazada. La sorpresa se convirtió en indignación cuando se enteraron del feliz acontecimiento: la viuda había dado a luz un niño. Poco les importaba la moral de lady Madeleine, pero el niño fue inscripto en los registros eclesiásticos como hijo del finado señor Aiguemere, y por consiguiente como legítimo heredero de todas sus tierras y posesiones.

Esto ya era demasiado. Los dos hermanos iniciaron proceso, con el fin de obtener la declaración de ilegitimidad del niño. Poca duda cabía respecto del resultado probable. Como estaba demostrado que la viuda no había visto a su esposo durante

cuatro años, el tribunal declaró que el difunto no podía ser el padre, por lo que el niño fue declarado ilegítimo y excluido de la herencia.

Pero la viuda no aceptó el fallo. Apeló al parlement de Grenoble (en Francia los parlements eran cortes de apelación). Fundó su reclamo en la solemne declaración de que durante la ausencia de su esposo había llevado una vida pura y virtuosa, ningún hombre había entrado jamás en sus habitaciones, y por consiguiente era imposible que un extraño fuera el padre de su hijo. Lo que había ocurrido era fantástico pero real: la mujer afirmó que, poco antes de morir, el esposo la había visitado. No real y físicamente... sino durante el sueño de la dama. De todos modos, este encuentro conyugal había tenido exactamente los mismos efectos que una noche de amor en la vida real. Pronto se advirtieron las consecuencias, y entonces ella había relatado el caso a varios testigos. Por lo cual pedía que se escuchara a esos testigos y a varios expertos.

Y entonces se dio una situación que desconcertó a todos los espíritus sensibles.

El parlement de Grenoble aceptó los testigos.

Las nobles damas Isabel Delberiche, Louise Nacard, Marie de Salles y otras se presentaron a decla-

rar. Afirmaron, bajo juramento, que al principio de su preñez Lady Madeleine les había hablado del sueño milagroso, y que había asegurado que jamás había tenido relación con ningún hombre que no fuera su esposo; por lo cual el niño que esperaba debía ser fruto de este sueño extremadamente vívido.

Esta interesante evidencia fue completada por cuatro parteras: Mesdames Guillemette Garnier, Louise Dartault, Perrette Chauffage y Marie Laimant. Las cuatro femmes sages atestiguaron unánimemente que el fenómeno era muy posible, y que conocían otros casos similares.

El parlement de Grenoble era muy concienzudo, y no se contentó con la opinión de las cuatro comadronas. Llamó a prestar declaración a cuatro médicos prestigiosos, con el fin de escuchar opiniones realmente expertas. Los doctores Denis Sardine, Pierre Mearaud, Jacques Gaffié y Alienor de Belleval declararon, después de madura reflexión, que el caso de Lady Madeleine no era inverosímil. Uno de los argumentos de más peso esgrimidos fue el ejemplo de los harenes turcos, donde (de acuerdo con los expertos) ocurría a menudo que, a pesar del aislamiento en que se hallaban las odaliscas, y de

que el amo no ejercía con frecuencia sus derechos conyugales, las mujeres presentaban de tanto en tanto a su señor los frutos del amor. Según palabras de Harsdórffer, la explicación médica del caso era “inapropiada para oídos virtuosos”.

Estos ponderados testimonios fueron examinados cuidadosamente por el parlement de Grenoble, y se dio sentencia en favor de Lady Madeleine. El fallo decía lo siguiente:

“En vista de las pruebas obtenidas, de las opiniones y de los razonamientos expertos presentados por muchos médicos, parteras y otras personas de valer residentes en Montpellier, sobre la verosimilitud del hecho debatido, el tribunal ordena que el niño en cuestión sea declarado hijo legítimo y heredero del señor de Aiguemere. Además, conjura a los señores De La Forge y De Bourg-le-Mont, como demandantes en primera instancia, a declarar que la arriba mencionada Madame d’Aiguemére es mujer virtuosa y respetable, formulando una atestación por escrito de este hecho después que este fallo haya adquirido validez. Fechado el 13 de Febrero de 1637, etc.”...

Era demasiado. Los hermanos se hubieran resignado a que el bastardo usurpara el título y la pro-

piedad, pero extender un certificado moral a la cuñada adúltera, y convertirse en el hazmerreír de Montpellier... Era evidente que toda la ciudad participaba en una conspiración en apoyo de la viuda. El padre “soñado” había muerto y no podía intervenir; el padre real era seguramente un alto funcionario que movía los hilos de la extraña comedia.

Encolerizados, los dos hermanos apelaron a la suprema autoridad, la Sorbona de París. Aquí los conspiradores de Grenoble y de Montpellier carecían de influencia. La Sorbona anuló el fallo de Grenoble, y lo calificó de “erróneo en el más alto grado”; el “niño del sueño” fue declarado ilegítimo y despojado de su herencia.

¿Y qué decir de las opiniones expertas de los médicos de Montpellier? No es posible criticarlos muy duramente, pues en el siglo XVII, todavía se creía generalmente que el viento podía fecundar la matriz femenina.

Como en tantos casos parecidos, el origen de esta particular teoría biológica se encuentra en la literatura clásica. En su *Georgicón* (111, 271) Virgilio canta a Céfito, el Viento del Oeste, que es capaz de desempeñar el papel del padrillo y de fecundar el vientre de las yeguas. Plinio explica en términos

científicos este milagro, y lo expone con su habitual concisión:

“Es bien sabido que en Portugal, en el distrito de Lisboa y del Tagus, las yeguas escapan del Viento del Oeste y son fertilizadas por él. Los potrillos nacidos de dicha unión son extremadamente veloces, pero no viven más de tres años.” (Lib. VIII, e. 421/2.)

Pierre Bayle, en las notas de su ensayo *Hippomanes*, consideró que este mito merecía detallada discusión. Considerable número de autores latinos (Varro, Solinus, Columella, etc.) tomaron muy en serio la capacidad amorosa del viento. El hecho hubiera tenido poca importancia, pero lo cierto es que este viento lascivo continuó soplando hasta fines del siglo XVI. Entre los muchos representantes de la teoría, Bayle menciona a Louis Carrion, profesor de la Universidad de Lovaina, y firma creyente en los conceptos señalados. Esta irresponsable tradición fue característica del hombre de ciencia encerrado en su gabinete, que prefería creer en la autoridad de un libro antes que en los viajeros que habían visitado Portugal y solicitado en vano ver yeguas fertilizadas por el viento. Nadie las había visto jamás, todas las yeguas afirmaban que sus po-

trillos habían sido engendrados en legítimo matrimonio.

Gradualmente se descubrió el origen de la leyenda. En la antigüedad, los marinos fenicios habían explorado la costa occidental de Iberia, regresando con la noticia de que la suave brisa oceánica fertilizaba el suelo; en los ricos prados pastaban caballos veloces como el viento... como si el viento mismo hubiera sido el padre de tan bellos animales. Alguien confundió los elementos de la metáfora, los mezcló con cierta salsa científica, y los presentó al mundo.

El parlement de Grenoble no se hubiera atrevido a emitir su celebrado fallo si dichas leyendas no hubieran sido consideradas entonces hechos auténticos. Si las yeguas portuguesas habían desafiado las leyes de la Naturaleza, ¿por qué era imposible que una noble dama francesa concibiera en el sueño?

Aproximadamente cien años después, a mediados del siglo XVIII, la Sociedad Real de Londres se ocupó de un caso semejante. No se conocen detalles de la discusión o de sus resultados, pero el asunto fue sin duda muy jugoso, como lo demuestra la amarga sátira escrita por Sir John Hill, enemigo jurado de la Academia, bajo el seudónimo de Abraham Johnson. Fue un libro muy popular y aún llegó

a la biblioteca de María Antonieta. Su título: *Lucina sine concubitu*.

Sir John partía de la concepción científica contemporánea según la cual el aire abundaba en innumerables animalculae, pequeñas criaturas, invisibles al ojo desnudo.

Si entraban en el organismo femenino, cobraban fuerza, y en condiciones favorables se transformaban en seres humanos. Esta era la explicación del incremento de la raza caballar portuguesa, pues el viento del oeste traía considerable cantidad de estos animalculae. El autor, Abraham Johnson, afirmaba haber inventado un artefacto llamado cilíndrico-catoptrico-rotundo-concavo-convex. Con él había extraído del viento cierto número de animalculae, y los había extendido sobre un papel, como si hubieran sido huevos del gusano de seda. Bajo el microscopio se los veía claramente como hombres y mujeres en miniatura, pero bien desarrollados. En interés de la ciencia, había continuado el experimento: obligó a su criada a tragar algunos, mezclados en alcohol... y la muchacha quedó embarazada.

La maligna sátira despojó para siempre a Céfiro de su gloria de semental. Naturalmente, los franceses también se ocuparon del asunto, y un año des-

pués apareció una “sátira de la sátira”, con este sugestivo título: *Concubitus sine Lucina, ou plaisir sans peine* (Londres, 1752).

Uno de los aspectos más divertidos del caso fue que el gran Albrecht von Haller tomó el asunto en serio, y lo incluyó en su *Bibliotibera anatomica*.

El ejemplo de las yeguas portuguesas fertilizó la imaginación de los fabulistas, aunque en el caso de estos últimos la esencia del asunto no era la paternidad del viento, sino más bien la de la nieve. La colección *Cent Nouvelles Nouvelles* (publicada por primera vez en 1432) relata la historia del mercader que regresa después de una ausencia de diez años, y encuentra en su hogar un niño más que los que dejó. La esposa ya ha preparado una explicación: “Juro que no he conocido a otro hombre que tú. Sin embargo, una mañana bajé al jardín para recoger un poco de acedera; arranqué una hoja y la comí. Sobre la planta habla caído un poco de nieve fresca. Apenas la hube tragado sentí lo mismo que las veces anteriores en que quedé embarazada. Es evidente que este bello niño es nuestro hijo.” El esposo era hombre discreto y cauteloso; fingió creer la historia. Esperó unos años, hasta que el niño creció, y entonces lo llevó consigo en viaje de negocios, y lo

vendió como esclavo en África, por cien piezas de oro.

Cuando regresó, su esposa le preguntó por el hijo. “Ay, querida mía”, suspiró el mercader, “cuando desembarcamos en África, el calor era terrible, y nuestro muchacho, que era hijo de la nieve, comenzó a derretirse. Y antes de que pudiéramos prestarle ayuda, se disolvió ante nuestros propios ojos. La anécdota sobrevivió durante siglos; y aún bajo la forma de relato jocoso demuestra que dicha paternidad no era considerada imposible entonces. Posteriormente, Grécourt utilizó el mismo tema en su poema *L'Enfant deneige*. El húngaro Samuel Andrad, en otra versión transformó la acedera en carámbano, como fertilizador más probable.

Uno de los más coloridos ejemplos de paternidad “a distancia” fue utilizado por el famoso novelista magiar Maurus Jokai, en su novela *Un aventurero notorio en el siglo XVII*. Naturalmente, Jokai amplió y desarrolló la historia original, condensada en pocas frases en la fuente que el autor utilizó, la *Rheinnischer Antiquarius*. El aventurero contrajo matrimonio con una muchacha rica de Holanda, que persuadió a su esposo de la conveniencia de viajar a las Indias Orientales, para adquirir fama y riqueza en los tró-

picos. Al cabo de pocos años se elevó a la categoría de alto funcionario y regresé al hogar, donde halló un niño. La esposa ya tenía preparada una explicación: cierta noche en que ansiaba hallarse junto a su esposo, se vio milagrosamente transportada a las Indias Orientales, y retornó al hogar después de breve interludio conyugal. El esposo se comportó sensatamente, y fingió creer el relato; pero poco después la llevó consigo en un corto viaje, y la arrojó a un lugar de arenas movedizas, donde pereció miserablemente.

Puede afirmarse que con esta cita en el sueño se ha completado el círculo: hemos retornado al sueño de la viuda de Montpellier. El relato holandés fue incluido en el libro del erudito Martin Zeiler: *Miscellanea oder Allerley zusammen getragene politische, historische und andere Denckwürdige Sachen* (Nuremberg, 1661). Zeiler, profesor de la Universidad de Ulm, afirmó que poseía informaciones definidas sobre el caso. Había ocurrido en Vlissingen, apenas cuatro años antes de la publicación de su libro; y la viuda en cuestión había sido transportada a las Indias Orientales por los “espíritus benévolos”.

Después de lo anterior, el viaje de la señora Samuel Guppy reviste, hasta cierto punto, carácter de

anticlímax. Afirmóse que la buena señora había realizado su excursión en 1871, y que se había visto “precipitada instantáneamente” de su hogar en Highbury a una casa en la calle Lambis Conduit, a unas tres millas de distancia, donde cayó ruidosamente en medio de una séance. En su libro *Duendes y trasgos sobre Inglaterra.*, dice Harry Price: “Naturalmente, todo el asunto fue un engaño; pero este moderno “tránsito de Venus” (en paños menores, y de un peso de 107 libras) no fue nunca desmentido formalmente. Y, quizás afortunadamente, la excursión nocturna no tuvo otras consecuencias... es decir, la familia Guppy no aumentó.

5.

La ciencia insistió en aclarar el misterioso enigma de la vida humana. Por una parte, intentó crear vida por medios artificiales; por otra, con considerable hybris, procuró convertir a la muerte misma en fuente de vida.

Este proceso recibió el nombre de palingénesis.

Con el fin de comprenderlo, ante todo debemos familiarizarnos con los extraordinarios detalles del

renacimiento del fénix.

En su condición de símbolo, el fénix representaba en el mundo antiguo la inmortalidad, la eternidad. Los emperadores de Bizancio lo utilizaron en ese carácter como elemento decorativo de sus monedas y medallas. Durante siglos los gobernantes europeos utilizaron en sus monedas al ave inmortal, y la convirtieron en representación de los ideales de pureza, perfección y virtud. En 1665, la reina Cristina de Suecia ordenó fundir una medalla con la imagen del fénix. Además, había una inscripción con la siguiente palabra, escrita en letras griegas, y de sonido perfectamente griego: Makellos. Desgraciadamente la misteriosa palabra no pudo ser hallada en ningún diccionario. Los filólogos cavilaron e investigaron, pero sin el menor éxito. La reina esperó cierto tiempo, y al cabo, reveló muy regocijada el misterio: no se trataba de una palabra griega, sino alemana. Makellos significa simplemente “inmaculado”.

Con respecto a la apariencia del fénix, todas las descripciones coinciden en que era un hermoso pájaro. Su forma era parecida a la del ave del paraíso, pero de proporciones considerablemente mayores... como las de un águila bien desarrollada. Tenía la

cabeza y el cuello dorados, y el plumaje del pecho era azul brillante; el cuerpo estaba cubierto por plumas rojas, amarillas y verdes, y la larga cola recorría toda la gama del anaranjado claro al púrpura. Este acuerdo universal sobre la descripción del fénix era tanto más notable cuanto que nadie lo había visto nunca con sus propios ojos. Sin duda alguien había imaginado, al principio de la leyenda, el aspecto probable del glorioso pájaro, y esta descripción imaginaria había pasado de un libro a otro, más o menos como un pájaro salta de rama en rama.

El lugar donde ocurría el milagro del renacimiento había sido siempre Egipto, en el templo del dios Sol, en Heliópolis. Cuando el pájaro sentía que había llegado el momento, se acercaba desde el este con ruidoso batir de alas, amontonaba perfumadas hierbas secas sobre el altar del dios Sol, y se acostaba en el nido así formado. Los rayos del sol, reflejados por el brillante plumaje, incendiaban el nido, y el fénix se convertía en cenizas. Al día siguiente, de las cenizas emergía un gusanito, que comenzaba a crecer, y echaba plumas, pocos días después el nuevo pájaro aparecía completo, perfecto en todos sus detalles, echaba a volar, y comenzaba una nueva etapa de su vida, en verdad inmortal.

Los autores griegos y latinos estimaban que los “cielos vitales” del fénix inmortal duraban de 500 a 540 años. Las 3214 fuentes egipcias eran más precisas: de acuerdo con estas últimas, el fénix llegaba cada seiscientos cincuenta y dos años al templo del dios Sol, para consumirse en el fuego. Afírmase que fue visto durante el reinado del faraón Sesostris, en 2555 a.C., luego durante el reinado de Amós, en 1904 a.C. y así sucesivamente. De acuerdo con estos datos, los astrónomos modernos han llegado a la conclusión de que los 652 años de vida del fénix (es decir, el llamado período del fénix), correspondían al tiempo transcurrido entre dos pasajes de Mercurio por las órbitas del Sol. De modo que el fénix no habría sido otra cosa que un símbolo astronómico, un jeroglífico que señalaba el tránsito de Mercurio.

Por lo tanto, el “gusano” fue seguramente una simple abreviatura, que surgió del polvo de viejos libros, y se transformó en deslumbrante pájaro en la imaginación de poetas y fabricantes de mitos. Por otra parte, hemos de reconocer que no todos los hombres cultos creían en la tradición del fénix. Hubo escépticos que, a pesar de que no estaban en condiciones de descubrir el origen del mito, hallaron argumentos de peso para oponerse a la existen-

cia del pájaro milagroso. Apelaban a un sencillo argumento: de acuerdo con la Biblia, Noé embarcó en el Arca un macho y una hembra de cada especie; por consiguiente, los animales que sobrevivieron al Diluvio sólo pudieron reproducirse de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. Y esta premisa se oponía absolutamente a cualquier mito alusivo a un pájaro que nacía o renacía de sus propias cenizas, pasando por un estado intermedio de gusano.

No es éste el lugar apropiado para analizar esa explicación científica o seudocientífica. Pero quien alguna vez haya mirado desde una altura en dirección a las pirámides de Egipto, y contemplado la puesta del sol en el desierto, con sus ardientes colores, comprenderá fácilmente el mito del fénix. Pues este espectáculo cotidiano es uno de los más prodigiosos fuegos artificiales ideados por la Naturaleza. Se diría que el sol poniente ha incendiado el desierto, y que las llamas alcanzan al cielo, tiñéndolo de rojo. Es fácil advertir que la imaginación de los hombres primitivos pudo interpretar este espectáculo celestial afirmando que el sol se quemaba en su propio fuego, para renacer al día siguiente...

Pero los hombres eruditos de siglos pasados rara vez abandonaban sus gabinetes. Los viejos tomos

encuadrados en cuero formaban impresionantes hileras, y contenían el testimonios de grandes y famosos predecesores. Alguien había efectuado la descripción del fénix; otro lo había seguido; y luego un tercero, y al fin se contaban decenas y centenas de “testigos”. Y si veinte sabios, o cien afirmaban algo, sin duda era verdad...

Sin embargo, el fénix también abrió paso a la teoría de la palingénesis.

Al principio, la ciencia no quiso acometer la tarea de obtener hombres del polvo. Cuando mucho, procuraba hacerlo con algunas flores. Nada se pierde en la Naturaleza, decían los soñadores de la ciencia. Si la reina de las flores, la magnífica rosa, era reducida a polvo mediante un proceso adecuado, en las cenizas aún se hallaban las sales propias de la flor viva. En cada grano de sal sobrevivían todos los elementos constituyentes de la planta... exactamente como en la semilla. Por lo tanto, las sales debían ser extraídas químicamente de las cenizas, y después de depositarlas en un alambique, puestas al fuego. Bajo la influencia del calor, estos elementos se separaban de las sales y se unían con arreglo a las “leyes de la simpatía”. La rosa crecería ante nuestros propios ojos, echaría brotes, y finalmente aparecería en toda

su belleza la flor completamente desarrollada. La única diferencia residía en que esta flor artificial no era otra cosa que el fantasma, el espíritu abstracto de la original. Y cuando se apartara del fuego el alambique, la flor recreada artificialmente comenzaría a encogerse y desaparecería.

Esta era la teoría. Pero, ¿alguien había logrado descubrir el “proceso apropiado” para revivir una flor muerta?

Afirmase que sí. El testigo es Sir Kenelm Digby, autor inglés, comandante naval y diplomático; hombre que había servido sucesivamente a Carlos I, a Cromwell y a Carlos II; amigo de Descartes, y autor de gran número de libros y folletos.

Sir Kenelm no afirmó haber sido testigo presencial: su testimonio es de segunda mano. Cita a André Duchesne (o, según el nombre que se le daba en el mundo de la ciencia, Andreas Quercetanus) el “padre de la historia francesa”, que con sus propios ojos había visto doce botellas selladas en el taller de un alquimista polaco. Una contenía las cenizas de una rosa, la otra las de un tulipán, y así por el estilo. El polaco colocaba las botellas sobre un fuego moderado, y al cabo de pocos minutos aparecían las flores milagrosas. Cuando retiraba del fuego los re-

cipientes, las flores quedaban reducidas a cenizas.

¿Quién era este alquimista polaco, y dónde practicó su magia? Ni Digby ni su fuente original aclaran estos interrogantes. Pero todos los que posteriormente escribieron sobre la palingénesis citan religiosamente el testimonio de los médicos francés e inglés, y a través de estos, los resultados obtenidos por el misterioso polaco. Y hay buen número de obras que tratan la teoría y la historia de la palingénesis: desde *Curiosités de la nature* (París, 1753), del abate de Vallemont, a *Histoire critique des pratiques superstitieuses* (París, 1702), de Pierre Lebrun; desde *Aufschlüsse zur Magie* (Munich, 1806), de Karl von Eckartshausen, a *L'alchimie et les alchimistes* (París, 1860), de Louis Figuier. Pocos autores se remontan a Quercetanus; la mayoría se consideran felices de utilizar el trabajo de Sir Kenelm *Discours sur la végétation des plantes* (1661), conocido de los autores continentales por el título de la traducción francesa.

Otro testigo citado con frecuencia fue Athanasius Kircher, el erudito jesuita romano. Afirmábase que también él había logrado revivir una flor reducida a cenizas. La mostró a la reina Cristina de Suecia, pero una noche de invierno dejó en la ventana

el recipiente, y una helada imprevista quebró el cristal. Digby atestigua la verdad de la historia. “Kircher me explicó el secreto del proceso”, escribe, “pero entonces yo me hallaba ocupado en asuntos de más peso, y no realicé personalmente el experimento”.

Una verdadera lástima. Y lo peor es que Sir Kenelm no se mostró tan comunicativo como aparentemente lo fue el padre Kircher; no publicó el importantísimo secreto: a saber, cómo recrear animales (animales reales, vivos y comestibles) a partir de las cenizas.

Pues Digby aseguraba que lo habla logrado. Eliigió una magnífica langosta viva y, utilizando su propio método secreto, la cocinó, la hirvió, la remojó y la curó, hasta que quedó reducida a cenizas de langosta, embebidas en las sales que constituían la base de su renacimiento. Continuó torturando estas cenizas, hasta alcanzar éxito; de las cenizas salieron pequeñas langostas, y crecieron, se desarrollaron y engordaron, para suministrar al fin la materia prima de un plato muy sabroso.

En realidad, al reservarse el secreto, Sir Kenelm adoptó una actitud muy egoísta... ¡sobre todo si se considera el precio actual de la langosta! Otros de-

mostraron mayor espíritu de solidaridad, y ofrecieron al mundo el resultado de sus investigaciones. En el segundo volumen de la obra de Eckartshausen hay por lo menos treinta recetas sobre el modo de “recrear” plantas y animales a partir de sus respectivas cenizas. Infortunadamente, ninguna de ellas servirá para dar variedad al menú de la familia común. Los consejos incluidos en el libro se refieren a la recreación o renacimiento de jefenes, escorpiones, serpientes y lombrices de tierra. Tomemos un ejemplo: las lombrices de tierra son muy pequeñas al principio, pero si se les suministra una abundante dieta de tierra, se convierten en especímenes gigantes.

Si el lector no tiene interés por las lombrices de tierra o por los escorpiones, puede intentar el siguiente experimento: tome un pollo joven, colóquelo en un alambique, redúzcalo a polvo, selle herméticamente el contenido y entiérrelo. Pocos días después se formará un líquido viscoso, bajo la influencia de la fermentación. Vierta el contenido en una cáscara de huevo vacía, cierre la abertura, deposite el huevo bajo el cuerpo de una gallina, y ésta empollará otro pollito.

Esta absurda *fata morgana* de la palingénesis

poseía efectivamente cierta base real. Las muy discutidas sales se hallaban en las cenizas de la planta, y si el recipiente pasaba repentinamente de un medio frío a otro caliente, es muy posible que sobre el vidrio se formaran ciertos depósitos... como los que forma el hielo sobre el vidrio de una ventana. El resto era fruto de una imaginación lujuriosa y del rumor que cobraba mayores proporciones a medida que pasaba de boca en boca.

El libro del abate de Vallemont trae el grabado en cobre de un gorrión encerrado en un recipiente de vidrio. Fue “creación artificial” de un químico francés llamado Claves; surgió del polvo, y el polvo retornaba, según que se lo mantuviera sobre el fuego o se lo retirara de él. La posibilidad de esta “vida fantasmal” condujo a la ciencia a ciertas conclusiones definitivas. Y tan importante doctrina debe ser tratada con el debido respeto; al fin y al cabo, fue aceptada por hombres serios y eruditos.

Por otra parte, es bien sabido que en los cementerios a menudo aparecen los espíritus de los muertos, vagabundeando entre las tumbas. El pueblo supersticioso cree que dichas apariciones son los propios muertos; otros afirman que cierto demonio cobra esa forma fantasmal y desarrolla un

juego infernal con los mortales. La palingénesis suministró a la ciencia la clave del enigma. Las sales contenidas en el cuerpo humano, y liberadas por la fermentación, se elevaban a la superficie del suelo, y allí, de acuerdo con la ley de simpatía, la sombra del muerto cristalizaba en una aparición visible. Los supuestos fantasmas no eran otra cosa que fantasmas... es decir, desde el punto de vista científico, fenómenos comunes y cotidianos.

Una teoría valiosa, sin duda. Era un golpe mortal asestado a la superstición. Arruinaba (o abrigaba la esperanza de arruinar) el floreciente negocio de los médium y todos los que se dedicaban a evocar el espíritu de los muertos. Después de todo, y de acuerdo con esta explicación, no evocaban a los auténticos espíritus, sino a los falsos... sombras artificiales que se elevaban de las sales del cuerpo humano. Seguramente era el truco al que apelaban todos, desde la Bruja de Endor al último adivino de feria.

¡Lástima grande que la teoría científica fuera por lo menos tan absurda como la superstición a la que se proponía combatir!

IX

LOCURA ERÓTICA

1.

En todos los tiempos hubo pensadores prestigiosos y, hasta cierto punto, moderadamente misántropos, que afirmaron con la mayor seriedad que el amor es una enfermedad- por lo menos, una forma de locura temporaria- y que las personas que la padecen deben ser tratadas como enfermos. El tema ha dado materia para millones de buenos y de malos chistes; ha sido veta inagotable de escritores y dibujantes, actores cómicos y psicoanalistas un tanto frívolos.

Los amantes poco se han preocupado de toda esta agitación, y por supuesto han tenido razón en

proceder así. Pero la noble pasión, el poderoso impulso; la inspiración y la excelsitud del amor a menudo se mezclan con lo risible, y desde el principio de los tiempos la estupidez ha representado cierto papel en las relaciones de los sexos. Aquí no nos ocuparemos del desequilibrio del amor, de la locura que aguijoneó a Orlando en sus años sombríos, del prístino *Trieb* de los pueblos germánicos, sino más bien de las más superficiales tonterías del amor, es decir, de lo que los franceses llaman la *folie erotique*.

2.

En esta esfera no hay motivo para retornar al mundo antiguo, a las crónicas griegas y romanas. Sabemos que el amor, en el sentido que se le atribuye modernamente, era casi completamente desconocido en el período precristiano. En su carácter de madre de la familia, la mujer era objeto de gran respeto; se la colocaba sobre un pedestal, donde se la dejaba en paz. Y, ciertamente, jamás se la perseguía. En el seno del matrimonio, poco se hablaba de amor. Si el hombre deseaba diversión y estímulo, se

volvía hacia la hetaira... y, salvo escasas y brillantes excepciones (una Aspasia, por ejemplo) jamás buscaba ni hallaba en ellas alguna forma de realización espiritual.

El amor según lo entendemos hoy (suponiendo que realmente entendamos de qué se trata) se desarrolló en el período de la caballería. Ello se debió en parte a la influencia alemana, pues en el Norte las mujeres gozaban de mayor libertad, y en parte al culto de la Virgen, que abrió los ojos de los hombres a las posibilidades femeninas, más allá de lo que era la simple reproductora o la meretriz. Ante todo, debemos definir el carácter del amor en la época de la caballería. Nada mejor, con ese fin, que citar a Karl Wienhold, cuya obra *Die deutschen Frauen in dem Mittelalter* (Las mujeres alemanas en la Edad Media), aunque publicada hace cerca de cien años, todavía constituye el principal trabajo sobre el tema:

“La época de la caballería creó la institución del *Frauendienst* (servicio o culto de las mujeres). Regulaban la vida del caballero normas diferentes de las que eran propias de la vida normal y comunal; distintos eran su código de honor, sus tradiciones y sus costumbres. La meta de la vida del caballero era demostrar su virilidad y su valor mediante actos de

audacia. Esta actitud fomentaba el espíritu de aventura, y una de las leyes supremas a que se ajustaba el caballero: la protección al débil, y particularmente a las mujeres. Lo cual, a su vez, se desarrolló finalmente hasta convertirse en el servicio a una sola mujer... Cristalizó en una costumbre convencional, a menudo carente de auténtica pasión, y se convirtió en tradición superficial, la cual, sin embargo, influyó sobre todos los aspectos de la vida... Este servicio caballeresco se cumplía siempre en beneficio de mujeres casadas, pues ellas detentaban el más elevado rango de la alta sociedad. El propósito era simplemente desarrollar un juego entretenido de las pasiones intelectuales y amorosas. El caballero elegía una dama (frouwe) y le ofrecía sus servicios. Para él era una necesidad casi esencial encontrar a la dama y convertirse en su caballero (frouwenritter). Si la dama aceptaba al oferente, éste realizaba todas sus hazañas en nombre de la elegida. Por otra parte, de acuerdo con las leyes de la caballería, la dama no podía aceptar los servicios de otro caballero. Como símbolo de su aceptación, otorgaba al caballero una cinta, un velo o una corona, que él llevaba en el casco o en la punta de la lanza... para que el recuerdo de la dama lo acompañara constantemente en sus

aventuras caballerescas y le inspirara grandes hazañas.”

(Más adelante hablamos del papel peculiar e indiferente que el esposo desempeñaba en todo esto.)

Las tradiciones de la caballería francesa también merecen ser mencionadas. Las obras de los trovadores provenzales demuestran que el servicio del caballero tenía varios grados. En el primero de ellos, el caballero alimentaba sus sentimientos en su propio corazón y no se atrevía a confesar su secreto amor (Feignaire). Si había revelado el secreto a la dama en cuestión, pasaba al segundo grado, que era el de peticionante (Pregaire). Si la dama aceptaba el ofrecimiento de servicio caballeresco, el caballero se convertía en “el que había sido escuchado” (Entendeire). Pero antes de alcanzar este grado, debía someterse a un período de prueba, que duraba mucho tiempo... a veces hasta cinco años. Una vez concluido el servicio de prueba, la dama recibía al caballero, transformado ahora en serviteur. No se trataba de un asunto privado, ni de un acuerdo íntimo, murmurado al oído: por el contrario, adoptaba la forma de una ceremonia pública. Y esta ceremonia se ajustaba exactamente a las mismas formalidades que la que establecía un vínculo entre el señor feudal y su

vasallo. La dama se sentaba en un sillón, el caballero se arrodillaba frente a ella, y pronunciaba su voto de caballería con la cabeza descubierta, las manos juntas, como en el acto de orar. Para demostrar su conformidad, la dama tomaba entre sus manos las del caballero, y finalmente sellaba el vasallaje con un beso feudal. El caballero se comprometía a servidumbre; la mujer, en cambio, no tenía ninguna obligación.

“Todo lo que el caballero hacía, ya se tratase de participar en un torneo o de intervenir en una cruzada, lo hacía en nombre de su dama, y por su gloria y bajo sus órdenes. Cuando Hartmann von Aue salió a luchar contra los sarracenos, cantó: “Nadie me pregunte por qué voy a la guerra; pues les diré por mi propia voluntad que lo hago obedeciendo la orden del amor. Nada puede cambiarlo; nadie puede quebrar votos y juramentos. Muchos se vanaglorian de lo que hacen por el amor, pero son vanas palabras. ¿Dónde están los hechos? Verdadero amor es el que impulsa a un hombre a abandonar la tierra natal y a marchar a países distantes. Ved cómo el amor me arranca del hogar, aunque ni siquiera todos los ejércitos del sultán Saladino habrían podido tentarme a partir de Franconia...”

Es verdad que en todos sus actos el caballero abrigaba la esperanza de una recompensa. Esta podía revestir diversas formas. Era considerada una recompensa en sí misma el hecho de que, gracias a su *Frauentienst*, el caballero se elevara sobre el tedio de la vida cotidiana y alcanzara cierto exaltado estado de ánimo (*höchgemuoutsin*).

Albrecht von Johansdorf, un *Minnesänger* del siglo XII, en una de sus canciones pide una recompensa a su dama.

¿Acaso las canciones que te he dedicado y las hazañas que realicé no merecen recompensa?”

“Tranquilízate”, replica la dama. “Recibirás tu recompensa y serás feliz”.

“¿Cuál será mi premio, noble dama?”

“Tu creciente fama y la mayor exaltación de tu espíritu son recompensa suficiente”. Y eso era todo.

Así se acostumbraba despedir al caballero; sin embargo, durante siglos no advirtió que este “espíritu más exaltado” era indicio de una pasión más bien unilateral. El hombre se consagraba, soportaba duras pruebas, recibía heridas en los torneos, iba en peregrinación a Tierra Santa... y mientras tanto la dama se contentaba con aceptarlo todo graciosamente, sin dar absolutamente nada en cambio. Los

historiadores alemanes archivaron estos amores unilaterales bajo el rubro de “amor romántico”, y se complacieron particularmente en la palabra Minne, que era tan delicado rótulo de este inocente y encantador sentimiento. Pero aparentemente todos olvidaban que el romance florecía sólo en el hombre; en todo el asunto, el papel femenino era incoloro e insípido... absolutamente pasivo.

Pero, ¿para qué querían las damas esa adoración? Quizás por la sencilla razón de que se trataba de un galanteo... en lo que a ellas respecta, un galanteo carente de pasión y de sentimiento.

Así como el caballero necesitaba a la dama, ella necesitaba esta excitación de las emociones y de los sentidos, para llevar un poco de color a su vida monótona. Sabemos que durante la Edad Media el fundamento del matrimonio era, en la abrumadora mayoría de los casos, el interés familiar y no el amor. En la elección de esposo, los padres no consultaban a las hijas. A veces, ella encontraba paz y serenidad en esa unión sin amor; pero más a menudo era presa de mortal hastío. Y tampoco podía estar segura de la paz y de la serenidad, pues en su círculo íntimo el esposo medieval a menudo revelaba modales bastante toscos.

Considérese la noble pasión que la Canción de los Nibelungos atribuye a Sigfrido con respecto a Kriemhild. Sin embargo, véase lo que ocurrió después del conocido incidente en que Kriemhild insulta a Brunilda (hecho que perturbó considerablemente la paz de la corte de Worm). La propia Kriemhild relata a Hagen lo que Sigfrido le hizo:

“Mucho sufrí por ello”, dice la dama real

“Pues en castigo el cuerpo me llenó de cardenales.”

En los “altos círculos” estos castigos no eran de ningún modo raros. Ni siquiera una princesa podía estar segura de que el esposo no le daría una azotaina; hallamos incidentes de este tipo en las crónicas de diferentes siglos. Schweinichen, “recto y noble caballero”, relata en su interesante diario un episodio muy edificante de la vida conyugal del duque y la duquesa de Legnitz. El duque ofrecía un gran banquete, y al mismo había sido invitada cierta madame K., a la que la duquesa no podía soportar. Por consiguiente, esta última se negó a asistir al banquete. El duque “hirvió de cólera”, y fue a las habitaciones de la duquesa para tener una explicación. Schweinichen, que era chambelán del duque, relata

el caso con cierta reserva:

“Su Gracia usó palabras extremadamente duras contra la duquesa, y le dijo que, como había invitado a gran número de cortesanos, deseaba que la duquesa se reuniera con ellos inmediatamente. Después de muchas excusas, la duquesa exclamó que no deseaba sentarse al lado de una perra como madame K. Ante lo cual la cólera de Su Gracia subió de punto, y empezó a tutoyer (tutear) a la duquesa, y dijo: “Tú sabes que madame K. no es una perra”. Y luego abofeteó tan fuertemente a la duquesa, que ella trastabilló, y yo alcancé a tomarla en mis brazos. Su Gracia estaba a punto de golpear más severamente a la duquesa, pero yo cerré rápidamente la puerta. Debido a esta actitud Su Gracia se enojó muchísimo conmigo, pues dijo que nadie tenía derecho a interferir cuando un marido castigaba a su mujer.”

De lo que siguió baste decir que, después de prolongadas negociaciones, y de la estipulación de diferentes condiciones, la duquesa se mostró dispuesta a perdonar y participar en el banquete, “a pesar de que tenía un ojo de color muy morado, debido al golpe que había recibido”.

Sin duda, fue un golpe aplicado con mucha

fuerza. Pero se trata de un exceso de menor importancia, comparado con el puntapié que el caballero La Tour-Landry menciona en el poema didáctico dirigido a sus hijas. El manuscrito data del siglo XIV, contiene noventa y ocho capítulos de preceptos para una conducta moral y civilizada, e ilustra estas normas con ejemplos y breves anécdotas. El buen caballero hace gran hincapié en la obediencia, y relata el caso de una mujer que siempre contradecía a su marido. Finalmente, el esposo se enfureció, la derribó de un golpe y, cuando yacía en el suelo, le aplicó un puntapié en el rostro, rompiéndole el puente de la nariz. Y ésta es la moraleja que el gentil padre extrae de la historia: “Y así la mujer quedó desfigurada para siempre, a causa de su malvada naturaleza. Mejor habría estado si se hubiese comportado discretamente, obedeciendo al esposo, pues a éste le incumbe mandar, y es virtud de la mujer la obediencia y el silencio.” El caballero no tiene una palabra de censura para el esposo.

Quizás el pasaje citado baste para caracterizar la vida doméstica en la época de la caballería. Las mujeres, encadenadas a maridos borrachos y brutales, gozaban de cierto amos y señores salían de caza, o respiro sólo cuando sus marchaban a la guerra, o

visitaban la corte real. Por otra parte, durante estas ausencias se sentían oprimidas por las tediosas y estrechas limitaciones de castillos y mansiones. Establecer una relación amorosa ilegal era asunto de peligro; en cambio, el inofensivo Frauendienst era precisamente lo que más convenía al entretenimiento y diversión de las nobles damas. Por lo tanto, mostraron la mayor inclinación a popularizar esta peculiar institución, que en sí misma no era otra cosa que un juego de amor... es decir, un galanteo prolongado.

¡Era tanto lo que el caballero aceptado podía hacer para honor y entretenimiento de su dama!

Si sabía escribir versos, elogiaba los encantos y las virtudes de su ideal... los ponía por las nubes, y aún más alto. He aquí un breve muestrario de, las encantadoras comparaciones que los caballeros del amor utilizaban para dirigirse a la dama elegida:

“Oh, Estrella de la Mañana, Capullo de Mayo, Rocío de las Lilas, Hierba del Paraíso, Racimo de Otoño, Jardín de Especies, Atalaya de Alegrías, Delicia Estival, Fuente de Felicidad, Foresta Florida, Nido de Amor del corazón, Valle de Placeres, Reparadora Fuente de Amor, Canción del Ruiseñor, Arpa del Alma, Pascua Florida, Perfume de Miel,

Consolación Eterna, Peso de la Bienaventuranza, Prado Florido, Dulce Limosna, Cielo de los Ojos... etc... etc...

Arnaut de Marueil, un trovador provenzal, estaba tan intoxicado de amor que, deseoso de inventar nuevas formas de elogio, glorificó a su dama en los siguientes términos: “Oh, Espejo de Amor, Llave de Gloria, Sol de Marzo, Lluvia de Abril, Rosa de Mayo, Sombra Estival...”

Sea cual fuere nuestra opinión sobre estos exaltados elogios, lo cierto es que se les atribuía sentido literal. Rambaut, conde de Orange, cantó así: “La sonrisa de mi graciosa dama me hace más feliz que si cuatrocientos ángeles me sonrieran desde los cielos. Tanta alegría siento, que podría reconfortar a un millar de entristecidos, y todos mis parientes podrían vivir de ese sentimiento, sin más alimento...”

Palabra inflamadas, pero no vacías, pues el trovador era ciertamente muy capaz de este entusiasmo ultraterreno. Es bien conocida la historia de Jaufre Rudel y la condesa de Trípolis. Ha sido utilizada muchas veces en varias versiones románticas (entre ellas, el poema de Heine es quizás la más conocida), por lo que el lector de espíritu concreto y escéptico bien puede negarse a creer una palabra. Sin embar-

go, la sustancia del relato es absolutamente real. Friedrich Diez descubrió la fuente original, que relata la historia con la tersura de las viejas crónicas:

“Jaufre Rudel, duque de Blaya, se enamoró de la condesa de Trípolis, sin haberla visto jamás, nada más que de oír los relatos de su caridad y de otras virtudes, que difundían los peregrinos que regresaban de Antioquía. Comenzó a componer magníficos poemas dedicados a la condesa; y luego, consumido de anhelo, tomó la Cruz y embarcó para Oriente. En camino lo abatió grave dolencia. Cuando llegaron a Trípolis, sus compañeros, creyéndole muerto, depositaron su cuerpo en un rincón. La condesa, que todo lo supo, acudió presurosa, se sentó en el lecho y tomó entre sus brazos al duque. El noble caballero revivió, vio a la condesa y agradeció a Dios porque había prolongado su vida hasta ese feliz momento. Y luego murió en brazos de la condesa. Ella lo enterró con grande honores en la Iglesia de Trípolis, y, postrada por el dolor, ese mismo día se retiró a un convento.”

Diez reunió otros datos contemporáneos sobre el duque de Blaya, comparó la versión de la crónica con los poemas de Rudel que aún se conservaban, y llegó a la conclusión final de que la historia era real.

Esta extática pasión explica los innumerables absurdos que caracterizan el amor caballeresco. No se trataba, sin embargo, de un fenómeno debido a desequilibrio o a una concepción quijotesca del amor. Estas actitudes se fundaban en sentimientos auténticos, y el mundo consideraba muy seriamente los relatos de tan grotescas hazañas. En la mayoría de los casos la dama se mostraba un tanto renuente, y debía ser cortejada y asediada de acuerdo con las reglas del juego, hasta que finalmente aceptaba al enamorado caballero, dejando librado al criterio de este último qué hazañas debía realizar para demostrar su amor. Pero había casos en que, con sádica crueldad, la dama fijaba personalmente muy duras condiciones, y su rendido admirador se sometía a ellas sin la menor protesta.

Anthony Méray relata la historia de los tres caballeros y de la “prueba de la camisa”. Tres nobles paladines competían por los favores de una dama. Finalmente, ella decidió inclinarse por el que vistiera la camisa de la dama en el torneo. Puede creerse que se trataba de una prueba sencilla... salvo que el caballero no debía vestir la camisa encima ni debajo de la armadura, sino en lugar de ella, sobre el cuerpo desnudo. Era una muerte segura o, en las más favo-

rables condiciones, implicaba sufrir terrible castigo de espada y de lanza. Dos de los tres caballeros tuvieron el buen sentido de rechazar la prueba, y se retiraron. Ocurrió lo inevitable: al fin del torneo el caballero fue llevado medio muerto a presencia de su dama, y en los ojos del herido aún brillaba la pasión. Como era costumbre, la dama ofreció un gran banquete y sirvió a sus huéspedes, en honor del héroe. En esta ocasión, ella se deslizó la camisa manchada de sangre sobre su propio vestido, y con este extraño tocado desempeñó el papel de anfitriona.

En los torneos caballerescos era frecuente vestir la camisa de una dama; naturalmente, casi siempre se la llevaba sobre la armadura. Era una especie de talismán que protegía al caballero y le infundía nuevas fuerzas. Hoy daríamos a esta práctica el nombre menos grato de fetichismo. Wolfram von Eschenbach habla del heroico Gamuret, que vestía la camisa de su bien amada Eerzeloyde, no sólo durante los torneos sino en batalla. Uno de los De Couroy envió su propia camisa a la amada, pidiéndole que durmiera en ella. Mucho después, Brantome describe, en un capítulo consagrado a las bellas piernas, una costumbre bastante extraña. Dice haber conocido nobles que, antes de ponerse un par de medias

de seda nuevas, las enviaban a la dama de sus sueños, solicitándoles que usaran la prenda durante ocho o diez días. “Y entonces”, escribe el más celebrado chismoso de todos los tiempos, “comenzaban a usarlas, con gran placer de sus cuerpos y almas”.

El fuego del amor caballeresco tenía muchas variaciones. Está el caso del señor Guillen de Balauni, que eligió por amada a la señora de Javiac. La dama consideró con benevolencia los ruegos del caballero, y lo aceptó como servidor regular. Durante cierto tiempo este amor platónico continuó de acuerdo con los cánones establecidos, pero un día el señor de Balauni se enteró del caso de una pareja de enamorados que habían disputado, para reconciliarse después. Y el protagonista de la historia suministró algunos detalles íntimos... entre otras cosas, explicó cuán dulce era hacer las paces con la dama, después de un período de amorosa disputa.

Tanto agradó la idea al señor de Balaun, que quiso probar con su propia dama el sabor agridulce de la disputa y la reconciliación. Naturalmente, ante todo debía pelear con ella, y lo logró torpemente, pues no se le ocurrió nada mejor que expulsar a un mensajero que le traía una carta de la señora de Ja-

viac. A poco la dama lo visitó personalmente, para averiguar por qué estaba resentido. El caballero se las dio de ofendido, y también la sacó con cajas destempladas. Este debió haber sido el primer acto de la juguetona disputa. Pero aquí la comedia se convirtió en drama, pues la dama se negó a tener nuevo trato con su descortés enamorado, y cuando éste apareció en el castillo de la señora de Javiac, la noble dama ordenó que lo arrojaran al foso.

Habiendo fracasado, el pobre Balaun apeló a un intermediario. Pidió a uno de sus amigos que explicara a la enojada dama el verdadero motivo de su conducta, con el fin de dar por terminada la disputa. El amigo regresó con la siguiente respuesta: “Muy bien, la señora de Javiac os perdona, pero como penitencia exige que os arranquéis la uña del dedo meñique, y que se la enviéis con un poema en el que condenaréis vuestra propia locura”. No hay mejor ejemplo del estúpido romanticismo de la época de la caballería que el resto del relato. El señor de Balaun mandó buscar al cirujano, se hizo arrancar la uña, y con lágrimas de dolor y felicidad compuso los versos que se le pedían. Luego se dirigió al castillo de su amada, acompañado por el amigo. La dama lo esperaba en la entrada; el caballero cayó de rodillas,

y le presentó la uña arrancada y el poema; ella, bañada en lágrimas, aceptó ambos presentes, y el señor de Balaun recibió como recompensa el beso del perdón.

Después de lo cual, quizás es más fácil comprender la famosa balada de Schiller, sobre el guante que la dama arroja a los leones. El caballero acepta rescatarlo, pero con él cruza la cara de la cruel mujer. La anécdota aparece por vez primera en Brantôme, que asegura su autenticidad. Para demostrar la verosimilitud del caso, Brantôme cita otro caso del que fue testigo presencial. Una dama exigió a su enamorado que, como prueba de la profundidad de sus sentimientos, se atravesara el brazo con una daga. El caballero estaba muy dispuesto a satisfacer el pedido, y Brantôme se vio obligado a emplear toda su fuerza para evitar tan absurda automutilación.

(Este tipo de *belle dame sans merci* existe aún en nuestro siglo. En el proceso realizado en Venecia contra la condesa Tarnowska- acusada de asesinar al esposo- el fiscal utilizó con bastante éxito los anteriores asuntos amorosos de la dama. Así, se descubrió que había tenido un admirador, el conde Bergowski, a quien exigió, como prueba de amor, que en su presencia se atravesara la mano con una

bala. El enamorado desenfundó inmediatamente un arma y disparó sobre su propia mano.)

Brantôme también cita el caso del caballero de Genlís, que paseaba con su amada sobre un puente del Sena, cuando de pronto la dama se sintió poseída por el demonio del galanteo sádico. Dejó caer al río su precioso pañuelo de encaje y urgió a de Genlís a que se arrojara al río para rescatarlo. El caballero protestó en vano que no sabía nadar; la dama lo calificó de cobarde, y Genlís se zambulló. Felizmente, en las cercanías se hallaban algunos boteros, que recogieron a de Genlís cuando poco faltaba para que se ahogara. El relato no aclara si la experiencia enfrió el ardor del caballero.

Las expansiones de los trovadores eran para la dama secreta fuente de goce; pero en general la etiqueta de la época no permitía que se nombrara a la noble señora. No se prohibía describirla, para que fuera posible reconocerla; pero era preciso acatar las reglas del juego.

De modo que todo esto equivalía más o menos a probar unas gotas del licor erótico en las bodegas del amor. La relación se expresaba cabal y públicamente sólo cuando el caballero combatía en un torneo por el honor de su dama.

Todavía resulta difícil comprender la institución de las justas... o por lo menos esta parte de ella. Marido y mujer se sentaban en el palco, y contemplaban serenamente al caballero que entraba en batalla en representación de una mujer casada. A veces ocurría que el propio esposo participaba en el torneo... y luchaba por la gloria de otra dama, que bien podía ser la esposa del admirador de la mujer del primero. (Esto parecerá un poco complicado, pero no podemos evitarlo.) Esta tontería puede ser comprendida sólo si conocemos los elementos del *Frauendienst*, y recordamos que la mayoría de los torneos se celebraban en honor de las damas. Más enorgullecía a un caballero el título de *serviteur d'amour* que cualquier hazaña heroica en la guerra.

Tan en serio tomaban esta servidumbre, que a menudo la dama conducía a la arena al caballero, sosteniendo una cadena delicadamente forjada, o una cinta de seda, como símbolo de la adhesión masculina.

En 1468 se celebró una gran justa en la corte de Borgoña, en honor de la esposa de Carlos el Temerario. Los caballeros desfilaron uno tras otro, y de pronto apareció una extraña procesión. Al frente cabalgaba un enano sobre un minúsculo caballo

blanco, detrás, varios escuderos arrastraban un enorme castillo de utilería. La imitación de madera tenía cuatro torres y toscas almenas. Los muros llegaban al suelo, y ocultaban lo que había en su interior. El enano se detuvo frente a la tribuna de las demás y leyó la siguiente proclama:

“¡Grandes y graciosas princesas y damas! ¡El caballero que es prisionero de su dama os saluda con la mayor humildad! Está preso en este castillo, y sólo la gracia y el perdón de su dama pueden liberarlo. Por lo tanto, os conjura, muy nobles princesas y damas, a que os reunáis en consejo... quizás la que no debe oponerse a la liberación del caballero esté presente en vuestras deliberaciones. El caballero abraza la esperanza de que el juicio de las damas lo libertará de su dolorosa cautividad, pues de lo contrario no podrá participar en el torneo de hoy... etc...”

Las princesas y nobles damas resolvieron que el caballero debía salir de su prisión. Después de lo cual, el enano abrió la puerta del castillo de madera (utilizando para ello una enorme llave) y, con agradable sorpresa de las damas, apareció un caballero llamado Roussy, con su armadura completa y su caballo bellamente enjaezado.

En estos torneos, el caballero llevaba invariablemente el voto o favor de su dama en el casco o en la lanza. Era siempre algún accesorio de la vestimenta femenina: una cinta, un velo, una pluma, un guante, un collar o algún objeto semejante. Eran los famosos talismanes, llamados en esa época *faveurs* o *emprises damour*. A veces, en el calor de la batalla, dicho *faveur* caía al suelo; en tales ocasiones, desde la tribuna la dama arrojaba otro a su caballero. Y a veces (como puede verse en el romance caballeresco llamado *Perceforest*) en medio de los violentos encuentros los objetos caían en gran número; entonces, las damas, presas de gran excitación, arrojaban más y más objetos, arrancándolos de cualquier parte; de modo que cuando concluía el torneo, advertían horrorizadas que prácticamente se habían desnudado en medio de la multitud, la cual reía de buena gana.

Era obligación del marido mostrarse complacido si el caballero o campeón de su esposa triunfaba... aún si el derrotado era el propio marido. Esa era la costumbre, y nada se podía contra ella. Era más que una costumbre: era la moda y la moda es peor tirano que cualquiera de los maestros de la estupidez. Es muy capaz de alargar una pollera, hasta conver-

tirla en una pieza de género de doce yardas de longitud; o de hinchar la misma prenda con una crinolina o un miriñaque.

Del mismo modo, la moda del Frauendienst llegó a verdaderos extremos. Excelente cosa era que el caballero se consagrara a la tarea de proteger a las mujeres, y lo mismo puede decirse de la institución de los caballeros andantes, que salían a defender viudas y huérfanos; pero bajo los dictados de la moda, el magnífico principio pronto se deterioró. La pauta uniforme de los torneos no satisfizo a los espíritus más inquietos. Era preciso inventar algo nuevo para conquistar el favor de las damas.

La innovación consistió en que el caballero procuró- en honor de su dama- aumentar las dificultades que debía afrontar en el curso del torneo. Algunos caballeros se negaron a llevar armadura en las manos, en los brazos o en las piernas, procurando demostrar de ese modo que sus respectivos ángeles guardianes los protegerían mejor que el hierro o el acero.

El duque de Santré habla de la llegada a París de un caballero extranjero, que llevaba brazaletes de oro alrededor del codo derecho y del tobillo derecho; ambos brazaletes estaban unidos por una larga

cadena, también de oro. Se cometían tonterías semejantes aún cuando se tratara de una verdadera batalla. En las *Chronicles de Froissart* se menciona el caso de unos jóvenes caballeros ingleses, que en 1336 desembarcaron en Francia para luchar por su rey. Llevaban parches sobre uno de los ojos, pues habían jurado a sus respectivas damas que hasta que hubieran demostrado su coraje en algún hecho heroico, sólo utilizarían un ojo.

Cuando el caballero andante se cubría con la armadura verde y salía a buscar aventuras, cometía muchas idioteces... el tipo de hazaña temeraria tan maravillosamente caricaturizada en Don Quijote. La más brillante sátira de todos los tiempos nos lleva a olvidar que estas cosas ocurrieron realmente, y que eran tomadas absolutamente en serio.

Poco a poco, la situación de las mujeres desamparadas pasó a segundo plano. El caballero andante deseaba exaltar la gloria de su propia señora. Cuando llegaba al dominio de un señor feudal, formulaba un desafío, llamando a todos los caballeros a enfrentarlo en combate pour l'amour de sa dame. Estas invitaciones venían acuñadas en los más corteses términos. El desafiante pedía a su adversario que lo recomendara al favor de su propia dama, y le desea-

ba al mismo tiempo que gozara de todos los placeres del amor con la elegida de su corazón. Después de intercambiar estas corteses fórmulas, se arrojaban el uno sobre el otro, y procuraban romperse mutuamente la cabeza... *pour l'amour de sa dame*.

El vencedor no se satisfacía con la mera gloria. Las costumbres de la caballería incluían la extraña condición de que el caballero vencido debía ofrecerse como esclavo a la dama del vencedor. Desafiar esta convención implicaba el ostracismo, la expulsión de las filas de la caballería. En un baile de la corte, Juana, reina de Nápoles, honró a un caballero de Mantua bailando con él. El noble caballero se sintió abrumado por el honor, y allí mismo juró que partiría inmediatamente y que no regresaría hasta haber conquistado dos caballeros para el servicio de la reina. Logró su propósito, pero la reina (de acuerdo con la costumbre) recibió bondadosamente a los caballeros y les devolvió la libertad.

Vulson de la Colombière relata un caso más fantástico aún. El caballero del cuento se comprometió a obtener para su amada los retratos de treinta damas... naturalmente, después de vencer a los correspondientes serviteurs. El valeroso predecesor de Don Quijote llevaba pintada sobre su pro-

pio escudo la imagen de su dama, y así salió a cumplir su propósito. Cuando se topaba con un caballero que no estaba dispuesto a reconocer que el rostro pintado sobre el escudo era más bello que el de su propia dama, lo desafiaba a combate singular. El caballero vencido debía someterse, y entonces se pintaba el rostro de su dama bajo el retrato de la dama del caballero andante. La crónica afirma que el heroico caballero logró alcanzar su objetivo al cabo de un año.

La responsabilidad de esta colección de estupideces no incumbe solamente a los caballeros. Aunque intoxicados por estas oleadas de romanticismo mal digerido, sin duda se velan alentados por las mujeres. Complacía a las damas esa admiración que mitigaba un poco tanto hastío, y además su vanidad se sentía halagada. La dama de un castillo vecino podía ser de más elevado rango; en cambio, el caballero de esta dama había coleccionado mayor número de retratos, había llevado a más países los colores de su amada, y cometido más descabelladas tonterías.

Es posible que todo esto no fuera auténtico amor; pues el verdadero afecto habría provocado un sentimiento de ansiedad por el hombre que salía a

luchar; una mujer de corazón no habría aumentado el peligro alentando aventuras y hazañas tontas y fútiles. En lugar de auténtico sentimiento, se trataba de vanidad mezclada con estupidez.

Un manuscrito único, escrito en el siglo XIII, contiene la historia de Ulrich von Lichtenstein. No fue escrito por él mismo, pues aunque el noble caballero compuso algunos hermosos poemas de amor, y fue uno de lo más destacados Minnesanger de su época, murió sin saber leer ni escribir. Dictó sus canciones y su propia biografía a un escribiente.

La historia oficial ha demostrado cierto desprecio por las memorias del noble Ulrich, y ha prestado poca atención a su contenido. No es difícil comprender la razón de esa actitud. Von Lichtenstein fue quizás el peor de todos los tontos que se enamoraron de las mujeres y las sirvieron. Fue la imagen viviente del imaginario Don Quijote. Naturalmente, los historiadores serios se sienten un tanto embarazados ante este estúpido héroe de tantas aventuras amorosas. Sin embargo, creo que están equivocados, pues si el apasionado caballero llegó a los peores extremos, lo hizo impulsado por la moda de su tiempo, y no es posible pintar el cuadro de una época si se omiten esas corrientes que periódicamente

camente la recorren y que configuran la moda.

El manuscrito original se hallaba en Munich, en la Biblioteca Estatal bávara, aunque ignoro si ha sobrevivido a los azares de la guerra. Su título es *Frauendienst*. Aquí he utilizado la edición de Tieck, publicada en 1812 en la ciudad de Stuttgart, bajo el título: *Frauendienst oder Geschichte und Liebe des Ritters und Sdngers Ulrich von Lichtenstein von ihm selbst beschrieben* (“Servicio de las mujeres, o historia del caballero y cantor U.v.L., relatada por él mismo”).

Ulrich von Lichtenstein fue un rico noble de Estiria. Murió en 1276. Su tumba se conserva aún hoy; y es notable porque en ella se conserva la más antigua inscripción alemana que hoy se conoce.

Los autores de biografías a veces apelan al clisé que consiste en comenzar la descripción del carácter de su héroe con las siguientes palabras. “Ya en su temprana juventud reveló las características que más tarde determinarían su carrera...” Este gastado lugar común muy bien podría aplicarse a Ulrich. Era un jovenzuelo cuando se enamoró de una dama de alcurnia, cuya compañía buscaba constantemente. En su condición de paje de noble cuna tenía acceso a las habitaciones de las damas, donde a veces se bebía el agua en que su adorada se había lavado las

manos.

Es difícil establecer quién fue esa dama. De acuerdo con los datos de la autobiografía, puede darse por seguro que era mujer de muy elevado rango. Algunos indicios parecen apuntar a la esposa del príncipe Leopoldo de Austria.

Cuando el joven Ulrich fue armado caballero en Viena, consideró llegado el momento de ofrecer formalmente sus servicios a la dama. Pero un caballero no tenía tan fácil acceso a una dama como un paje, de modo que debió buscar un intermediario. Afrontó la tarea una de las tías de Ulrich, íntima amiga de la dama elegida por el caballero.

Aquí comienza una larga relación. Ulrich envió sus canciones a la dama; ella las aceptó, y aun las elogió, pero contestó que no necesitaba un caballero, y que Ulrich no debía soñar siquiera con que sus servicios fueran aceptados. Con esta actitud la noble dama se atenla a las antiguas normas del galanteo: actitud de rechazo y palabras de aliento, manteniendo así al desgraciado amante en constante tormento de duda.

En cierta ocasión la dama dijo al tío de Ulrich: “Aunque vuestro sobrino fuera de mi mismo rango, no lo querría, porque el labio superior le forma una

fea protuberancia.” Según, parece, el enamorado caballero tenía el característico labio de los Habsburgo... sólo que en su caso se trataba del labio superior y no del inferior.

Apenas la tía entregó el mensaje, Ulrich se dirigió a Graz, llamó al más hábil cirujano de esa ciudad de Estiria, y le ofreció una gran suma de dinero para que le operara el labio. El cirujano acometió la tarea y la realizó con éxito... ¡y seguramente fue el primer caso que la historia registra de cirugía plástica! Claro está, entonces no se conocían anestésicos ni drogas calmantes, de modo que el cirujano propuso maniatar al caballero; temía que el dolor lo impulsara a realizar un movimiento brusco; el cuchillo podía deslizarse, y la operación fracasaría. Evidentemente, el buen doctor no sabía mucho de las virtudes caballerescas ni de la esencia del Frauendienst. Un auténtico caballero no podía perderse la oportunidad de soportar la tortura sin un solo quejido, en homenaje a su dama. Von Lichtenstein rehusó dejarse maniatar; se sentó en un banco, y no hizo un gesto ni emitió un solo grito mientras el cirujano reducía el labio a proporciones más normales.

La operación tuvo éxito, pero el infeliz paciente debió pasar seis meses en Graz, inmovilizado en su

lecho, hasta que la herida curó completamente. Entretanto, perdió muchísimo peso, y prácticamente se convirtió en un esqueleto.

No podía comer ni beber; tenía los labios cubiertos por un horrible unguento, y no lograba retener nada en el estómago. “Mi cuerpo sufría”, escribe el incorregible enamorado, “pero mi corazón estaba feliz”.

La dama se enteró de la intervención quirúrgica, y poco después escribió una carta a la tía de Ulrich, informándole que abandonaba su residencia y que viajaría a cierta ciudad, donde con mucho gusto vería a la tía. “Y puede traer a su sobrino... pero sólo porque deseo ver su labio corregido; por ninguna otra razón”.

Al fin llegó el gran momento en que el noble caballero pudo expresar sus sentimientos, cara a cara con su adorada belleza, a la que siempre, en sus poemas, había llamado la Pura, la Dulce, la Bondadosa. Llegó el día, y apareció la dama; a caballo y sola, mientras la escolta quedaba muy rezagada. Ulrich espoleó su caballo y se puso a la par de la dama; pero ella, naturalmente, se apartó rápidamente, como si el encuentro le desagradara. El infortunado joven no sospechó que esta actitud se ajustaba a las

normas del juego amoroso. Ulrich estaba tan terriblemente embarazado, que sintió que la lengua se le pegaba al paladar, y no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Profundamente avergonzado, se retrasó, y luego trató nuevamente de aproximarse, pero continuaba mudo. Cinco veces repitió la maniobra, y siempre con los mismos resultados negativos. Acabó la cabalgata, y se perdió la oportunidad. Ya de regreso, Ulrich sólo se atrevió a aproximarse a la dama para ayudarla a desmontar.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

La Pura, la Dulce, la Bondadosa aceptó la ayuda del caballero y desmontó, mientras Ulrich sostenía el estribo; pero antes de poner el pie en el suelo arrancó un mechón de cabellos de la cabeza de Ulrich y le murmuró al oído: “¡Esto, por vuestra cobardía!”

Mientras se frotaba el cuero cabelludo, el inexperto enamorado reflexionó sobre la misteriosa (?) observación y como ya no confiaba en la palabra hablada, nuevamente apeló al escribiente. En un extenso poema explicó sus sentimientos, y la buena tía se encargó de llevarlo a la dama. Aquí surgió otra situación inesperada. Ulrich recibió una respuesta, pero la mala suerte seguía encarnizándose en su per-

sona. No sabía leer, y su escribiente se hallaba ausente. Durante diez días guardó contra su pecho la carta que no podía leer, durante diez días enteros padeció en el umbral de la bienaventuranza, hasta que el escribiente (la única persona en quien confiaba) regresó al lado del caballero. Ulrich sufrió terrible desilusión. La carta contenía un poema, muy breve, en el que cada sílaba era una gota de veneno. Era evidente que los versos habían sido compuestos por la propia dama, y en ellos se expresaba la idea de que quien deseaba algo prohibido a sí mismo estaba negándose:

Wer wünscht, was er nicht soll,
Der hat sich selbst versaget wohl.

Y para que no cupiera ninguna duda, la poetisa de elevada alcurnia repetía tres veces las dos líneas.

Pero esto no podía desalentar al obstinado amante. Era parte de todo este absurdo sistema el que, si provenía de la Pura, la Dulce, la Bondadosa, aún la maldad debía ser aceptada humildemente. Su amor no flaqueó, pero como las palabras no daban ningún resultado, intentó demostrar con hechos que merecía el favor de la dama.

Ulrich comenzó a aparecer en todos los torneos del país, y a luchar valerosamente por el honor de

su señora.

Rompió cien lanzas contra sus adversarios, y siempre triunfó. Ya se le conocía como uno de los mejores caballeros. Pero continuaba persiguiéndolo su mala estrella: cierto día recibió fuerte golpe en la mano derecha, y perdió el dedo meñique. Salió del torneo, se dirigió a la ciudad, y una vez allí el cirujano descubrió que el dedo seguía adherido a la mano por una o dos pulgadas de piel, y que quizás fuera posible salvarlo. Se necesitaron varios meses de tratamiento, pero al fin el dedo curó, aunque quedó definitivamente deformado.

Y aquí comienza el verdadero relato, cuyo eje es este meñique.

Entretanto, von Lichtenstein había hallado un nuevo intermediario, en lugar de su tía, la cual evidentemente no era muy eficaz. Un caballero de su amistad tenía acceso a la corte ducal, y aceptó desempeñar el papel de mensajero. El amigo informó a la dama cuán heroicas hazañas ejecutaba Ulrich para demostrar su amor; hacía poco tiempo, agregó el caballero, que aun su dedo meñique había sufrido las consecuencias de tan hondo sentimiento. “No es verdad, son todas mentiras”, replicó la dama. “He oído de personas que me merecen confianza que

todavía conserva dicho dedo”.

Esta despectiva observación entristeció a Ulrich von Lichtenstein; nuevamente montó a caballo, pero se dirigió, no a la casa del cirujano, sino a la de un íntimo amigo. Invocó su amistad, ¡y le pidió que le cortara el dedo! Al principio, el otro caballero se negó, y entonces el propio Ulrich apretó el cuchillo sobre el dedo y amenazó cortárselo. De modo que el amigo tomó un martillo, asestó un golpe al cuchillo, y el dedo voló por aire. La herida fue vendada y, de acuerdo con el relato del propio Ulrich, el caballero comenzó a componer un poema. Cuando concluyó su extensa obra maestra, hizo preparar una buena copia y la encuadernó en terciopelo verde; luego, encargó a un orfebre que fabricara un cierre para el libro, el cual debía tener la forma de un dedo de oro. ¡Y en esa envoltura de oro guardó el meñique que se había cortado!

El intermediante entregó el libro a la dama, y esperó los resultados. La reacción fue inmediata. Cuando vio el horrible regalo, la dama exclamó: “¡Dios mío, jamás creí que un hombre sensato pudiese cometer semejante tontería!

Pero el incidente la movió a enviar un mensaje: “Decid al noble caballero que guardaré el libro en

mi cajón, y que diariamente contemplaré su dedo meñique; pero que no crea que se ha acercado a su meta ni siquiera el grosor de un cabello; ¡pues aunque me sirviera durante mil años sería tiempo perdido!”

A pesar de estas últimas palabras, el tenaz caballero se sintió transportado de alegría, pues consideraba que su dedo meñique estaba mucho mejor en el gabinete de la dama que adherido a su propia mano. Poseído de entusiasmo, concibió una empresa que sería la culminación de sus hazañas caballescascas en honor de la dama.

De todas las locuras registrada y documentadas en la época de la caballería, ésta fue la más absurda, y hoy nos resulta casi imposible comprender tan pervertida y deformada interpretación de los deberes y derechos del caballero. Pues Ulrich von Lichtenstein no era loco ni masoquista; el suyo fue un caso evidente de estupidez temporaria pero aguda.

Cierto día abandonó su castillo de Estiria, con el propósito ostensible de acudir a Roma en peregrinación. Pero pasó el invierno en Venecia, donde vivió de incógnito, ocupado en visitar las tiendas de los sastres locales y encargar ropas. Entiéndase bien:

no ropas masculinas, sino femeninas. Y tampoco las compró para su bien amada, sino para sí mismo. Compró un guardarropa entero: doce polleras, treinta corpiños, tres capas de terciopelo blanco, e innumerables accesorios y prendas de diverso tipo. Finalmente, ordenó dos largas trenzas adornadas con perlas.

Cuando concluyó sus aprestos, y llegó la primavera, Ulrich preparó un detallado plan de viaje. Se proponía partir de Mestre, atravesar el norte de Italia, Carintia, Estiria y Viena, para llegar a Bohemia. El viaje debía llevarle veintinueve días, de acuerdo con un itinerario cuidadosamente calculado, en el que se preveían la hora de llegada a cada ciudad, y las posadas en que se hospedaría. Un mensajero montado llevaba consigo este plan a cada uno de los puntos de la ruta, y en cada sitio leía una proclama, en la que se afirmaba que el noble caballero se proponía viajar de incógnito y sostener un torneo en las diferentes etapas del trayecto. No viajaba en su condición de Señor de Lichtenstein, sino como innominado caballero... pero vestido con ropas de mujer, como la Diosa Venus en persona. La proclama decía:

“La Reina Venus, Diosa del Amor... saluda a to-

dos los caballeros, a quienes aquí informa que se propone visitarlos personalmente, para instruir a todos y a cada uno en el modo de servir a las damas y de conquistar su amor. Se propone partir de la ciudad de Mestre con destino a Bohemia, y lo hará el día de San Jorge, y al caballero que con Ella rompa lanzas durante el camino, lo recompensará con un anillo de oro. Que el caballero envíe el anillo a la dama de su corazón; pues dicho anillo posee el mágico poder de engendrar en el corazón de los destinatarios auténtico amor por los remitentes. Pero si en el torneo la Diosa Venus venciera al caballero, será obligación de éste inclinarse hacia los cuatro rincones de la tierra en honor de cierta dama. El rostro de la Diosa permanecerá velado durante todo el torneo. Y el caballero que, informado de la llegada de la Diosa, se negara a enfrentarse con Ella, será considerado por Ella ajeno al ámbito del amor, y entregado al desprecio de todas las damas nobles.”

Es característico de la época que el pobre Ulrich no fuera metido en una camisa de fuerza o llevado al manicomio; por el contrario, la nueva aventura fue recibida con general aclamación. Cuando leemos la descripción de la “gira de Venus”, sólo hallamos universal aprobación. La “Diosa” fue recibida so-

lemnemente a lo largo de la ruta, y ni un solo caballero esquivó el enfrentamiento. El resultado final fue por demás impresionante: Ulrich, en su atuendo venusiano, rompió trescientas siete lanzas, y distribuyó entre sus adversarios doscientos setenta anillos de oro. En el curso de estos encuentros no sufrió el menor daño; y en cierta ocasión realizó la hazaña de desmontar a cuatro caballeros en una sola justa.

Esta extraña empresa no convirtió a von Lichtenstein en una figura cómica. La más antigua colección de Minnesanger alemanes es el código Manasse, de Zurich, que data de fines del siglo XIII; los propios cantores aparecen en una serie de bellos retratos en miniatura. Allí Ulrich está en muy buena compañía: se lo ha colocado entre Hartmann von Aue y Wolfran von Eschenbach, ambos muy destacados poetas. Cabalga con su armadura completa, en un caballo de hermosos arreos. En el casco, cuya visera está cerrada, se ha pintado la imagen de Venus arrodillada. Por consiguiente, la época no creía de ningún modo que su actitud fuera particularmente ridícula.

Como ejemplo de la pompa y circunstancia que rodearon el viaje, véase la entrada en Mestre:

Formaban la vanguardia cinco escuderos, seguidos por un portaestandarte que llevaba una bandera de color blanco nieve. Lo acompañaban dos trompeteros. Luego, venían tres caballos con armadura, y tres sin ella; más atrás, varios pajes, que transportaban el casco plateado y el escudo del caballero. Luego, otro trompetero con cuatro escuderos, que portaban plateados manojos de lanzas, dos muchachas vestidas de blanco, a caballo, y dos violinistas, también a caballo. Finalmente, la Diosa Venus en persona, cubierta por un manto de terciopelo blanco que le llegaba hasta los ojos; bajo el manto, un vestido de mujer, de seda y linón, y la cabeza cubierta por un sombrero recamado de perlas. Bajo el sombrero, dos largas trenzas adornadas también con perlas.

Así ataviada, Venus recorría la ruta elegida. Los caballeros competían por el honor de romper lanzas con “ella”. Llegado el momento de la justa, Venus se calzaba la armadura bajo el vestido, y en lugar del sombrero se tocaba con el yelmo... pero debajo de este último continuaban colgando las trenzas. Sería fútil describir los torneos, a pesar de que el noble Ulrich relata escrupulosamente cada uno de ellos. En cierta ocasión se topó con un estúpido de su

mismo calibre: un rey, vestido de mujer en honor de su dama, con peluca y trenzas. Y los dos idiotas disfrazados se arrojaron el uno sobre el otro, y al brutal choque los escudos volaron en pedazos.

A lo largo de la ruta, las damas recibían al campeón con expresiones de ilimitado entusiasmo. En Tarvis, doscientas mujeres se reunieron por la mañana frente a su alojamiento para acompañarlo a la iglesia. Estas misas y procesiones fueron quizás el aspecto más característico de toda la gira venusiana. Hoy diríamos que es blasfemia; pero en esa época a nadie conmovía que un hombre, disfrazado de mujer, entrara en la iglesia acompañado por una procesión, ocupara un asiento en el sector reservado a las mujeres, y aún tomara la comunión con el mismo grupo.

El aventurero del amor impresionó mucho a los corazones femeninos, pero siempre permaneció fiel a su propio amor, aunque debió sufrir grandes tentaciones. En un caso los servidores de una dama desconocida invadieron el dormitorio de Ulrich, cubrieron de rosas la persona del caballero, y le entregaron un precioso anillo de rubí, regalo de la noble dama, que deseaba permanecer en el anonimato.

Pero el más extraño episodio de este extraño

viaje es tan peculiar, que quizás lo mejor sea citar al propio Ulrich von Lichtenstein. En una aldea de Estiria, no lejos de su propio castillo, después del torneo se encerró en sus habitaciones; pero luego escapó por otra puerta. La Diosa Venus recuperó su condición masculina. He aquí el relato de Ulrich:

“Entonces, en compañía de un servidor de confianza, salí al campo y visité a mi querida esposa, que me recibió muy amablemente y se sintió muy complacida de mi visita. Allí pasé dos días magníficos, fui a misa el tercero, y rogué a Dios que preservara mi honor, como lo había hecho siempre. Me despedí afectuosamente de mi esposa, y con el corazón fortalecido regresé a reunirme con mis compañeros.”

Estas pocas líneas revelan que, entretanto, Ulrich von Lichtenstein había contraído matrimonio; su autobiografía nos informe después que ya era padre de cuatro hijos. Ni esta magnífica familia ni su amante esposa impedían sus actividades amorosas en otras direcciones. De tiempo en tiempo, sobre todo durante el invierno, regresaba a su castillo y reanudaba la vida conyugal; pero con la llegada de la primavera, abandonaba otra vez el cálido nido para perseguir sus románticos ensueños. Aparentemente,

la esposa no veía nada objetable en estas actividades. Y aun es posible que su esposa se sintiera halagada por la fama conquistada por el esposo durante su Frauendienst. También es muy posible que ella tuviera su propio serviteur.

Naturalmente, el “incógnito” de la gira de Venus era mera formalidad; todos sabían que bajo el corpiño de seda latía el viril corazón de Ulrich von Lichtenstein. También lo sabía la elegida de su corazón. Cierta día, el mensajero confidencial llegó al alojamiento de Ulrich, portador de una inesperada comunicación. Traía un anillo de la amada del tenaz caballero. “Ella comparte la alegría de vuestra gloria”, decía el mensaje, “y ahora acepta vuestros servicios, y como voto os envía el anillo”. El “loco del amor” recibió arrodillado el presente.

¡Pobre hombre! Si hubiera conocidos las reglas y normas del juego de amor medieval, hubiera anticipado con matemática precisión el siguiente movimiento de su dama. Pasaron algunos días, y apareció nuevamente el intermediario, pero ahora su expresión era sombría y desalentada. “Vuestra dama ha descubierto que os entretenéis con otras mujeres; esta fuera de sí de cólera, y reclama la devolución del anillo, pues os considera indigno de llevarlo”.

Cuando oyó estos reproches, Ulrich von Lichtenstein, caballero sin miedo y sin reproche, rompió a llorar amargamente. Lloró como un niño, se frotó nerviosamente las manos, quiso morir. El mayordomo del castillo, un caballero barbudo y anciano, oyó los sollozos y los gritos y acudió presuroso; y al ver el estado en que se hallaba Ulrich, “mezcló sus lágrimas con las del noble caballero”. Los dos afligidos campeones hicieron tal escena de gemidos y de llantos, que al cabo apareció el cuñado de Ulrich, les reprochó su afeminada conducta, y después de prolongada discusión logró contener un tanto el flujo lacrimoso.

El tenaz amator pasó días amargos. En su dolor, se volvió hacia la poesía, y envió sus versos a la “cruel belleza”. Y luego, dice en su relato: “Me separé dolorido de mi mensajero; y visité a mi querida esposa, a quien amo más que a nadie en el mundo, a pesar de que elegí por señora a otra dama. Y con ella pasé diez días felices, antes de continuar viaje bajo mi carga de aflicción”.

Quizás sea difícil, a siete siglos de distancia, comprender este “sistema rotativo”; pero lo cierto es que formaba parte de la época de la caballería.

El romance de Ulrich llegó a su culminación de-

finitiva. Los poemas ablandaron el corazón de la cruel belleza; días después llegó otro mensaje en el que la dama perdonaba al caballero, y le concedía una entrevista personal. Pero para evitar toda publicidad indeseable, invitaba al caballero a disfrazarse de mendigo y a mezclarse con los leprosos que esperaban limosna a la entrada del castillo. Allí se le daría la señal secreta para la cita.

Ni siquiera entonces el Don Quijote del amor comprendió el juego. Vistió los harapos de mendigo, y pasó varios días errando entre los leprosos, enfermo de asco y de náuseas. Varias veces la lluvia empapó sus ropas, y el frío de la noche mordió sus carnes ateridas. Finalmente, llegó una doncella con el anhelado mensaje: a tal y cual hora de la noche debía apostarse al pie de la ventana, con una luz en la mano. Ulrich se despojó de las ropas de mendigo, y esperó, cubierto solamente por una camisa, bajo la ventana. A la hora señalada descendió una especie de plataforma de sábanas, el caballero puso el pie en ella y se sintió elevado hasta la ventana por gentiles pero firmes manos femeninas. Apenas entró en la cámara le echaron sobre los hombros una capa de seda recamada de oro, y lo llevaron a presencia de la dama. Después de tantos años de fatigas, estaban al

fin en el umbral de la bienaventuranza.

La dama lo recibió amablemente, elogió su lealtad, y le dijo muchas frases halagadoras. Pero las emociones reprimidas derribaron todas las barreras y Ulrich comenzó a exigir pruebas tangibles del amor de la dama. Naturalmente, era imposible satisfacer el pedido; alrededor de la dama había ocho servidores; pero Ulrich se negó a escuchar razones, y se mostró cada vez más atrevido. Finalmente, juró que no se movería de allí hasta no recibir la recompensa del Beiliegen.

Se trataba de otra institución peculiar de la época de caballería. Su nombre completo era Beiliegen auf Glauben. En esencia, consistía en lo siguiente: se permitía al caballero acostarse junto a su dama durante una noche entera... pero sólo “dentro de los límites de la virtud y del honor”. Debía jurar que no intentaría lesionar la castidad de la dama, y generalmente se cumplía el juramento. Era quizá la forma más retorcida de galanteo.

El único modo de calmar a Ulrich fue prometerle su recompensa... pero con una condición. La dama dijo que accedería al pedido del caballero, si éste demostraba primero su lealtad, para ello, debía subir nuevamente a la plataforma de sábanas, y ésta

descendería un poco; y una vez que Ulrich hubiera demostrado su constancia, se le permitiría entrar en la cámara de su amada. Esta vez Ulrich decidió proceder sobre seguro; aceptó la prueba... pero únicamente si, mientras tanto, podía retener la mano de la dama. Se aceptó la condición, el caballero subió a la plataforma y, mientras ésta descendía lentamente, la Dulce, la Pura, la Bondadosa señora dijo a Ulrich: “Veo que merecís mi favor... besadme ahora...”

Casi desvanecido de felicidad, Ulrich elevó sus labios sedientos pero cometió el error de soltar la blanca mano. En ese mismo instante fue arrojado, con plataforma y todo, al patio del castillo. Y por cierto que no fue casualidad... cuando sus doloridas piernas le permitieron incorporarse, la plataforma había desaparecido.

¡Y ni siquiera esta experiencia enfrió su ardor! La dama inventó una explicación, y Ulrich continuó escribiendo versos, hasta que llegó el desastre final. El diario no explica qué hizo la dama, consumada maestra en torturas amorosas, pero sin duda fue algo terrible, pues el propio Ulrich afirma que le fue imposible perdonarla. Y así acabó su Frauendienst, pues (según propias palabras de Ulrich), sólo un loco podía servir indefinidamente sin ninguna espe-

ranza de recompensa”.

Lo cual, en todo caso, demuestra que este idiota del amor se creía hombre discreto.

3.

La adoración abstracta, ultraterrena de las mujeres en la época de la caballería fue sin duda cosa buena y noble; pero los enamorados aplicaron excesiva tensión a la cuerda vibrante del romance, hasta que al fin se rompió. Estos adolescentes barbados, revestidos de armadura, y aficionados al laúd, empezaron a crecer, y a comprender que las damas, a las que habían puesto sobre tan elevado pedestal, eran, después de todo, nada más que mujeres... y que a veces no merecerían tantos sacrificios.

Tannhäuser (no el Tannhäuser de las leyendas, sino el auténtico, que vivió entre 1240 y 1270) se rebeló contra el “yugo de las mujeres” y en sus poemas satirizó audazmente los ideales de la caballería:

Treuer Díenst der ist gut,

Den man schönen Frauen thut...

Buena cosa era el servicio leal prestado a las

mujeres bellas... pero luego enumera las exigencias que es preciso satisfacer antes de que la mujer adorada conceda ninguna recompensa. El amante ha de levantarle un palacio de marfil puro; le llevará desde Galilea la montaña que otrora fue asiento de Adán, conseguirá el Santo Grial, y la manzana que Paris dio a Venus... y entonces recibirá el más grato de los presentes. Por otra parte, ella es muy capaz de no dirigirle nunca la palabra, a menos que él le lleve el Arca de Noé. La Pura, la Amable, la Bondadosa Señora tenía muy diferente aspecto a los ojos de Tannhäuser:

“Ja Dank sei ihr, ihr Nam’ist Gute.

Hei heil! es blieb zu fern ihr einst die scharfe Rute.”

(“Sí, gracias a ella, su propio nombre es Bondad.

¡Eh, eh! ¡Demasiado lejos de ella estuvo antaño el látigo duro!”)

En otras palabras, se malcrió a la dama por evitarle castigos en la infancia.

Tannhäuser fue el único, de todos los poetas de la época, que comprendió claramente la situación. No le pasó inadvertido que la mayoría de las elegidas no veían en la profunda pasión del caballero otra cosa que mero galanteo.

“Sprech’ich ein Ja, sie saget Nein,

So stimmen stets wir überein”.

(“Cuando yo digo Sí, ella dice No,

Y de ese modo siempre coincidimos.”)

Gradualmente se acercó el fin inevitable de la época del amor caballeresco. El hombre del Renacimiento, más sensual, se reía de las exangües languideces de sus antepasados, y buscaba en el amor alegrías más concretas. La palabra Minne también perdió su antiguo significado. Una erudita obra alemana señala con dolor: “Desde el siglo XV, la expresión Minne, otrora de noble significado, se vulgariza cada vez más, y al cabo se la utiliza sólo para describir innobles placeres corporales”.

Hasta qué punto estos placeres eran “innobles” es asunto discutible; pero no cabe duda de que abrieron brecha en el castillo medieval de la folie erotique. La actividad práctica del hombre del Renacimiento prevaleció en todos los terrenos, y si bien la estupidez floreció en muchas otras esferas, los locos por amor fueron mucho más raros. Por supuesto, no desaparecieron completamente; mientras hubo mujeres incapaces de experimentar auténtica pasión y de entregarse generosamente, hubo hombres atormentados por el galanteo irresponsa-

ble, por el juego cruel del regateo sexual. En este sentido, ya he citado algunos pasajes de Brantôme, que vivió en el siglo XVI; pero en realidad se trataba de los últimos restos de la época de la caballería.

En el siglo XVII redescubrimos nuestro tema. Pero ahora el Minne se ha afrancesado... su nombre es galanterie (de acuerdo con Montesquieu, superficial y delicada pretensión de amor).

Quizás su escenario más apropiado fue el Palacio Rambouillet, en París. Las precieuses son los personajes de este complicado y vaporoso espectáculo. La adoración de la mujer, extinguida desde la época de la caballería, revivió en la perfumada atmósfera de los grandes salones. De nuevo la mujer subió a su pedestal, aunque ahora trepó por propia iniciativa. Pero tan pronto ocupó ese lugar, exigió el servicio de sus admiradores tan imperiosamente como sus antepasadas. Naturalmente, ya no se trataba de romper lanzas ni de salir a campo abierto; las armas eran las del intelecto y del esprit. La conversación ingeniosa, los cumplimientos bien pensados, los versos pulidos... he ahí los medios necesarios para conquistar los favores de una dama.

Los efectos literarios y los excesos de la precieuse han sido cabalmente explorados por la brillante y

devastadora sátira de Moliere. La galanterie de los exclusivos salones no era otra cosa que un galanteo interminable llevado a los extremos de la estupidez, adornado y desarrollado por la moda de la época.

De acuerdo con las precieuses, “las mujeres eran los adornos de la Naturaleza, creadas para recibir adoración y para vivir rodeadas de hondos sentimientos, a cambio de lo cual ofrecían amistad y respeto”. Y los caballeros- por lo menos en los salones de las damas de Rambouillet- se consideraban contentos de recibir dicha compensación. Estas damas eran tan frágiles y sensibles que Julie d’Angennes, por ejemplo, se desmayaba cuando en su presencia se decía alguna expresión vulgar. Sabemos que de sus conversaciones se excluían las palabras comunes y corrientes, y se las reemplazaba por expresiones nuevas y más refinadas... Un extraño era incapaz de comprender la conversación, y Claude de Saumaise, el erudito clásico francés, compiló un diccionario separado de este lenguaje (*Dictionnaire des Precieuses*). Por ejemplo, la palabra mano era considerada muy vulgar, pues la gente común la utilizaba para el trabajo manual. Por consiguiente, fue rebautizada con el nombre de la belle mouvante (la bella móvil). La palabra espejo fue reemplazada por la expresión le

conseiller des Graces (el consejero de las Gracias). Sillón era demasiado común... y se lo llamó commodité de la conversation (conveniencia de la conversación).

En estos salones sólo se hablaba de la excelencia de las damas, de sus magníficas virtudes y perfecciones; y de la total satisfacción que impregnaba el alma del varón cuando éste podía vivir adorando los pies de su dama. He aquí la carta que Guez de Balzac, uno de los más respetados escritores de la época, dirigió a Madame Rambouillet, con motivo de haber recibido de la dama el grato regalo de unos frascos de perfumes:

“Los poetas romanos cantaron la gloria de los perfumes de Venus. Pero mi regalo viene de una mano más excelsa que la de esta diosa común: viene de la diosa del amor, auténticamente celestial, virtud que ahora se ha manifestado a la humanidad descendiendo desde las alturas sublimes del cielo. Y no puedo dejar de vanagloriarme ante todos y cada uno de la gracia que ahora he recibido. Todas las cosas humanas, todos los tesoros de la tierra están a su disposición. Y así como no puede haber mayor gloria que la creada por vuestro regalo, en el mundo no hay gratitud comparable a la mía. En mis palabras

sólo se expresa pequeña fracción de mis sentimientos, y la mayor parte de ellos queda guardada en lo profundo de mi corazón.”

Las damas de los salones desarrollaban un frío juego de amor: sentimental, etéreo y fantástico, con cierto matiz platónico, y todo ello diluido en literatura y expresado en hipérboles vacías y alambicadas. Pero lograron que muchos jóvenes románticos y inexpertos aceptaran las reglas del juego. Bussy-Rabutin, que en su madurez ya estaba muy lejos de estas tonterías platónicas, describió su juvenil pasión por una bella viuda:

“Alentaba yo tan ridícula concepción del respeto debido a las mujeres, que mi bella viuda podría haberse muerto de angustia a mi lado, si no hubiera comprendido mi tontería y no me hubiese alentado. Y durante mucho tiempo ni siquiera me atreví a tomar nota de su benevolencia. Creía firmemente en la imposibilidad de conquistar el amor de una dama si no había consagrado cierto tiempo a suspiros, llorosas lamentaciones, ruegos y cartas de amor. Mientras no hubiera cumplido estas obligaciones, no me consideraba con derecho a esperar el menor favor.”

Como se advierte en esta cita, la hermosa viuda

no se negaba a hacer ciertas concesiones ocasionales, difícilmente compatibles con la “sensibilidad” de los seres etéreos que habían “descendido de los cielos”.

El juego de la galanterie no era en el fondo otra cosa que la forma primitiva de un galanteo cruel y ridículo.

4.

Debido a los siglos de influencia árabe, las mujeres españolas vivían en una atmósfera muy parecida a la de un harén. No sólo la opinión pública se oponía a las relaciones entre hombres y mujeres; los furiosos celos del esposo también imposibilitaban completamente el contacto con los presuntos amantes. Cuando el marido se hallaba impedido de vigilar personalmente a la mujer, lo reemplazaba la dueña, que con ojos de Argos cumplía su misión. Es cierto que la astucia femenina siempre hallaba medio de burlar la guardia más estricta; pero estos casos nada tienen que ver con la historia de la estupidez humana. Muy al contrario.

Y sin embargo, en España, que carecía prácti-

camente de vida social, también hallamos una versión algo más atenuada del juego de amor desarrollado con tanta pasión en la época de la caballería, y en el lugar que se hubiera creído menos apropiado: la corte real. La vida social de la corte española sufría el influjo de una de las más extrañas invenciones del espíritu humano: la etiqueta española. Fue ideada por Felipe II, que la transmitió a sus sucesores, junto con un imperio que ya empezaba a agrietarse por todos los costados.

La etiqueta española convirtió en divinidades las personas del rey y de la reina. Y los dioses no sonríen. La risa y la diversión fueron desterradas de la corte. De Felipe IV se afirma que en toda su vida sólo rió tres veces.

La reina tenía una dama de compañía de cierta edad, la Camarera Mayor. Su tarea consistía en mantenerse constantemente al lado de la reina, y en observar con férrea severidad el cumplimiento de la etiqueta. “¡La reina de España no debe reír!” advirtió una vez en que la joven reina estalló en carcajadas, ante las piruetas de un payaso de la corte. “¡La reina de España no debe asomarse a la ventana!” aunque la ventana daba al solitario jardín de un monasterio. En otra ocasión, como la reina hallara mu-

cho placer en la charla ociosa de sus loros, la Camarera Mayor con sus propias manos retorció el cuello de las infortunadas aves.

Esta Camarera Mayor era la duquesa de Terranova, una mujer de cierta edad. Gozaba de completa autoridad en todos los asuntos de etiqueta; pero cuando la reina quedó embarazada, la duquesa pasó un mal rato. La costumbre española permitía que durante los primeros meses del embarazo la futura madre satisficiera cualquier capricho o apetito. La reina aprovechó la ocasión, y cuando la odiada bruja apareció para el saludo matutino, le aplicó dos fuertes bofetadas. “No pude resistir la tentación”, se apresuró a decir la reina, y la venerable Camarera Mayor no pudo decir una palabra.

En esa atmósfera, las damas de compañía se morían de hastío. También tenían una supervisora, la Guardadama, la cual, con la ayuda de varias colaboradoras, vigilaba la moral de las cortesanas. Las mujeres casadas no podían servir a la reina; sólo se aceptaban vírgenes o viudas. Debían vivir en el palacio; pero para que la vida que llevaban fuese más soportable, las reglas de la corte les permitían tener uno o más “admiradores oficiales”. Y éstos tenían su propio título: galanteos de palacio. El caballero

podía ser casado o soltero, viejo o joven... para el caso era lo mismo, pues no existía la menor posibilidad de que sus servicios obtuvieran alguna recompensa concreta. Sólo gozaba del derecho de adorar y de servir a su dama.

La sátira de Cervantes no produjo ninguna impresión en El Escorial; simplemente, se dieron por no enterados. El caballero de la corte tenía íntima afinidad espiritual con Don Quijote y sus predecesores. En todo el año sólo disponía de unos pocos días, durante los cuales se le permitía gozar de la compañía de su adorada. En raras ocasiones se veía en público a las damas de compañía: en las grandes recepciones de la corte, durante las procesiones y las fiestas, quizás en ocasión de un auto de fe, cuando refrescaban sus ojos y sus oídos con el espectáculo de las llamas y los gritos de los herejes y de las brujas que ardían. En esas circunstancias el caballero podía estar de pie al lado de su dama y cortejarla... claro está que sólo dentro de los límites del más estricto decoro. Esta actividad gozaba de cierto particular carácter oficial debido al privilegio de los galanteos de conservar puesto el sombrero en presencia del monarca (derecho que compartían con los grandes de España). Se les concedía dicho pri-

vilegio porque de acuerdo con la teoría oficial, el caballero estaba tan desconcertado en presencia de su dama, y tan embriagado de amor que no podía controlarse, de modo que si hubiese sostenido el Sombrero en la mano, seguramente lo habría dejado caer.

El resto del año, el galanteo podía rondar el palacio y esperar hasta que su dama apareciera durante un instante en la ventana. Entonces le declaraba su amor... pero sólo por señas. Este lenguaje por señas consistía (de acuerdo con la tradición española) en que el enamorado se llevaba el pañuelo a los labios, luego a la frente, y finalmente al corazón. Según las memorias de la condesa d'Aulnoy, en tales ocasiones el caballero enamorado suspiraba y gemía tan ruidosamente que podía oírsele a bastante distancia. Con el fin de obtener por lo menos alguna satisfacción física de carácter sustitutivo, los caballeros sobornaban al cirujano que sangraba regularmente a las damas de compañía, para que les entregara subrepticamente alguna venda o servilleta empapada en la sangre de la bien amada.

A pesar de todo, ese galanteo oficial era considerado gran distinción y honor. Viejos y jóvenes por igual intrigaban y luchaban por el privilegio; y

los elegidos ofrecían hermosos regalos a sus damas. La condesa d'Aulnoy afirma que durante su visita a España comprobó que más de un galanteo se arruinó completamente debido a esta manía de los regalos.

5.

A principios del siglo XVIII arraigó en Génova la institución de los cicisbeos. En esencia, se trataba del derecho de la dama noble a tener no uno sino varios galanes, que le prodigaban las indispensables atenciones personales. Si la dama tenía varios caballeros, éstos se dividían celosamente las responsabilidades. Uno la asistía en el tocado matutino, otro la acompañaba a la iglesia, el tercero la sacaba a pasear, el cuarto la escoltaba en las fiestas, el quinto aseguraba los placeres de la mesa, el sexto manejaba las finanzas de la señora. Se consideraba que estos deberes constituían los más dulces privilegios. Tanto se difundió la moda, que al cabo de cierto tiempo se estimó verdadera desgracia que una dama no tuviera un cicisbeo, o que un hombre de cierto rango no consagrara la mayor parte de su tiempo a

esas tareas.

La posición del esposo se parecía bastante a la que tuvo durante la época de la caballería; estaba obligado a aceptar al admirador de su esposa... y hacerlo de acuerdo con ciertas formalidades solemnes y públicas. La diferencia consistía sólo en que el caballero medieval rara vez veía a su señora, mientras que el cicisbeo rara vez se apartaba del objeto de su amor. En circunstancias ordinarias, el esposo no formulaba objeciones a esta compañía permanente; pues los cicisbeos se mostraban más celosos unos de otros que lo que podía estar el marido de su mujer. Eran guardianes muy eficaces. Podían presentarse inconvenientes sólo cuando había un solo cicisbeo; pero después de todo lo mismo ocurre en cualquier época cuando el galanteo pasa a mayores. Y a menudo sucedía lo mismo que en el *Frauentdienst* medieval: el propio esposo se convertía en cicisbeo de otra dama casada.

La institución del cicisbeo se distinguía de las relaciones comunes, más o menos públicas, más o menos toleradas, en que estaba organizada y legalizada; pues cuando se discutían los contratos matrimoniales, uno de los aspectos importantes del acuerdo era el número de cicisbeos que podría

aceptar la futura esposa. Desafiar la tradición hubiera sido fatal... tan fatal como oponerse a los dictados de la moda. En toda la historia de Génova sólo se conoce el caso de un hombre valeroso que se atrevió a adoptar esa actitud: el marqués Spinola, a quien la muy vulgar pasión que experimentaba por su prometida le movió a insistir que se incluyera en el contrato una cláusula contraria a la venerable costumbre. Exigió franca y desvergonzadamente que, mientras durara el matrimonio, la esposa no aceptara ningún cicisbeo; por su parte, se comprometía a no asumir ese papel en el servicio de ninguna mujer.

La estúpida moda se extendió de Génova a otras ciudades italianas. Los autores contemporáneos se sintieron un tanto desconcertados ante la difusión de esta manía, y al fin no se les ocurrió otra excusa que la idea de que toda la institución representaba realmente un progreso general de las costumbres, pues impedía que los jóvenes nobles se dedicaran a placeres y a ocupaciones más viciosos.

6.

Los más sombríos capítulos de la folie erotique corresponden a la combinación del sexo con la religión. No es éste el lugar apropiado para escribir una historia de las diversas sectas y religiones, desde los Jumpers (Saltarines) a los anabaptistas, de los “Convulsionistas” a los “Tembladores” o Holly Rollers... para no referirnos sino a un tipo especial de cisma que sigue el principio fundamental de “servir a Dios mediante la danza”. Cuando la folie erotique se combinó con la manía religiosa, el resultado fue una revuelta contra el ascetismo de las iglesias establecidas, o la aplicación más extremada aún de esos mismos principios ascéticos.

Las protestas francas contra los dogmas ascéticos tienen diferentes explicaciones. La motivación es a menudo de carácter sofisticado. Pero, con excepciones relativamente poco numerosas, todas coinciden en un punto: la importancia de la satisfacción sexual. Aunque parezca extraño, esta opinión no excluye la idea de que sexo y pecado son términos idénticos. Pero los sectarios agravaban la cosa con la afirmación de que el pecado estaba permitido, y aun era necesario y deseable, en interés de la salvación.

El fundador de una de las más horribles sectas rusas, los Chisleniki, afirmaba lo siguiente: “Los hombres deben ser salvados del pecado. Pero si no pecan, no pueden ser salvados. Por consiguiente, el pecado es el primer paso en el camino de la salvación”. Taxas Maxim, el campesino de Shemenov que estableció este curioso principio, lo transformó en uno de los principales dogmas teológicos de su secta. Otro apóstol ruso, el misterioso monje Serafín, declaró en 1872: “Sólo en el pecado es posible hallar la verdadera salvación del alma. Cuanto más se peca, más glorioso es el mérito del Salvador”. Con toda franqueza estos sectarios llamaban al pecado la “puerta de acceso a la gloria del Otro Mundo”.

Otras sectas fueron tal vez menos radicales, pero los principios esenciales eran los mismos. Está el caso de los “rusos errantes”, que afirmaban que el mundo estaba en poder del demonio; por lo tanto, carecía de importancia evitar el pecado. Por el contrario, todo estaba permitido... incluso el crimen, el robo o el asesinato. Una primitiva secta cristiana, fundada por Carpócrates de Alejandría, declaró que los seres humanos de este mundo se hallaban permanentemente en poder de demonios malignos. De

modo que mucho mejor era conciliarlos viviendo en la disipación... y, por supuesto, las mujeres debían ceder francamente a las exigencias masculinas. La secta de Carpócrates fue una de las primeras en abolir el matrimonio; por principio, todas las mujeres eran compartidas por todos los hombres de la comunidad.

Durante los siglos posteriores no faltaron imitadores que profesaron las mismas creencias y siguieron las mismas prácticas. Los Paterniani o Venustiani afirmaban que Dios y Satán compartían la responsabilidad de la creación de la humanidad. Dios era responsable de la parte superior de nuestro cuerpo; y el diablo, de la parte inferior. De ello se deducía naturalmente que los “órganos satánicos” del hombre debían ser aplicados al “trabajo del Diablo”.

En el siglo XIV, los Lothardi concibieron un dogma más particular aún. Afirmaron que los hombres debían llevar una vida moral... mientras estuvieran al nivel del suelo. Pero a la profundidad de tres ellos (un elle equivalía a siete décimos de yarda) las normas morales perdían validez. Por consiguiente, se reunían en recintos subterráneos, donde realizaban terribles orgías: salvajes flagelaciones,

toda clase de perversiones sexuales, asesinatos y suicidios.

Los Lothardi se caracterizaron por lo extremado de sus puntos de vista y por sus retorcidos razonamientos. Pero muchas sectas aceptaron y aprobaron el pecado y la perversión por otras razones de carácter general. Argüían que, al hombre santificado por la fe, el mal no podía hacerle ningún daño; ninguna aberración de la carne podía manchar el ropaje del alma purificada por la fe auténtica. Hace siete siglos, los Beghardi representaron este punto de vista en Alemania; en nuestro propio siglo, fue también el concepto afirmado por los Shakury y los Pryguny de Rusia.

Uno de los profetas de la lujuria, Dulcinius, que vivió en el siglo XIV, dividió la historia en tres períodos. Durante el primero- hasta el nacimiento de Cristo-, Dios gobernó el mundo. En el segundo- desde Cristo hasta el año 1300-, Jesús fue el amo espiritual de la humanidad. Pero después, el Espíritu Santo siguió al Padre y al hijo; y el Espíritu Santo se hallaba representado por Dulcinius. En su reino, la disipación sexual no era un pecado. El profeta, que había reunido seis mil adeptos, tuvo mal fin; el Papa Clemente IV lo excomulgó, fue detenido junto con

su esposa, y ambos fueron muertos en la rueda y quemados luego.

Algunas sectas- por ejemplo, los Euquitas- convirtieron al acto sexual en parte de su ritual religioso. Los Euquitas asesinaban a los niños engendrados en estas orgías, recogían la sangre de los infantes y quemaban los cuerpos en una hoguera; luego, se mezclaban las cenizas con la sangre recogida, y se preparaba un horrible brebaje. (Osellus, que relata la ceremonia, agrega que el propósito del asesinato de los inocentes era “destruir el sello adherido fuertemente al alma humana y evitada por los demonios del mal, para que dichos demonios pudieran entrar sin inconveniente en los cuerpos, y concertarse libremente con ellos.”)

Los Bogomils, muy activos en Francia, permitían también la relación promiscua de los sexos. Afirmase que los Fraticelli practicaban orgías similares. Bozovius afirma que “los niños nacidos de esas relaciones eran arrojados de unos a otros, en el círculo de los sectarios, hasta que perecían”.

En 1723 la policía de Montpellier cayó sobre el refugio de una secta consagrada casi exclusivamente a los placeres sexuales. Se llamaban los “multiplicantes”, y sus orgías solían prolongarse desde el sá-

bado por la noche hasta el lunes por la mañana. Esta secta reconocía por lo menos la institución del matrimonio... pero sujeta a ciertas modificaciones. Dichos matrimonios, bendecidos por el profeta de la secta, unían a los cónyuges por el término de veinticuatro horas, y debían ser consumados en un lecho especial, bajo la mirada vigilante de tres testigos. Los “multiplicantes” fueron tratados duramente por las autoridades. Los jefes fueron ahorcados, los hombres sentenciados a galera perpetua, y a las mujeres se les afeitó la cabeza y se las encerró en conventos.

Los profetas y las profetisas de estas extrañas sectas tuvieron innumerables predecesores y sucesores. Veinte años antes de la exterminación de los multiplicantes, existió una secta llamada Buttlarsche Rotte (la banda Buttlar), encabezada por Eva Margarita von Buttlar, mujer de buena familia, que a la edad de quince años contrajo matrimonio con Jean de Vesias, maestro de pajes en la corte de los duques de Sajonia. En colaboración con un confuso teólogo, llamado Justus Gottfried Winter, y con un poetastro de nombre Appenzeller-Leander, inventó una nueva religión, cuyo objetivo era la creación (o más bien recreación) de un ser primigenio, bisexual

e inmaculado. La secta sólo tenía un objetivo real: satisfacer los apetitos sexuales de los fundadores. Tal era el propósito franco o secreto de tan extraños mesías como Rosenfeld, de Berlín (1718-1781), que organizó un harén de siete muchachas, con el fin de “romper los siete sellos del Libro de la Vida”; del inglés Henry James Prince y Pigott, que fundó la “Secta del Amor”, y el “Refugio de Amor”; del arzobispo Kowalski, cuya extraña fe floreció en Polonia hasta que, en 1928, fue encarcelado. Hubo muchos otros... y algunos de ellos desarrollan sus actividades en nuestros días. La folie erotique que los aquejaba aprovechó la profunda estupidez de sus adeptos y víctimas masculinos y femeninos.

Los adamitas duraron mucho tiempo. La secta original estaba encabezada por cierto Prodicus; sus miembros asistían desnudos al servicio divino. Explicaban esa actitud diciendo que la virtud era real sólo cuando no faltaban las tentaciones. Se declaraban contra todos los placeres de los sentidos, pero aparentemente el dogma era puramente teórico, pues cedían con frecuencia a las tentaciones de que estaban rodeados. Rudolf Quanter, en su obra *La mujer en las religiones de las naciones*, declara que el culto de esta secta “no era mucho mejor que las orgías en

los templos de Astarté”. La secta desapareció pronto, pero los principios sobrevivieron durante siglos. Bajo diferentes formas, aparecieron en otras épocas y lugares. A veces sus adeptos se denominaban “Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre”, o Picards, Marocanes, Tirelupins, o Nicolaites. A mediados del siglo XIX fue preciso llamar a las tropas para que intervinieran en el distrito de Chrudim, en Bohemia, contra un grupo de sectarios adamitas, dirigidos por un intrépido tejedor ambulante, llamado Pelzmann. Durante la primera década del siglo XX apareció en los Estados Unidos un matrimonio Sharp; ambos cónyuges representaron los papeles de Adán y de Eva, en un sincero esfuerzo por restablecer el Paraíso en la tierra de acuerdo con la tradición legada por sus predecesores adamitas.

El culto de la desnudez a veces adoptaba formas más refinadas y más astutas. La secta Mucker de Koenisberg, fue organizada por dos hombres llamados Ebels y Diestel, a principios del siglo pasado. Esta extraña organización alcanzó gran éxito en los círculos aristocráticos del nordeste de Alemania. La teoría de sus dogmas fue tomada de los escritos del poeta místico Johann Heinrich Schónherr, pero en realidad se trataba de una estúpida mezcla de insen-

sateces disfrazadas de profunda sabiduría (Tiefsinn). De todos modos, esa dosis de tontería no fue obstáculo para el desarrollo del grupo. Ebels era hombre de gran prestancia física; la forma de su religión resultaba tentadora y atractiva, y de gran poder sugestivo sobre los espíritus inclinados a la piedad soñadora; la mayoría de sus adeptos eran individuos que secretamente habían estado reprimiendo sus deseos sexuales. Ebels, en quien los miembros de la secta veían al “Hijo del Hombre” (es decir, una reencarnación de Jesús) tenía tres mujeres. La primera (la menos respetada y la de menor jerarquía) era su esposa legal. En la compleja terminología de la secta, se la llamaba la “Envoltura”. La seguía Emilie von Schroetter, la “Naturaleza de las Sombras”; y la de mayor jerarquía era su “primera esposa en el espíritu”, Ida von Groeben, que llevaba el bello nombre de “Naturaleza de la Luz”. De tiempo en tiempo cada uno de los miembros de la secta debía confesar sus pecados a estas mujeres, arrodillándose humildemente a los pies de la dama confesora (naturalmente, la mayoría de los pecados era de carácter sexual).

“Cuanto más se hablaba de todas estas cosas”, escribió el doctor Sachs, de Koenigsberg, que había

pertenecido al núcleo principal, pero que abandonó la secta y fue uno de los testigos de la acusación en el proceso que se siguió a los Mucker, “y cuanto más groseras eran las expresiones utilizadas, más exaltados elogios se recibían, y más rápidamente se avanzaba por el camino de la santificación. Pero si la confesión no era importante; es decir, si los pecados no eran muy graves, se recibían severos reproches, y se acusaba al sujeto de «aferrarse a sus pecados», de traficar con el demonio, de no ser ni blanco ni negro... Si se obtenía la confesión, se daba gracias a Dios, que se sentía complacido”.

Más importantes que las confesiones eran los “ejercicios de santidad”. El primero de ellos, el “Beso del Serafín”, era relativamente inocente: los creyentes de sexos opuestos debían saludarse con la punta de la lengua. La principal etapa de santificación consistía en una prueba sistemática, destinada a determinar si los sectarios eran realmente indiferentes al espectáculo de bellas mujeres desnudas. Sin embargo, en este aspecto era evidente la malicia de los métodos refinados: no se desnudaba todo el cuerpo. Aquellas que eran consideradas dignas de participar en el juego, debían desnudar alguna parte de su anatomía habitualmente no visible a los ojos

masculinos. Esta primitiva forma de strip-tease ocurría generalmente durante el “servicio divino”. De ese modo, cada reunión aportaba una nueva sensación... lo cual era probablemente el propósito de los fundadores. Este despliegue de desnudeces llegaba aparentemente a extremos, y el acto sexual sólo se interrumpía, por lo general, en el momento de la concepción. Nunca participaban mujeres de edad, y aún se les negaba información, porque “no podían comprender”.

Los “ejercicios de santificación” desarrollados por los Mucker tuvieron muchos imitadores. Por ejemplo, los Bdenje (“Vigilias”) instituidos por el notorio Rasputín, o las llamadas “pruebas” ideadas por Daria Smirnova, que fundó una secta en San Petersburgo. Esta “santa” o “Divina Madre” se desnudaba en compañía de sus adeptos masculinos, para “poner a prueba el vigor de su fe”; pero las pruebas” eran tan escandalosas, que cuando la Smirnova fue procesada en 1914, las audiencias se desarrollaron en recintos privados.

Häusser fue uno de los últimos “grandes Salvadores” que turbaron la paz de Alemania durante casi diez años. Este extraño profeta, que murió en 1927, había quedado impotente después de una vida

de frenética disipación, y por lo tanto se dio a predicar la supresión de los placeres de la carne... pero personalmente se esforzaba en obtener por lo menos satisfacciones sustitutivas, reviviendo las prácticas de la sunamita. Sus discípulos creían firmemente que “el gran Lou” había logrado la “teleprocreación”, y este absurdo fue discutido solemnemente por el rebaño de fieles.

La estupidez, en sus formas sexuales y religiosas, ha creado muchas otras sectas y originado dogmas pervertidos. Por ejemplo, los “purificantes”, cuyo centro estaba en Siberia, y cuyas enseñanzas se difundieron hasta Finlandia y el sur de Rusia. Su dogma principal era la supremacía de las mujeres. Afirmaban que, como el pecado había llegado al mundo a través de Eva, por sus hijas se obtendría la salvación. Fue una secta de matices acentuadamente masoquistas; y fue descrita en detalle por el propio Sacher Masoch, el hombre que dio su denominación a esta aberración sexual.

Los moravios, o Herrnhuter, también crearon una religión con muchos oscuros elementos de perversión sexual. (No me refiero aquí a los Hermanos de Plymouth, ni a los actuales Herrnhuter, cuyos núcleos se encuentran en diversos lugares de Ale-

mania, Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino más bien a la historia primitiva de esta secta, en las décadas del cuarenta y cincuenta del siglo XVIII.) El conde Zinzendorf, su fundador, vivía aún, y sus particulares inclinaciones fueron casi exclusivamente responsables de la fantástica interpretación que los moravios hicieron de ciertos hechos bíblicos. Identificaban completamente el sexo con la religión, y todo el culto se fundaba en la herida que la lanza del legionario abrió en el costado de Cristo, cuando los verdugos quisieron comprobar si el Salvador estaba muerto. Sólo una profunda neurosis sexual puede explicar el hecho de que Zinzendorf transformara en acto sexual la penetración de la lanza del legionario. Zinzendorf creó “vice-esposos”, o “procuradores matrimoniales”, que eran representantes de Cristo, en su carácter de auténtico esposo de todas las almas humanas. Algunos de los primitivos himnos moravios constituyen sorprendentes expresiones de obscenidad enfermizamente sentimental.

Los skoptsi fueron una de las más horribles sectas que el mundo conoció. Representan quizás el último grado de la locura humana. Como casi todas las sectas modernas, los skoptsi también tuvieron

sus antecesores en los primeros tiempos del cristianismo. Por lo que sabemos, Orígenes y Leoncio de Antioquía fueron los primeros cristianos que se castraron; el árabe Valerio reivindicó la dudosa distinción de haber organizado una secta sobre la idea de la castración. Estos sectarios se convirtieron en peligro público; no se contentaban con castrar a sus propios fieles, y hacían víctimas por doquier, entre individuos completamente ajenos a tales ideas religiosas. En un año de cosecha particularmente “rica” castraron a 690 hombres. La idea de que la extirpación del órgano sexual pecaminoso era grata a Dios (idea conocida ya en los tiempos precristianos), nunca desapareció totalmente de la vida de las sectas. Pero aparte de la horrible institución de la castración con “fines musicales” (durante mucho tiempo los eunucos representaron sobre la escena papeles femeninos, y los niños castrados formaban los coros de la iglesia) esta idea sólo halló expresión en una serie de tragedias individuales. Después de la desaparición de los valerenses, no volvió a constituir el fundamento de una comunidad sectaria. Hasta el siglo XVIII no hallamos grandes grupos de castrados en Rusia. En 1715 se arrestó a cierto número de estos desequilibrados en el distrito de

Uglitch, de la provincia de Jaroslav. Dos años después se realizó gran número de arrestos en Moscú, donde la secta estaba dirigida por un hombre llamado Lupkin. Después de su muerte, su nombre y su tumba se convirtieron en bandera y lugar de peregrinación de sus adeptos. En 1738 la zarina Ana Ivánovna ordenó que el cuerpo fuera exhumado y quemado.

Pero la epidemia de autocastración se difundía cada vez más. Los procesos posteriores revelaron hechos horribles: canibalismo, asesinato de niños, etc. De todos modos, las medidas represivas resultaron inútiles. En 1771 apareció el Mesías de los skoptsi. Era Kondrattij Sselivanov, un original aventurero que se hacía pasar por el zar Pedro III. Los skoptsi todavía adoran en él al Hijo de Dios, y consideran que su misión fue más importante que la de su “hermano” Jesucristo.

No es necesario seguir detalladamente la historia posterior de los skoptsi. Fueron particularmente numerosos durante la segunda mitad del siglo XIX. El más elevado porcentaje correspondía a las provincias rusas de Orel y Petersburgo, en las que había ocho skoptsi por cada cien mil habitantes. Algunos distritos estaban libres de esta plaga religiosa, pero

Galitzia, y sobre todo Rumania, estaban infestadas. Bernhard Stern, estimó su número en las tres principales ciudades rumanas (Bucarest, Galatz y Jassy) en no menos de veinte mil. Un hecho curioso, observado por Hechetorn: en Jassy todos los conductores de los coches de plaza eran skoptsi.

De acuerdo con esta secta, tanto Cristo como su “hermano”, Sselivanov, eran eunucos; Cristo había predicado el dogma de la castración, pero en el curso de siglos el texto del Nuevo Testamento había sido deformado y falsificado, de modo que no era posible reconocer esta idea central. Sólo unas pocas frases dejaban entrever el gran secreto. Así, la expresión “bautismo de fuego” aludía a la castración.

Los iniciados de esta secta absurda pasaban por dos grados: el primero, o pequeño sello, llamado también “primer blanqueo” o “montar el caballo pío”, y el sello imperial, “segundo blanqueo” o “caballo imperial”. Los cirujanos de la secta eran tan hábiles, que rara vez se presentaban complicaciones. En las grandes ciudades como Moscú y Petersburgo, a menudo se sujetaba a las víctimas a un ingenioso artefacto en forma de cruz (Mantegazza: *Relaciones sexuales de los humanos*). Pero independientemente de los métodos y etapas, el objetivo final era

el mismo: destruir los órganos sexuales tanto de los hombres como de las mujeres. Aunque parezca extraño, la capacidad para el goce sexual, y aun la de concebir no siempre eran destruidas por estas operaciones. Y se sabe de algunas mujeres skoptsi que se dieron a la prostitución.

Las reuniones de los skoptsi eran una nauseabunda mezcla de éxtasis religioso, sadismo y prácticas sexuales pervertidas, que a menudo desembocaban en el crimen. Los skoptsi representan la más horrible y repugnante forma del ascetismo. Hubo otras formas más benignas, pero todas se fundaban en la folie erotique deformada o desviada, todas eran efecto de la estupidez sexual. Las sectas de flagelantes han durado casi dos mil años. Los Chlystes de Rusia en nada cedían a las sectas flagelantes de la Edad Media, y eran tan capaces como estas últimas de combinar la lujuria y el desequilibrio con la tortura; poco antes de la Primera Guerra Mundial, los Devil Hunters de Estados Unidos golpearon a un niño hasta matarlo, en su esfuerzo por expulsar al diablo del cuerpo del infeliz infante. A la misma categoría pertenecen las extrañas escenas de flagelación de la secta de la “Sagrada Madre”, María Mesmín, que fue procesada en Burdeos el año 1926.

En muchos casos no corresponde tomar muy en serio estos excesos: se trata de simples aberraciones del gusto. En todo ello hay más ridículo que tragedia. Pero el caso de los Devil Hunters demuestra que, en circunstancias especiales, esta manía puede provocar graves perturbaciones en la comunidad. Y aún si el asesinato del infortunado niño fue accidental, el ascetismo a veces impulsa a los fanáticos a quitarse la vida, o a matar a sus compañeros de cofradía. En este sentido, la historia cultural ofrece abundantes pruebas. A menudo ocurre que los sectarios se suicidan, en la estúpida creencia de que Dios exige de ellos un sacrificio especial... y aun el supremo sacrificio.

El ascetismo no se detiene ni siquiera ante las más horribles formas de la muerte. Porque Cristo fue crucificado, este modo de terminar con la vida ocupa un lugar de cierto privilegio en el pensamiento sectario de autodestrucción. Los “convulsionistas”, que se reunían en la tumba del abad París, se limitaban a jugar con la crucifixión de un modo que armonizaba con sus restantes locuras. A último momento, cuando el juego amenazaba adquirir contornos graves, aflojaban las cuerdas y retiraban los clavos, y revivían a tiempo a las mujeres

torturadas. Pero en muchos otros casos este juego religioso sexual acababa en desastre. El zapatero italiano Mateo de Casale se colgó de una cruz frente a su casa; poco faltaba para que muriese, cuando algunos transeúntes se apiadaron de él y lo bajaron. Acabó sus días en un manicomio, víctima de insanía ascética.

En 1823 la “sagrada Margarita”, fundadora de una extraña secta en Wildisbuch, Suiza, fue torturada bestialmente por sus adeptos. Estos la mataron porque les había prometido que resucitaría al tercer día después de su muerte. Fue crucificada, y le clavaron clavos de hierro en los pies, en las manos y en el pecho. Y como no demostró dolor, y “solamente alegría en su muerte de mártir”, cumplieron el último pedido de la mujer, y le hundieron en la cabeza una cuña de hierro, de las que se usan para partir madera. Los asesinos nunca fueron castigados.

El efecto de sugestión de estos actos puede ser notable, y la manía sectaria se extiende en círculos cada vez más amplios. Fue dudoso privilegio de Rusia haber producido una variada gana de sectas, todas fundadas en los principios del asesinato y el suicidio en masa. En todos los casos existían ocultos motivos o causas de carácter sexual. Cierta secta

rusa predicaba la bienaventuranza de la muerte mediante la estrangulación; en otra, los miembros eran quemados vivos; otros preferían morir enterrados. A menudo los habitantes de aldeas enteras perecían por el fuego. En el distrito de Olonetz murieron de este modo tres mil sectarios. En 1896-97 cierto Feodor Kovalev enterró vivos a veintiuno de sus fieles... pero olvidó incluirse. En 1917 un predicador llamado Chadkin condujo a sus fieles al bosque, donde todos debían morir de hambre. Vistió de harapos a las mujeres, y les prohibió llevar alimento o bebida. Comenzaron a agravarse los padecimientos del grupo, y uno de aquellos infortunados huyó. Chadkin temió que la policía pudiera hallarlos, y resolvió que todos debían morir inmediatamente. Primero se asesinó a los niños, luego a las mujeres, y finalmente a los hombres. Cuando llegó la policía, sólo encontró con vida a Chadkin y a dos de sus apóstoles”

No es fácil determinar hasta qué punto estas sectas perduran y se mantienen activas. Hace treinta años todavía se filtraron noticias de algunas extrañas y temibles comunidades, activas en la región de Moscú. En ellas la folie erotique halló su forma final y más frenética, demostrando que la estupidez pue-

de impregnar todos los campos de la actividad humana, todas las formas del pensamiento y de la fe.

X

EL FIN DE LA ESTUPIDEZ

1.

Este libro no pretende ser una historia completa, y ni siquiera un análisis sistemático de la estupidez. El tema es tan vasto como la humanidad misma, con toda su historia escrita y no escrita. A lo sumo, he procurado esbozar el tema, como lo hicieron otros antes que yo. Por otra parte, creo que nunca se escribirán demasiados libros sobre la estupidez, la cual ha causado a los hombres más perjuicios que la sífilis o que la peste.

He tratado de cubrir los principales aspectos del problema; pero aunque algunos de los capítulos tienen exceso de material, apenas he rozado la superfi-

cie de la enorme documentación existente.

No he examinado la estupidez de quienes quieren descifrar las leyes invariables del tiempo y adivinar el futuro. No es fácil calcular cuánto gasta la gente en astrólogos, adivinadores de la fortuna y otros especialistas por el estilo... pero bastaría que se invirtiera la cuarta parte de esa suma en escuelas, hospitales o institutos de investigación científica para que el mundo fuera un lugar mucho más grato.

Una sola firma alemana solía imprimir un millón de ejemplares anuales de su *Gran Libro de los Sueños*, que pretendía interpretar y explicar todos los sueños, por muy variados que fuesen. Freud nos enseñó que los sueños reflejan lo que ha ocurrido y lo que está ocurriendo en nuestro subconsciente (para decirlo de un modo muy simplificado); pero ni Freud ni sus sucesores han sugerido jamás que los hombres deban elaborar sus planes, modificar sus vidas o aceptar presagios del futuro porque así lo diga un libro absurdo. Un economista hindú calcula que en su país se gasta en astrólogos y en brujos por lo menos una vez y media la suma que se destina a educación y atención médica. A juzgar por los anuncios que llenan las páginas de los diarios de la India (y de muchos otros países) no se trata de un

cálculo fantástico.

He aquí una breve lista de títulos publicados en los Estados Unidos y relacionados todos con cuestiones de astrología:

Astrología y accidentes.

Su futuro y las estrellas.

Astrología y matrimonio.

El zodiaco, y el alma humana.

Libro de astrología del estudiante.

Astrología familiar.

Astrología y carreras de caballos.

La influencia de las estrellas sobre las cotizaciones de bolsa.

Cómo y cuándo jugar bridge, en relación con las estrellas.

No es de extrañar que con frecuencia se lean en los diarios anuncios de este tipo:

“Dama de buena posición y educación, nacida Escorpión, busca relacionarse con caballeros nacidos en Tauro. Objeto: matrimonio.”

Se ha calculado que la población de los Estados Unidos gasta ciento cincuenta millones de dólares anuales en astrólogos, adivinos y otros charlatanes. Esta maravillosa presunción de los hombres, los cuales empiezan por aplicar nombres arbitrarios a las estrellas del cielo, y luego extraen trascendentales

conclusiones de esa nomenclatura arbitraria, constituye una de las más notables pruebas de la inmortalidad de la estupidez.

Pero la astrología es sólo uno de los variados métodos con los que se procura penetrar los misterios del futuro. En la antigüedad y durante el medioevo se conocieron cien distintas formas de adivinación, veintenas de métodos aplicados a la predicción del futuro. Sólo tenían una característica común: jamás daban resultado. Cuando acertaban, lo debían a mera coincidencia, o gracias al tipo de profecía estilo Macbeth, en la que ciertas cosas ocurren gracias a la deformación voluntaria de los hechos. He aquí una lista parcial:

Dafnomancia- adivinación por medio del laurel.

Cleromancia- adivinación mediante dados, huesos, etc. o echando suertes.

Botanomancia- adivinación por medio de las plantas.

Pegomancia- adivinación por medio de las fuentes.

Sicomancia- adivinación mediante hojas de sicomoro.

Xilomancia- adivinación por medio de hojas caídas.

Esodomancia- adivinación mediante cenizas.

Geomancia- adivinación por medio de arena.

Commiomancia- adivinación mediante cebollas.

Alectriomancia- adivinación por medio de pieles de gallos.

En realidad, cualquier cosa podía servir de fundamento al arte adivinatorio: el pan, los dados, las llaves, las lámparas, los pájaros, los nombres, las flechas, las ratas, las hojas de zanahoria, el queso, la sal, los números, los ojos, el dinero, los espejos, el fuego, el incienso, los huevos, los accidentes, la cera, el agua (con agua se practicaban diez clases diferentes de adivinación), la poesía, los topos... Como se ve, era posible elegir. Y muchos métodos sobreviven aún en nuestros días.

Estúdiese cualquier publicación ocultista o espiritista y se hallarán veintenas de anuncios, cada uno de los cuales ofrece consejos detallados sobre el futuro, la salud o los problemas sexuales y financieros del lector. No es éste el lugar adecuado para tratar la estupidez que sirve de caldo de cultivo a los falsos médium, a los clarividentes, a los fotógrafos del espíritu y a los restantes charlatanes cuyos métodos fueron denunciados por Harry Price, el barón Schrenck-Notzing, Houdini y muchos otros. Tam-

poco aludimos aquí a quienes creen honestamente en la vida futura y en la comunicación espiritual. Quizás sólo persiguen un bello sueño; y quizás es posible también que posean particular capacidad para autoengañarse... por lo menos la mayoría de ellos viven consagrados a una auténtica búsqueda de conocimientos y de iluminación. Pero el delito y el ocultamiento siempre tuvieron cierta natural relación, y quienes explotan la credulidad de los auténticos creyentes pueden hacerlo sólo porque existe un fértil suelo de estupidez en el que madura la cosecha de la superstición y del engaño.

2.

Consideremos ahora el caso de los coleccionistas. No el de quienes consagran tiempo y dinero, conocimiento y amor a reunir obras de arte o a formar una buena biblioteca. Me refiero a los hombres y a las mujeres en quienes coleccionar es una manía devoradora. Han existido coleccionistas de cerraduras, de llaves, de llamadores; de bastones, de pipas, de tarjetas de visita, de programas, de avisos fúnebres, de billetes de ferrocarril. En París existió

una famosa colección de escarbadiantes. Un coronel de húsares vienés llegó a reunir doscientos mil soldaditos de plomo. Otro savant formó, al cabo de treinta años, la colección de naipes más completa del mundo.

Y luego, existen los coleccionistas de modas y de accesorios del vestir. Sombreros, cuellos, pelucas, peines, guantes, pañuelos, abanicos, hebillas, tirantes, ligas, corsés, zapatos... cada uno de estos artículos halló sus admiradores. Algunas de estas colecciones poseen real valor para los historiadores y diseñadores, para los artistas o los investigadores.

Pero, ¿qué decir del caballero del Gante que se especializó en coleccionar botones? Reunió por lo menos treinta y dos mil unidades, de todas las épocas y países, de todas las clases y ocupaciones. La colección constituía un auténtico microcosmos de historia cultural... y de estupidez humana. Los botones identificaban no sólo la chaqueta a la cual pertenecían, sino también toda la casa, la ciudad misma en que el propietario de la chaqueta vivía y se movía. Tomemos un ejemplo de fines del siglo XVIII: los petimetres usaban botones del tamaño de un dólar de plata, sobre los que se habían esmaltado artísticas miniaturas. Al año siguiente piedras pre-

ciosas y valiosos camafeos ocuparon el lugar de los botones. En 1786 las personas de categoría llevaban las iniciales de la amada grabadas en los botones, de arriba a abajo, de modo que una ojeada al estómago del sujeto permitía enterarse del nombre de la elegida. En 1787 la moda decretó que sobre los botones debían pintarse flores, pájaros, mariposas y diversos símbolos. En 1788 era obligado exhibir en los botones diversos edificios: el Louvre, Notre Dame, las Tullerías, el Arco de St. Denis, etc. Durante la Revolución, los temas fueron, naturalmente, el gorro frigio, la Bastilla, o el retrato de Marat; y algunos llegaron a utilizar la guillotina como motivo de adorno.

Pasemos de los botones a las cajas de fósforos. ¿Recuerda el lector a Silvestre Bonnard, el alter ego de Anatole France, y el príncipe ruso a quien conoció? El príncipe era un gran coleccionista; visitaba Sicilia con el propósito de comprar a los campesinos- a cien liras la pieza- las cajas de fósforos decoradas con los retratos de Garibaldi y de Mazzini, que aquellos habían ocultado. Le interesaban las cubiertas, no las cajas mismas... ¡y había reunido nada menos que 5.714 cubiertas diferentes! Un personaje creado por la ficción, que está muy por de-

bajo de los que ofrece la realidad. En la exposición realizada en Estocolmo el año 1935 se exhibieron 16.000 piezas... y se trataba nada más que de una selección. Una caja de fósforos casi le costó la vida al rey Chulalongkorn, de Siam; caminaba por una calle de Londres, y estuvo a un paso de ser atropellado por un ómnibus cuando cruzó la calzada para recoger una caja de fósforos que buscaba desde hacía mucho tiempo.

Los apasionados coleccionistas de envases de cigarrillos están estrechamente relacionados con los anteriores. Uno de ellos, ¡llegó a reunir sesenta millones de ejemplares!

En todo caso, estas colecciones parecen poseer cierto mínimo sentido. Pero ¿qué decir del parisien- se que coleccionaba las gastadas zapatillas de baile de las coristas de la Opera? ¿O de Sir Edward Man- vill con sus setenta mil cigarros? ¿O del doctor Jackson, cuya pasión eran los naipes, aunque perso- nalmente jamás jugó? La lista no sería completa sin el nombre del doctor Chardon, de París, que colec- cionaba corchos... pero únicamente los corchos de las botellas cuyo contenido había saboreado. Cada corcho tenía su correspondiente rótulo de identifi- cación; y el buen doctor pasó los últimos años de su

vida oliéndolos y recordando los tiempos y los placeres idos.

Antonin Louis Clapisson, el compositor francés, coleccionaba los silbatos que el público de París utilizaba para expresar desagrado con los actores o las obras. Otro hombre de teatro se especializaba en coleccionar obras que nunca habían sido publicadas o representadas. Un corrector de pruebas alemán coleccionaba erratas, y consagró treinta años a esa tarea. Cuando descubría un error en el manuscrito de alguna celebridad literaria, lo robaba. Cuando murió, sus herederos comenzaron a arrojar al cajón de desperdicios la enorme pila de papel, hasta que uno de ellos echó una ojeada a uno de los papeles. La colección fue rematada a buen precio. En este caso la monomanía resultó por lo menos provechosa.

Hay un grupo de coleccionistas que podrían denominarse maníacos de las reliquias. Hace algunos años uno de ellos robó uno de los tubos del órgano de Haendel. Camilo Schwarz, el famoso artista de music-hall, se especializaba en coleccionar flores que habían crecido sobre la tumba de personajes famosos. Otro aficionado a las reliquias compró al dentista del general Pershing una de las muelas del

famoso militar, y pagó por ella una gran suma. El comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Norteamericana en la Primera Guerra Mundial se encolerizó mucho al enterarse del caso, de modo que algunos de sus oficiales acometieron la tarea de recuperar la muela. A decir verdad, realizaron una magnífica tarea: al cabo de algunas semanas habían conseguido trescientas diecisiete muelas “auténticas” del general Pershing.

Si se coleccionan muelas, ¿por qué no hacer lo mismo con cráneos enteros? Este tipo de colección fue moda en París a mediados del siglo XVIII; las damas de la aristocracia solían tener alguno sobre el tocador. Lo adornaban con cintas, y a menudo fijaban encima una vela de cera cuya luz utilizaban para decir las oraciones nocturnas.

Una afición apenas menos siniestra que la del doctor F. W. Davidson, de Nueva York, en nuestro propio siglo. Coleccionaba (y quizás todavía lo haga) ejecuciones. A principios de la década de 1930 ya había acumulado dos mil fotografías... según decía, por razones puramente científicas. *Credat judaeus Apollo*, para citar a Horacio.

El inquisitivo médico tuvo un notable antecesor en Lord Selwyn, que siempre andaba rondando por

las cercanías de Tyburn, con el fin de contemplar a las víctimas del patíbulo. Y para completar el trío, podríamos citar a Sir Thomas Thyrwitt, que vivió a principios del siglo XIX, y que coleccionaba cuerdas que habían sido utilizadas en ahorcamientos. Su más antiguo “tesoro” databa del siglo XIV: la cuerda con que Sir Thomas Blunt fue ahorcado por alta traición. En su estudio había reunido una variada colección: cuerdas que habían acabado con la vida de víctimas políticas, criminales comunes y suicidas. Quizás su mayor orgullo eran las cuerdas que habían servido para ahorcar perros, de acuerdo con la extraña costumbre medieval a la que ya nos hemos referido. Había lazos toscamente trenzados con ramas de sauce, empleados para ahorcar a los rebeldes irlandeses, y también tenía la cuerda de seda con que Lord Ferrers había sido ejecutado... como correspondía al privilegio de Su Señoría.

Y para completar esta breve reseña, nada mejor que mencionar la colección más inútil del mundo. La organizó un hombre llamado Frank Damek, residente en Chicago. Comenzó su colección en 1870. Se trataba de formar un juego completo de naipes... pero cada naipe debía ser hallado por él en la calle. Es difícil establecer cómo concibió tan absurda

idea, pero lo cierto es que mostró notable tenacidad. Al principio fue bastante fácil. Al cabo de diez años sólo le faltaban quince figuras del mazo. Pero entonces la empresa se tornó más difícil. La suerte pareció abandonarlo. Algunos años halló en las calles de Chicago hasta tres de los naipes que le faltaban; luego pasaban los años y no encontraba una sola. Al fin, sólo le faltaban tres cartas: la sota de bastos, el tres de espadas y el dos de oros. Un día creyó que el propio Satán le estaba haciendo una broma, y que el mazo de cartas que alguien había dejado sobre el borde de un muro era nada más que un espejismo. Pero eran cartas absolutamente reales. Allí estaban la sota de bastos y el tres de espadas, pero... sí, era una broma del demonio: la única carta que faltaba era el dos de oros. Pasaron los años; Damek encaneció. Al fin, veinte años después de comenzar la colección, un día inolvidable del año 1890, la suerte le sonrió. ¡A sus pies estaba el dos de oros, y el espectáculo le pareció más bello que la más hermosa muchacha del mundo!

Nadie negará que el hombre de Chicago formó la colección más inútil del mundo. De todos modos, ¿cómo clasificar la colección de Río Caselli, el bibliófilo italiano? Dedicó veinticinco años a crear

una biblioteca con los libros más aburridos del mundo. Con este fin revisó y seleccionó la literatura mundial, hasta que halló 8600 volúmenes dignos de ser incluidos. Muchos de ellos eran obras muy apreciadas por los críticos y recomendadas por universidades y casas de altos estudios. La colección tenía carácter privado, pero cuando se filtró el rumor de que las obras de un celebrado autor contemporáneo se hallaban entre las elegidas, el quisquilloso escritor desafió inmediatamente a Caselli a sostener un duelo. La disputa pudo arreglarse sin derramamiento de sangre, pero después del incidente no se admitieron más visitas a la extraña biblioteca. Los libros más aburridos del mundo sólo podían distraer a su propietario, si éste deseaba distraerse de ese modo.

3.

Después de ofrecer al lector un muestrario de la estupidez humana a través de las épocas, las profesiones y los países, sólo resta abordar un problema. Un problema desagradable, pertinaz, y sin embargo esencial. Abrigo la esperanza de haber demostrado

el elevado costo, los peligros y los males de la estupidez. Naturalmente, se plantea el siguiente problema: ¿Es posible curar la estupidez?

El mejor modo de determinar la naturaleza secundaria, derivada, no congénita de la estupidez consiste en observar su desarrollo en los niños. Un niño inteligente se idiotiza gradualmente, durante su primera pubertad (es decir, en el tercer o cuarto año de su vida). Caracteriza a este período el persistente y vigoroso deseo de conocimiento sexual. Si dicho deseo es objeto de grosera y arbitraria represión (como es el caso muy a menudo), y si se le aplican una serie de calificativos injuriosos, el niño reprimirá su instinto y su deseo de conocimiento. Se comportará como si nadie supiera de todo ello... y aún lo fingirá en su fuero interno. Pues para todos los niños es muy importante estar seguros del amor y del apoyo de sus padres y del medio. Este no querer saber (que incluye cierto elemento de venganza infantil) fácilmente puede ser transpuesto a otros campos. Una vez que el niño advierte que no es conveniente saber, no tarda en alimentar verdadero temor al conocimiento... y finalmente se convierte en auténtico estúpido. Existe, como sabemos, sólo un tipo de auténtico conocimiento... y es el que se

relaciona con la humanidad. Si no permitimos su libre desarrollo o, mejor dicho, si no sabemos orientarlo, ni le permitimos hallar formas compensatorias adecuadas, fomentaremos artificialmente la estupidez de niños y de adultos. Crearemos inválidos sociales. Esta condición psicológica generalmente acompaña al niño a medida que se transforma en adulto, y su expresión en el hombre o en la mujer es también la estupidez.

¿Cuán a menudo hallamos personas incapaces de juzgar con independencia, de tomar sus propias decisiones, con prescindencia de lo que otros hagan? Si tienen alguna iniciativa, si conciben un pensamiento original, sienten que no pueden estar en lo cierto. Pero apenas oyen o comprueban que otros dicen o hacen lo que ellos habían pensado, se sorprenden o amargan, porque hubieran podido decir o hacer lo mismo. La estupidez es el resorte tanto de las actitudes antisociales como de los casos extremos de conformismo... engendra tanto a los anarquistas como a las masas gregarias de los países totalitarios.

Es indicio del oculto temor al conocimiento el hecho de que la gente introduzca constantemente en su conversación las expresiones: “No lo sé”, o

“¿No le parece?” Cuando desean decir algo profundo o importante, empiezan por disculparse, porque no se sienten seguros de sí mismos.

Otra fuente de estupidez, como ya hemos visto, es la duda. Se expresa bajo la forma de una aparente parálisis cerebral. Ocurre a menudo que el dudoso encara los problemas con claridad y sensatez; el inconveniente reside en que duda de su propio conocimiento, en que no confía en su propio saber. También puede considerar que todos los problemas tienen dos aspectos, y que cada problema admite dos soluciones... y debido a las dudas que lo aquejan, teme expresar cualquiera de ellas. Muchos procuran superar esas dudas mediante la burla y el cinismo. Lo consiguen... pero sólo superficialmente, pues en lo más hondo de la personalidad persiste el sentimiento de inseguridad.

El origen de la estupidez puede hallarse en la infancia, en la duda y también en la vida de los instintos. O la víctima es ignorante, y está insegura de que sus deseos sean ética y socialmente correctos, o sus emociones y sus deseos chocan entre sí, y este conflicto provoca la duda que influye todas las funciones mentales, domina los procesos del pensamiento y por lo tanto engendra estupidez.

Es el fenómeno que denominamos “ambivalencia”.

Tiene muchas formas: odio y amor, actividad y pasividad, características masculinas y femeninas que luchan unas con otras. Estas fuerzas opuestas pero de igual intensidad convierten al espíritu en permanente campo de batalla. La estupidez libera al hombre de este doloroso estado; y aunque la estupidez es esencialmente una condición dolorosa, el sufrimiento es en ella menor que cuando se padecen los tormentos de la duda. Por consiguiente, a la frívola pregunta: “¿Hace bien ser estúpido?”, a veces podemos responder afirmativamente.

Sin embargo, el hombre psicológicamente sano no puede ser estúpido. Créase o no en el psicoanálisis y terapias semejantes, no es exageración afirmar que uno de los más importantes y de los más felices descubrimientos de nuestro siglo es el siguiente concepto, rara vez bien comprendido: *Sabemos ahora que la estupidez es un problema de carácter médico... y por consiguiente, la estupidez es curable.*

PAUL TABORI

Suponiendo, naturalmente, que alguien quiera ser curado.

FIN... pero

LA ESTUPIDEZ HUMANA NO TIENE FIN